The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

898.2
D948a

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

AUG 0 5 1992

AUG 27'9

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losargentinos00durn

ALFONSO DURAN

LOS ARGENTINOS

ALFONSO DURÁN

Al selecto espíritu del Dr. Lewis Hanke
dedico este ejemplar, de la primera epopeya
de la independencia argentina que se ha escrito
Alfonso Durán

LOS ARGENTINOS

(ILUSTRACIONES DE ENRIQUE ESTRADA)

SANTA FE
IMP. DE LA PROVINCIA
1929

REVIEWED BY PRESERVATION MICROFILMING

Todos los derechos reservados
Queda hecho el depósito legal

LIBRARY OF CONGRESS
MAR 13 1941
DUPLICATE
EXCHANGE

E

A mi Patria, la República Argentina.

A España, la esplendorosa madre de esplendorosas naciones.

A todas las naciones hijas de España.

A mi madre Atanasia Hernando de Durán.

393757

DECRETO DEL SUPERIOR GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

Considerando:

Que el Pro. Alfonso Durán, según propia manifestación, ha escrito un poema épico, original y aun inédito titulado "Los Argentinos", cuyo asunto está constituído por la gesta de la Independencia argentina, obra de carácter epopéyico así por el motivo como por la extensión;

Que los méritos literarios del Sr. Pbro Alfonso Durán son suficientemente conocidos en nuestra Patria y fuera de ella por sus obras anteriores; y que, dentro del género de esta obra será la primera que aparezca en el país;

Que resulta entonces congruente que el Gobierno procure se haga la edición en la Provincia, por lo que ello ante el país significa;

Que según manifestación del autor, está dispuesto a obsequiar con una cantidad de ejemplares al Gobierno, para que disponga de ellos como juzgue conveniente, y renuncia a cualquier remuneración, con tal que la edición quede para él, lo mismo que los derechos de propiedad literaria:

El Gobernador de la Provincia, decreta:

Artículo 1.º — Publíquese por la Imprenta de la Provincia, una edición del poema de don Alfonso Durán, titulado "Los Argentinos".

Art. 2.º — La edición será de tres mil ejemplares, de los cuales se reservará para sí seiscientos (600) el Gobierno de la Provincia.

Art. 3.º — El Gobierno de la Provincia queda exento de toda obligación de remuneración pecuniaria, quedando del autor todos los derechos de propiedad literaria, y los derechos materiales de la edición, fuera de los seiscientos ejemplares que se reserva al Gobierno.

Art. 4.º — Comuníquese al señor Director de la Imprenta de la Provincia, para los fines pertinentes.

Art. 5.º — Comuníquese, publíquese y dése al Reg. Oficial.

GOMEZ CELLO

J. E. Racine

PROLOGO

¡Oh, qué deseos tan grandes y ardientes los míos, desde aquellos días de mi juventud, en que el estudio de la Literatura me cautivó con sus encantos!; ¡qué deseos los míos de que en mi Patria apareciese algún día el poeta que nos diese el poema histórico de nuestra gesta emancipadora!

Yo me decía una y mil veces: si Homero y Virgilio y Camoéns y Ercilla con asuntos de menor transcendencia y valentía enriquecieron a sus patrias y al mundo con obras imperecederas, ¿qué no escribieran si hubiesen poseído el caudal de nuestros episodios históricos?

Y cerraba los ojos, y pedía a Dios que el poeta viniese.

Y fuí hombre y sacerdote. Y entre tantas y tantas ocupaciones como absorben mi vida, ora como profesor; ora pronunciando sermones, conferencias o discursos; ora escribiendo o dando al público algún libro; ora colaborando en no pocas publicaciones del país; ora cumpliendo los múltiples deberes de mi capellanía y de las congregaciones que dirijo en el Santuario Eucarístico de las Religiosas Adoratrices; entre tantas y tantas ocupaciones, digo, un buen día, en uno de los escasos momentos de remanso cuya tranquilidad aprovecho para dejar sobre el papel cualquier emoción, me puse a escribir algo así como una invocación poemática. Cuando en otro rato la leí, dije: sigamos. En otro tercer momento al ver las octavas escritas, reflexioné: y bien, yo no haré el poema definitivo que la Patria y la humanidad esperan; ni tengo el genio, ni la serenidad de vida que menester fuésen para tan enorme empresa. Pero continuaré mi ensayo hasta terminarlo. Acaso de esta manera se estimulará algún poeta de colosal empuje y de favorables circunstancias para "largarse" a la obra. Yo no me creo el soñado poeta; pero acaso podré ser su heraldo. Con sólo eso, ya le presto un gran servicio a mi Patria. Creo que mi Patria merece inmensamente más que mi poema "Los Argentinos"; pero también creo que como ensayo de su gran epopeya, puede serle muy estimable.

He adoptado la octava real, hoy no de moda, porque es el metro clásico de la poesía épica en nuestro idioma; aunque más fácil para mi hubiera sido emplear el polímetro, y acaso más agradable para muchos lectores.

Me he valido de una máquina completamente cristiana, basándome en los mismos hechos históricos, que acreditan las arraigadas creencias religiosas de nuestros héroes. Y a nadie mejor que al gran

San Martín podría haber presentado como Héroe de los Héroes, porque en nuestra Historia no hay ninguno tan grande; y en la Historia de la Humanidad, acaso ninguno tan completo.

En cuanto a dirección histórica he seguido con preferencia a Mitre, por ser antonomásticamente el Historiador de San Martín.

No he querido usar mucho de la alegoría, porque he deseado, que, a semejanza de las grandes epopeyas, fuera, por encima de todo, un poema histórico. Pero he debido a veces inventar algunos rasgos y relieves, en mi ansia de que no resultara una mera crónica en verso.

Ni un solo instante he tenido intención de herir a España a quien muchísimo amo. Si alguna vez trato con aparente desdén a la Madre Patria, considérese que, dada la índole del poema, resulta imposible en alguna ocasión no hacerlo. Española es mi madre; español fué mi padre; de tal prosapia me enorgullezco.

Si nuestros próceres supieron ser leones, fué porque eran hijos de leones.

ALFONSO DURAN

CARTA DEL EMINENTE CRÍTICO FRANCÉS, RAYMOND RONZE

París le 5 Mai 1928

Monsieur:

J' ai bien reçu les ouvrages que vous m' avez fait l' honneur de m' envoyer. J' ai tardé à vous répondre parce que j' ai tenu á les lire avec soin. J' ai beaucoup apprécié "Bajo el sol cotidiano" et plus encore, peut-être, "Las rutas del ensueño". Vous apportez dans la poésie argentine une note très personnelle. Une inspiration catholique, mais aussi très moderne, un parfum de vie provinciale qui manque souvent à la litterature un peu cosmopolite de Buenos Aires. Ce parfum on le sent plus fort encore dans votre roman "Las Mártires Ignoradas". J' ai été heureux de comparer cette forte impression de vie locale, à celle qu' exhalent certains romans d' Hugo Wast.

Je vous félicite très vivement, cher Monsieur, et vous remercie. Je suivrai toujours votre effort avec beaucoup d' intérêt et de plaisir.

Veuillez agréer l' expression de mes sentiments trés distingués.

RAYMOND RONZE

CANTO I

CANTO I

Asunto. Invocación a Dios. Mientras San Martín prepara su ejército de héroes en Mendoza, Satanás convoca asamblea de demonios, tramando la manera de que se malogre el destino del Héroe de los Héroes. El Gran Jefe se apesadumbra; pero ante el gesto de las damas que ofréndanle sus joyas, y ante una carta de Belgrano, siéntese reconfortado. San Martín ofrece un banquete a sus oficiales y a los jefes chilenos que habían llegado a su campamento. Recuerdo de Rancagua. Brindis del Gran Jefe. Bajo la dirección de Fray Luis Beltrán los parques se llenan de armamentos.

ANTO al Héroe Argentino y sus hazañas;
Canto a los bravos que con él partieron,
Y sangrando por valles y montañas
En la Historia sus nombres esculpieron:
Del encrespado mar hondas hurañas
Con gritos de valor ensordecieron,
Y hasta Ecuador llevaron sus pendones
De tanto libertar hechos girones.

No marcharon a tierras tan lejanas
Por el ardor de conquistar más suelo:
Sólo por redimir gentes hermanas
Y esclarecer con libertad su cielo;
Y trocar sus tinieblas en mañanas,
Y darles un abrazo de consuelo,
Y llevar en su enseña desplegada
Beso de Dios, la redención ansiada.

San Martín!... San Martín!... dame, oh Dios santo,
Llama de inspiración, dame fulgencia
Para encender las notas de mi canto
Con fuego mismo de tu propia esencia:
Da a mis voces, Señor, fuerza y encanto,
Y mi estrofa y mi verso y mi cadencia,
Formen el eco de la eterna gloria
Con que resuene la Argentina Historia.

¡Qué musas, ni qué ninfas, ni qué diosas!;
Sólo Tú, nadie más, Dios infinito
Audacias puedes darme portentosas
Y el estro y el vigor que necesito.
Muchas veces mis voces armoniosas
Del patriótico amor fueron un rito,
Mas baste al fin de tanta melopeya
Y surja de mis labios la epopeya.

La canción sacrosanta que eternice
De la Argentina la emoción suprema,
Que ni la Iliada tanta hazaña dice
Como a mi Patria con su gloria quema:
Y después muera yo; muerte felice
Si oprimo entre mis manos el poema
Y una cruz, y me ciñen como veste
Las randas del pendón blanco y celeste.

Ya San Martín el Grande está en Mendoza
Con su esfuerzo engendrando batallones;
Si hondo sufrir a veces lo destroza,
Hondo placer le brindan sus visiones:
Cada vez que se abate, se remoza
Con el ansia febril de redenciones,
Y así la hueste formará argentina
Inmortal por su nervio y disciplina:

Por su enorme denuedo legendario,
Por su impulso terrible de pampero,
Por su sable, fulgente lampadario
Cuando el sol reverbera en el acero:
Por la fiebre de ver un escenario
Capaz de fatigar su parejero,
Por la ambición de destrozar sus venas
Destrozando coyundas y cadenas.

¡Qué portento de indómita energía!;
Faltan hombres, vestuarios, armamentos...
Cuántas veces el Héroe ni dormía
De tanta enormidad de sufrimientos.
Ni balas, ni dinero, nada había
Si no eran de la Patria los lamentos;
Mas nada le intimida ni le importa,
Su aliado es Dios, y Dios quien lo conforta.

Y en Dios puesta la fe, y en los destinos
De esa Patria que bulle en sus arcanos,
Con su genio y trabajos peregrinos
En la misma escasez de los cuyanos
Horizontes encuentra a sus caminos
Y recursos y pechos espartanos:
Así en la llama de su ardiente idea
Se retempla su ejército y se crea.

Tal de árida montaña un mármol rudo
Segrega con vigor el estatuario
Y lo mira cien veces y está mudo,
Y lo alumbra con luz de visionarrio:
Y lo gasta y modela, y el desnudo
Va surgiendo a su roce cincelado,
Y le da de su mente la grandeza
Y erumpe el mármol de inmortal belleza.

Pero en tanto Satán que conocía
Desde su atroz infierno de proscrito
La Fe cristiana que en el Héroe ardía,
De pronto estalla en horroroso grito:
"Genios del mal, venid, hoy es el día
En que vuestro consejo necesito:
Que un argentino trama allá en Mendoza
No sé que empresa que en silencio esboza".

"Al redor de esta mesa en que yo hago
Los decretos del mal con hiel y cieno,
Y tantas veces maldiciendo trago
Con vosotros rencores y veneno,
Venid y hablad, que ansioso estoy de estrago;
Venid, que estoy de incertidumbre lleno";
y entretanto sus labios así hablaban,
El, su trono y su mesa retemblaban.

"Yo que soñé al vibrar en la Argentina
El grito atronador de independencia
Que ese pueblo trocara en polvo y ruina
A su Dios, y a su Fe y a su conciencia!...
Yo que soporto la enconada espina
De no haber conseguido su demencia,
Quiero indagar de ese hombre humilde y fuerte
Su pensar, su sentir y hasta su suerte".

"¿De dónde su coraje y osadía?
¿De dónde las virtudes que atesora?
¿Cómo ha cambiado en fuente de energía
Lo que antes era duda asoladora?
Ha tiempo me atormenta su bravía
Pujanza cuyo fin mi mente ignora:
Pérfido o mentecato quien dijera
Que sólo es por cuidar una frontera". (1)

"Id e inspiradle rabia de salvaje
Contra todo lo santo y lo bendito:
Rompa las aras y el santuario ultraje;
Un corazón ponedle de granito:
La soberbia llevad de mi linaje
Y hacedla su alimento y su apetito:
Después... ya no me importa su misterio
Que a donde él llegue llegará mi imperio".

Dijo Luzbel y retembló el averno;
Y los doce demonios que a su lado
Corrieran desde el fondo del infierno
Ministros consejeros de su estrado,
Con una mueca de furor superno
Prorrumpieron "muy bien, muy bien mandado,
Todo lo sabrás pronto como quieres
Y luego bien está lo que tú hicieres".

Mas uno de los diablos se levanta
Y echando de su belfo espuma roja
Con mirada de víbora que espanta
Mientras su fauce y su mentón se moja,
Exclama: ¡"maldición!, proeza tanta
A uno sólo se encargue, se me antoja
Mejor, que responsable sea uno
Aunque todos pensemos de consuno".

"Cuántas veces la más grandiosa idea
Fracasó porque a muchos se encargara:
Yo solo, yo me atrevo, y mi presea
Puedo juraros que será preclara.
No es hueca audacia la que así alardea,
Mi valor ya otras veces os mostrara,
Es que os doy de mi astucia el testimonio
Para un hombre no más, basta un demonio".

"Y si decís que es hombre extraordinario,
Extraordinario soy también yo mismo;
Por algo a veces me llamáis vicario
De nuestro rey Luzbel: hasta el bautismo
Le arrancaré a ese iluso visionario
Que sólo sueña en Dios y en patriotismo:
Dadme el encargo, eso tan sólo pido,
Y a vuestras plantas lo pondré rendido".

"Primero exploraré su pensamiento,
Y si acertar no puedo su programa,
Dándole enfermedad y sufrimiento
Veré si a Dios maldice o a Dios llama.
Lo incitaré a la gula, al ardimiento
Del vino que pasión de carne inflama,
Y le diré ¿no ves los luminares
Del cielo? así serás hollando altares".

Cual muchas veces cuando estalla el trueno
Un silencio después sigue profundo
Que el ser nos deja de ansiedades lleno
Y consternado de pavor al mundo,
Todos callaron; mas Luzbel su seno
Desgarrando en un grito furibundo,
Clama con estridor y gesto airado:
"Tiene razón Marduc, muy bien pensado".

"Tiene razón Marduc, todos gruñeron,
Marduc se encargue de la gran empresa":
Con un graznido atroz se despidieron
Alejándose todos de la mesa.
Ya San Martín es nuestro, repitieron
Cada cual para sí, la fama ilesa
Quedará del poder luciferino
En su intento burlando al Argentino.

Y Marduc satisfecho de su trance
Deja el abismo de infinita pena
Y se lanza a Mendoza, ya su lance
Creyéndolo seguro, cual la hiena
Que de un brinco no más busca el alcance
De quien juzga su víctima en la arena.
¡Mentecato infeliz, ni sospechaba
La virtud que en el Héroe se ocultaba!

Y a San Martín torturan los dolores;
De acerba enfermedad siente el tormento;
Lo atosigan fatales estertores;
Sangre vomita, mátalo el sustento.
Por do quier se dilatan los rumores
De que próximo está su último aliento;
Pero resurge, espera, en Dios confía,
E impávido trabaja noche y día. (2)

Pobre es su lecho, duerme pocas horas;
En comer y beber no hay más austero;
Le sorprenden tempranas las auroras
Con su claror besándole el primero:
Y cuando envuelven ya reparadoras
Las nieblas el dormir del granadero,
Renovando a la Patria hondas ofrendas
Ambula por cuarteles y por tiendas.

Todo lo inquiere, lo inspecciona todo;
La salud de sus bravos, sus bagajes,
Si duermen, si han comido, y hasta el modo
Con que cuelgan las armas y atalajes:
Si no hay enfermos, y si ya del lodo
Que en las maniobras ensució los trajes
Limpiáronse al volver; tal en fulgencia
Rivalizan el sable y la conciencia.

¡Cuántas noches de insomnio y amargura!;
¡Cuántas horas de horror y escalofríos!;
No descansa Marduc, le da tortura
Por amenguar de San Martín los bríos:
Marduc que empresa prometió segura
Maquina a cada instante desvaríos,
Mas temeroso de futura afrenta
Mientras hace sufrir, él se atormenta.

Una mañana, el Héroe, pesaroso
Amaneció cual nunca y fosco y triste:
Do quier el panorama es angustioso;
Tanto revés la Patria no resiste.
Chile, pueblo tenaz y valeroso
Cayó en Rancagua y de dolor se viste.
Y allá de Sipe-Sipe en los ribazos
La Argentina se arrastra hecha pedazos.

Ya es la tercera vez que desgarradas
Caen al norte las grímpolas patriotas;
Ya Castelli y Belgrano, destrozadas
Sus fuerzas vieron, sus legiones rotas.
Aún vibran en el aire esparramadas
De Huaqui y de Ayohúma tristes notas.
Y también a Rondeau la suerte hunde
Y sólo miedo en los espacios cunde.

¡Cuánta lágrima al ver rojas y gualdas
Banderas con hispánicos destinos
Flotar llenas de orgullo a sus espaldas
Sobre la inmensa tumba de argentinos!
¡Cuánto llanto Rondeau vertió en las faldas
De aquéllos peñascales diamantinos!..
Oh!... el Sol no brille sobre tanta cumbre
Hasta que San Martin todo lo alumbre.

La América Española subyugada;
Méjico, Cuzco, Chile, Venezuela...
Pero aún en la Argentina vibra alada
La libertad y resonante vuela;
De Sipe-Sipe la feral jornada
Almas y corazones desconsuela:
Sólo en Salta repleto de coraje
Güemes vende valor con su gauchaje.

En tanto sobre el ala de los vientos
Llega a España la voz de su victoria;
Clarines y campanas sus acentos
Juntan cantando decisiva gloria.
Muertos cree España ya nuestros intentos,
Y nuestra libertad luz transitoria.
¿Quién en el orbe adivinar podría
Que el héroe de los héroes aún vivía?

Y aquélla luz que al entibiar su frente
Lo encontró traspasado de pesares,
No se atrevió a ocultarse en occidente
Detrás de los graníticos pilares
Sin antes ver la decisión valiente
De mujeres que entregan sus collares,
Pendientes y sortijas recamadas
Para que compre San Martin espadas.

Una pléyade llega; y es la esposa
Del Gran Jefe (Remedios Escalada),
Quien prorrumpe, "nuestra alma no reposa,
Gran Jefe, al ver la Patria acongojada:
En nombre de las damas de Mendoza
Nuestra ofrenda os brindamos más preciada:
Todo está aquí, hasta la última pulsera,
Haga de ello la Patria lo que quiera".

Y el Héroe estremecióse, sus mejillas
Dos lágrimas quemaron de dulzura,
"Gracias" repuso, y su alma de rodillas
En los labios se alzó a Dios con ternura:
"Dios infinito que al soberbio humillas
Y al humilde lo colmas de ventura"...
Y el Gran Héroe, ante el gesto de grandeza,
Su temple renovó y su fortaleza.

La mujer argentina! ya en otrora
Mostró Gregoria Pérez lo que era
Cuando al cruzar Belgrano en redentora
Marcha, ofrecióle su fortuna entera
Para auxiliar la empresa iniciadora.
La argentina mujer... mujer-bandera,
Hermosa como un ángel más terrible,
Capaz de hacer posible lo imposible.

Aun el sol purpuraba la cimera
Sangrando en la granítica montaña,
Cuando recibe carta mensajera
De aquel que en dos victorias tuvo a España
Desmayada a sus pies, mas su carrera
Luego esfumarse vió entre suerte huraña;
El sello apenas rásgase en su mano
Trémulo de emoción leyó; "Belgrano".

Belgrano, el corazón mas bondadoso
Que nació en la Argentina, el legendario;
Espíritu de madre el más piadoso,
Pronto siempre a morir sobre el calvario.
Cuando la Patria en trance congojoso
Lo nombró de su honor depositario,
Sin conocer de sables ni cañones
Ejércitos deshizo de leones.

La Patria le gritó en terrible instante:
"Ve al Paraguay, redime aquellas gentes":
Y sin más replicar, marchó radiante
Con un puñado sólo de valientes.
¿Qué pudo hacer su pecho delirante
Sino verter de libertad simientes?
Luchó, triunfó, después fué derrotado,
Mas quedó el Paraguay todo alumbrado.

Nunca jamás olvidará la Historia,
Cuando al verlo marchar como un atrida
Siguiendo temeraria trayectoria,
La hidalga Santa Fe, ciudad querida,
Cien blandengues le dió, legión ustoria
Que en sangre y fuego sucumbió encendida:
Sólo López y Aguirre al fin volvieron
Con más heridas que con ansias fueron. (3)

Y qué! si Santa Fe fué la primera
Que lanzó ya en su cuna el rebramido
De libertad como águila agorera
Que intenta defender su propio nido!:
Mil quinientos ochenta el año era
En que la criolla juventud vió unido
A su tesón su orgullo de patriota,
Y sintió en su alma la coyunda rota.

Siete fueron los criollos que gritaron
"Libres queremos ser", y libres fueron:
Y auras de independencia respiraron
Y a los héroes de España estremecieron.
Venialvo, Ruíz, Villalta, se juntaron
Con Mosquera y Gallegos, y se irguieron,
Y con Leiva y Romero, bravos todos,
Del poder arrojaron a los godos. (4)

Mas sucumbieron pronto a la taimada
Traición, y ante la fuerza del hispano;
La tierra se esponjó y bebió afiebrada
La sangre del empaque americano.
Muertos los siete!; así quedó sellada
La sublime ilusión, y así, no en vano
En suelo floreció santafecino
El martirio primer del argentino. (5)

Y también Tucumán y también Salta
Ven a Belgrano izando su bandera,
Aquella que en Rosario alzó muy alta,
Audaz cual nadie, por la vez primera.
A la mesnada de Tristán asalta,
La hace trizas o la hace prisionera,
Y magnánimo, previo juramento,
La deja en libertad.. ¡bravo escarmiento!..

La libertad por él quedó salvada;
Tal de su corazón fué el nuevo fruto;
Y la Patria otra vez regocijada
Vió disipado el inminente luto.
Su pobreza sabiendo acrisolada,
El gobierno le envía cual tributo,
Galardón esplendente de dinero
Y el prócer le contesta, "no lo quiero".

"Me hace un honor la Patria, no me ofendo,
Mas tampoco la ofendo si le digo
Que es mucho más honor según comprendo,
(De mi pura intención Dios es testigo),
Que con el galardón que yo la ofrendo
Se hagan escuelas, de la infancia abrigo;
Tal sea mi blasón cual mi deseo,
Tal mi gloria, mi dicha y mi trofeo".

La carta de Belgrano así decía:
"Amigo: al recordarlo, mi alma siente
No sé qué misteriosa bizarría,
No sé qué porvenir resplandeciente.
Yo adivino su plan; y su energía
Me hace más abnegado y más valiente:
Dichoso usted, la libertad lo inflama;
Lleve, pues, lejos su abrasante llama".

"Feliz usted a quien el Cielo ha dado
Ebriedad de ambiciones infinitas,
Y en cuyo noble pecho de soldado
Tan sólo dos palabras hay escritas:
"Libertar o morir"; siempre a su lado
Mi espíritu estará; siempre sus cuitas
Yo sufro con usted, con usted gozo,
Y su esfuerzo me llena de alborozo".

"Mucho sufrir le aguarda, muy profundos
Sus pesares serán, largas sus penas;
Le acosarán los males iracundos
Como gorgonas de furores llenas;
Mas cierto estoy que al escuchar los mundos
Romper con estridor tantas cadenas,
Estremecidos de emoción ferviente
Lauros irán tegiéndole en la frente".

"Dios será con usted; conmigo estaba
Cuando el gobierno en ansia lastimera
Me mandó no luchar, pues se jugaba
Toda la suerte de la Patria entera.
Yo al ver que Tucumán me suplicaba
Que lo salvara de la hueste ibera,
Supliqué a Dios, y Dios me dió coraje,
Y como nunca apareció el gauchaje".

"Con qué arrebato estaba allí Dorrego
El de caballerescas gallardías!;
Qué torbellino aquel!; lanzas y fuego
Y entreveros de enormes osadías:
Díaz Vélez, Forest, Superi y luego
Balcarce y su ciclón de rebeldías
El gauchaje de poncho y de cuchillo
Enceguеciendo a todos con su brillo".

"Por eso al encontrar en el retorno
Devota procesión de tucumanos
Llenando de plegarias el contorno
Trémulo el labio y trémulas las manos,
Con mis bravos seguí, todos en torno
De la Madre Inmortal de los cristianos,
Y postrado a las plantas de María
La nombré Generala en ese día".

"Siempre Dios y la Virgen me ayudaron.
Aun en los trances de mi adversa suerte
Ellos mi corazón reconfortaron,
Ellos me hicieron denodado y fuerte:
Por eso si mis tropas desangraron
En Ayohúma, o fueron a la muerte,
Envueltos de la angustia en el sudario
Alzábamos las preces del rosario".

"Qué terrible recuerdo!; el cielo mudo;
Nosotros arrastrando la derrota;
El sol agonizaba; el breñal rudo.
Rota la disciplina, el alma rota:
Mas la noche que llega es nuestro escudo;
No sé qué aliento por el aire flota:
Se forma cuadro, y al morir el día
Nos oye repetir, "Ave María".

"Oh General!, por el amor que siento
Hacia usted que es amor sin egoismo,
En sus tropas fomente el sentimiento
De religión que es fuente de heroísmo.
Dios en el alma es vida y ardimiento,
Bien lo conoce usted por usted mismo;
Brille en cada adalid su escapulario
Y rece usted con ellos el rosario". (6)

"Dios y la Patria: siempre ese idealismo
Fué manantial de abnegación fecunda;
Sí, bien lo sabe usted, por usted mismo
Cuando vibrando en él su alma se inunda
De ensueños aunque se halle en un abismo
De ingratitud y sólo el tedio cunda.
Ser argentino es ser también cristiano;
Un abrazo le da Manuel Belgrano".

Al terminar el Héroe la lectura
Otra vez sus pupilas mojó el llanto;
Que siempre fué grandeza y no pavura
Sentir el corazón abrirse tanto:
La más gigante roca y la más dura,
Como si fuera de su entraña un canto,
Deja a veces rodar por la honda grieta
Clara corriente que resbala inquieta.

De su esposa y su hijo al despedirse
Héctor, de Troya refulgente atleta
Lloraba y sonreía por cumplirse
En él la ley de amor, la más completa.
Lloró también Aquiles al sentirse
Huérfano de Patroclo, y el profeta
Jeremías lloró al ver el misterio
De su nación sumida en cautiverio.

Carlomagno vertió llanto abundante
Cuando miró el cadáver de Rolando,
Limpia la espada, roto el olifante,
Lealtad hasta en su muerte proclamando.
Y lívido en angustia sollozante
El Nazareno, de emoción temblando,
Lágrimas de amistad también vertiera
Cuando supo que Lázaro muriera.

San Martín, largo tiempo pensativo
Quedó, más en el fondo de su entraña
Se agitó como nunca redivivo
El germen todo de una fuerza extraña.
Tal a veces el mar queda inactivo;
Como envuelto en sopor sus lindes baña,
Y bajo esa quietud que nada altera
Su iracundia revuélvese altanera.

La expresión de las damas mendocinas,
La sublime nobleza de Belgrano,
El halo de emociones peregrinas
Que sintió de su pecho en el arcano,
Soplaron como ráfagas divinas
Impulsándolo a un reto soberano,
Y cruza por su mente un pensamiento
Como un rayo al rasgar el firmamento.

Invita a sus bizarros oficiales
A un banquete de honor; ninguno falta;
Allí están los valientes generales
De humano pundonor la prez más alta:
Aquellos de las cargas inmortales:
Cuyo recuerdo la conciencia exalta:
Aquellos hombres que escogió Dios mismo
Para incendiar la Historia de Heroísmo.

Junto a los argentinos, y hermanados
En un cariño que el ambiente llena,
Refulgen los chilenos esforzados
O'Higgins, Freyre, y Alcázar y Mackenna.
Todos de igual misión enamorados,
La misma es su esperanza, igual su pena;
Todos con ansia de escuchar redobles
Y libertar a fuerza de mandobles.

Cierta vez en tristísimas jornadas
Trasponiendo la enorme cordillera,
Tiritando por valles y quebradas,
Siempre izada entre nieves su bandera,
Llegaron los chilenos, destrozadas
Su rabia heroica, su grandeza fiera,
Mas con la fe inmortal inextinguida
De, otra ocasión, por Chile dar la vida.

¡Oh Rancagua...! ¡qué sitio, qué pelea,
Qué furor, qué denuedo, qué locura:!
Ya Osorio con sus tropas la rodea;
O'Higgins lo ve, y lo befa, y su bravura
Renace; por los aires centellea
El fuego del cañón y ya segura
Su victoria final clama el realista,
Y O'Higgins le escribe: "engáñale su vista".

Reparte Osorio en cuatro divisiones
Sus veteranos, y por cuatro vías
Ordena que adelanten sus pendones,
Y las casas incendia. Ya sombrías
Las montañas están con nubarrones
De humo y con las ráfagas bravías
Que se mezclan, formando extraños ruidos
Llamas, sables, insultos y estampidos.

Jamás vió Troya cuadro tan terrible:
Jamás así luchó el pueblo espartano,
Ni jamás en asalto tan temible
Su águila vió el ejército romano,
Como vió el sol en panorama horrible
Al chileno lidiar contra el hispano
Que parecía desprender del cinto
La espada que ciñera Carlos Quinto.

O'Higgins como señal que no se rinde
Trapos negros ensarta en sus banderas;
No puede el español cruzar el linde
Y reaviva en desquite las hogueras:
No hay ya quien el furor de ambos deslinde;
Caen las empalizadas y troneras,
Y están los españoles tan cansados
Que piensan escapar desesperados.

Más temiendo también de que en la huída
El chileno tenaz los persiguiera,
Al cubrirlos la noche apetecida
Resolvieron de nuevo, en la primera
Luz de la aurora dar otra embestida
En que agoten su rabia postrimera;
Tal cien veces su fuerza hincha el torrente
Cuando un peñasco ataja su corriente.

Y al primer resplandor de la alborada
Vibra otra vez el eco de tambores;
Ni agua tiene el chileno, pues cortada
Le fué por los tenaces sitiadores.
Hambre, sed, fuego, muerte... está diezmada
La guarnición patriota, y aún vigores
Tiene para dictarse una sentencia
Que su lábaro salve y su conciencia.

Sólo queda un puñado de trescientos,
Y O'Higgins les dice: "arriba, a los corceles,
Y más ligeros que los raudos vientos
Rompamos los hispánicos tropeles
Espada en mano: surjan los lamentos
Mezclados al crujir de los laureles,
Y si es posible, conservad la vida;
Ocasión llegará en que se nos pida".

Y así huyeron matando; y así huyeron
Genios absurdos, hombres legendarios;
Y cruzaron los Andes o murieron
Buscando suelos más hospitalarios.
San Martín y sus bravos les abrieron
Sus tiendas y su amor y sus lararios.
Y un trueno que estalló en el Aconcagua
Rugió: "Gloria a los héroes de Rancagua".

Al redor de las mesas fraternales
Mientras se cuentan cosas ya vividas
Y no pocos descubren las señales
Que por siempre dejaron las heridas,
Todos en San Martín ven las geniales
Ráfagas otras veces escondidas,
Cual si por sus miradas y en su frente
Asomárase un sol resplandeciente.

Igual ardor a todos los devora
De batallar y redimir luchando;
Es la misma emoción libertadora
La que a todos sacude; éste narrando
Su vieja hazaña está; aquel añora
El potro que perdió; cayó sangrando
Herido en el furor del entrevero
Mirando a su ginete y compañero.

Cuanto más el instante se avecina
De terminar el ágape solemne,
En todos los semblantes se adivina
La inquietud por oír la voz perenne
Que sintetice el ansia peregrina
De ver por fin la libertad indemne;
Y al Héroe de los héroes las miradas
Todas van, en el aire electrizadas.

Y San Martín se iergue; nunca viera
La historia un hombre así compenetrado
De una enorme misión tan justiciera,
De un inmenso idealismo tan sagrado.
"Brindo—clama con fe—por la primera
Bala, que rumbo al enemigo osado
Cuando la inmensa mole traspasemos
Allende las montañas disparemos".

No sintió Julio César tal pujanza
Cuando nimbado en inmortal destello
Trocó a Roma en visión de su esperanza
Y cruzó el Rubicón contra Pompeyo;
Que ambición de mandar es quien lo lanza
Y le muestra un albur gigante y bello,
Y aquí el Héroe tan sólo es sacudido
Por ver un continente redimido.

Ya no hay nadie que dude ni rechace
El fatal compromiso, ya se advierte
Que un mismo aliento de luchar renace
Inconstrastable ante la misma muerte.
Ya hasta lo absurdo intrépidos los hace:
Aquel brindis percute en su alma fuerte:
La rebelión destroza su barrera
Para expandirse en colosal hoguera.

¡"Oh, sí! (se dijo San Martín hablando
Consigo mismo) el día ya clarea
De vencer o morir desparramando
Sangre y valor en lucha ciclopea.
Supremo Dios, que me elegiste cuando
Tu relámpago ardió en forma de idea,
Y se fundió en un solo sentimiento
Mi alma, mi corazón, mi pensamiento".

"Aquí estoy, pocos son los que me entienden;
No importa, más que nunca hoy yo confío:
Los hieráticos cóndores que hienden
La inmensidad soberbia del vacío
Me alientan a volar, y hasta me ofenden
Los que dudan que el éxito ya es mio,
Pues Tú eres, ¡oh Señor! quien encaminas
El valor de las huestes argentinas".

El gobierno que tanto escatimara
Su protección, complácese en la idea.
Guido prestigia el plan con que soñara
El Héroe en su arrogancia prometea.
La Patria al fin refuerzos le depara
Para que marche pronto a su pelea,
Y como nunca surge febriciente
Como en milagro, a trabajar la gente.

San Martín que penetra los talentos
De cada cual, encarga al franciscano
Fray Luis Beltrán, varón de valimientos
En toda ciencia del saber humano,
Talleres y maestranza y fundimientos:
El fraile a cada hombre hace artesano.
Un Vulcano la Patria requería
Y el Gran Héroe lo halló como el sabía.

Vibran los yunques sin cesar momento;
Con soplos de Titán fraguas se encienden;
Una fábrica inmensa el campamento
Semeja en la que todos se comprenden.
Trajes, frenos, calzados; a su aliento
De las torres los bronces se desprenden,
Y llenan los cuarteles y bastiones
Sables, fusiles, lanzas y cañones.

Como del sol ante la luz primera
Se agita un colmenar, y están zumbando,
En dorada y flotante tolvanera,
Su labor las abejas codiciando:
Estas van a las flores, la rivera
Aquellas buscan, agua transportando,
Cada una reparte su jornada
Y ninguna se ve sin hacer nada,

Tal la hueste patriota delirante
Rebulle en cien distintas direcciones:
Aquí la voz se escucha resonante
De oficiales; allí los batallones
Hacen temblar el suelo; llega humeante
El estridor que ensayan los cañones,
Y el Héroe, con sus jefes de corona,
Traza planes, discute y reflexiona.

Y cuando ya de noche, taciturnos
Mueren los ecos del hervor del día,
Todos los escuadrones en sus turnos,
Cada jefe en su propia compañía,
Entonan el rosario; los nocturnos
Vientos dicen también, "Ave María"...
Todo duerme después; sólo despierta
Se oye la voz de ¡"Centinela alerta!..."

CANTO II

CANTO II

Marduc torna al infierno; da noticias a los demonios acerca del Héroe de los Héroes; narra lo que ha hecho, y se defiende de la acusación que le hace Belial. Sale una caterva de demonios contra el Gran Héroe. Reúnese el Congreso de Tucumán que proclama la Independencia Argentina. El Gran Conductor de Ejércitos comienza una guerra de ardides que trastornan a Marcó del Pont. Pacto de alianza con los indios pehuenches y descripción del suceso.

ARDUC que miedo incontenible exhala,
Después del brindis que del Héroe oyera
Y en el cual se hizo augurios por la bala
Que en Chile resonase la primera,
Como barco asustado que recala
Desmantelado en rada costanera,
Cruje, atisba, de rabia se deshace
Y El temor sin cesar en él renace.

Y al fin juzga mejor si raudo torna
Al báratro a dar cuenta del asunto,
Pues ya su inteligencia se trastorna
La derrota al sentir: se lanza al punto:
Su fatuidad con oropel exorna
De necia vanidad, y todo junto
Forma en él esa mezcla repugnante
Que trueca en vil microbio al más gigante.

Satán lo ve llegar; — ¡"Cómo! ¿tú eres?
¿Tú aquí? ya ha terminado tu campaña?
¿Cómo con himno triunfador no hieres
Este recinto que mi fuego baña?
¿O es que obsequiarnos con sorpresa quieres
Cuando narres la gesta de tu hazaña?"...
Dijo, el ceño frunció, miró al soslayo,
Y todo lo alumbró rojizo rayo.

—Congrega, oh Rey, de nuevo tu asamblea,
De todo es menester que estéis al tanto,
El gozo o el dolor de todos sea
Y el triunfo o la derrota y el quebranto.
Ya sorprendí el proyecto, ya la idea
Del Argentino sé, ya no me espanto:
Llama al punto a lo excelso de tu gente
Y cuentas os daré, que es muy urgente.

Satán cogió el extremo de su cola,
Con mueca inmunda se la echó a los labios,
Sus carrillos hinchó, y en larga ola
Se expandió el eco, síntesis de agravios.
Tal trompeta al sentir, en una sola
Legión, los más demonios y más sabios
Aparecieron, diéronse un saludo
Y el Consejo quedó un instante mudo.

"Ya empiezo mi relato, Marduc dijo;
Os debo lealtad y no el engaño;
José de San Martín a punto fijo
Es el hombre más grande y más extraño:
Valiente, audaz, metódico, prolijo,
Invulnerable a tentación o daño;
Dios cuyo solo nombre nos ofende
Le dió una gran misión y él la comprende",

"Nació en pequeño pueblo de Misiones,
De esa región donde las selvas crecen
En gigante maraña y sus airones
Aves canoras en la fronda mecen.
Donde con estridor de cien cañones
Repite el Paraná sus altiveces
Cuando en el Iguazú, salto de fama
Por cien torrentes su furor derrama".

"Llámase el pueblo Yapeyú; otrora
Brilló en nuestro blasón, cuando el jesuita
La Cruz, de Cristo enseña redentora
Aun no llevara con su ley escrita.
Cuando en matanza y guerra asoladora
Y abyección de costumbres infinita
Eran las tribus, sin saber siquiera
Su suerte de infortunios lastimera".

"Sin sospechar que si en nosotros mismos
Resucitara un resplandor de amores,
Trocárase el terror de estos abismos
Y su fuego y su niebla y sus horrores
En cielo de esperanzas e idealismos,
En preludios de vida encantadores,
Pues nuestro infierno al fin sólo consiste
En que ni gota del amor existe".

"Mas después que la hueste de Loyola
En pos de San Francisco de Solano
En prodigio trocó de Fe española
El corazón y el alma del indiano
Con siembra de misiones, ¿quién asola
Allí el fervor? El héroe Americano
Nació así con reaigambre bien nutrida
Por la misma mujer que le dió vida".

"Añadid que aun pequeño, una mañana
Su madre haciendo a Dios del hijo ofrenda
Le ciñó con la cuerda franciscana
En la Orden Tercera, como prenda
De que a la Omnipotencia Soberana
Jamás deje de amar, jamás ofenda;
Y decidme después si es como tantos,
Si en él no veis el signo de los santos".

¿"Para qué declarar toda su vida?
Marchó a España después y fué soldado,
Y como si la sombra enardecida
Del Cid hubiera en él resucitado,
Tal luchó contra el genio de atrevida
Suerte y soberbia, Napoleón llamado,
Que los jefes hispanos que lo vieron
Por su denuedo capitán lo hicieron".

"Mas cuando supo que su patria amada
Por ser libre, en ardor de guerra ardía,
Junto con Alvear guardó la espada
Y a ofrecerla marchó donde debía.
En San Lorenzo a hispánica mesnada
Deshizo con un gesto de osadía,
Y hoy que hueste de atletas le responde
Prepárase a marchar ¿sabéis a dónde?"

"Es su intento cruzar la cordillera,
A Chile libertar, romper los mares,
En Perú descender con su lumbrera
De redención, llegar hasta los lares
Más remotos llevando en su bandera
El sol preso a sus triunfos militares.
¡Qué bárbaro!... ¡y saber que no es un sueño;
Que de un destino irrevocable es dueño!..."

"Yo le dí enfermedades: fué paciente.
Yo le inspiré temores; todo en vano,
Conspiraron sus tropas; fué indulgente
Sin perder su ascendiente soberano.
Sabe sublime ser, siendo clemente.
Sabe divinizarse, siendo humano.
Siempre en el sacrificio es el primero,
Y en pensar para sí, siempre el postrero".

"¿Qué red no le tendí para vencerlo?
¿Quién más diablo que yo ni más ladino?
De una mujer, (aun me parece verlo)
Bella como un ensueño de Aladino,
Incendié el corazón, logré ponerlo
Cerca del corazón del Argentino,
Mil ansias dí a los dos para el pecado...
Mil veces se venció y quedé burlado".

"¿Quién de vosotros hay, pues, que me acuse
Al saber de los hechos el relato?"
—Yo, le gritó Belial—"nadie te excuse
Yo soy tu acusador, cínico ingrato.
Yo como todos mi confianza puse
En tí; que eres imbécil me percato;
Y hoy al ver que tus ínfulas se acortan
Vienes contando historias que no importan".

—"Importan, sí; dos fueron los encargos
Que me dió el Gran Monarca que nos rige
Y aquí presente está, que él me haga cargos:
El uno averiguar del que dirige
Los planes y la vida; darle amargos
Trances el otro, y si Belial me aflige,
Sabed, amigos, que es tan sólo envidia,
Que es el demonio de mayor perfidia".

"¿Acaso vuestra astucia fué bastante
Contra Moisés, contra Jesús Divino,
O fué capaz de hundir al navegante
Colón cuando a su mundo abrió camino?
¿Por qué el mismo Belial así ultrajante
Incapaz fué de doblegar el sino
De Juana de Arco, ingenua pastorcita
Y ahora fanfarrón se encrespa y grita?

"Que él vaya si se atreve hasta Mendoza
Y yo le juro que ante el Héroe mío
Verá que su pujanza se destroza
Y temblará en cobarde escalofrío.
Genio y virtud que la humildad emboza;
Aun más que Heracles fuerte, audaz y pío:
Vale saber lo que Belial inventa
Cuando al hombre conozca y se dé cuenta".

En esto tres demonios se levantan
Queriendo hablar, empínanse otros ternos,
Y se insultan, se escupen, se adelantan,
Bofetadas se dan; por los infiernos
Los demonios menores ríen, cantan
En madeja al mirar colas y cuernos
De esos diablos que son sus capitanes
Y se muerden y ladran como canes.

Pero el fatuo Satán que conservaba
En su oído la frase lisonjera
De "Gran Monarca" que Marduc le daba,
(Sin importarle fuése o no sincera),
Hacia el espacio levantó su clava
Gritando: "Basta ya, canalla fiera
Que si al punto el reñir no ha concluído
Os bañaré con plomo derretido".

Un segundo no más y ya estuvieron
En sus puestos como antes todos mudos.
"Y bien—dijo Satán—pues sucumbieron
De Marduc los ardides, los escudos
Empuñad y salid, — que nunca vieron
Hombre tal nuestros odios; los más rudos
Combates presentadle, marchad todos
Y su empresa anulad de todos modos".

La caterva partió, muchos gruñendo,
Otros, baja la frente y silenciosos,
Todos al Argentino maldiciendo
Y del encargo todos pesarosos.
Mas de pronto en soberbia resurgiendo
Cada cual traza planes tenebrosos:
.....
.....
En tanto San Martín sereno y grande
Sólo delira por cruzar el Ande.

Juzga que es menester un compromiso
Que a la Patria sacuda con vehemencia,
Y por doquier inspira que es preciso
Proclamar la soñada independencia:
No es posible que exista ni un remiso
Que trepide en su honor y en su conciencia:
Bien lo expresó la Patria con exceso:
Falta no más el grito de un congreso.

Otra vez busca el alma de Belgrano
Y otra vez halla el alma de un amigo.
En todas las provincias, el lejano
Eco, cien ecos más alza consigo:
El gobernante, el clérigo, el paisano,
Todos le otorgan entusiasta abrigo,
Y en Tucumán decídese que sea
Donde vibre la voz de la asamblea.

Tucumán la impertérrita, que otrora
A la Patria salvara de la muerte:
Tucumán la ciudad encantadora
Noble, ilustre, leal, heroica y fuerte.
Allí surgió con plenitud de aurora
El "Somos libres" que inclinó la suerte,
Cuando ante la derrota agonizaban
Los escasos vislumbres que aun quedaban.

Hombres preclaros, Pueyrredón, Laprida,
Godoy Cruz, Fray Rodríguez, Justo de Oro,
Castro Barros, Carril: ¡cuánta atrevida
Pléyade de virtud, mente y decoro!...
Y otros más, y otros más; como un atrida
Cada cual más que un hombre es un sonoro
Canto de libertad que se derrama
Y a todos prende en misteriosa llama.

Generales, doctores, frailes, curas,
De sus provincias nobles mensajeros,
Dios, Patria y Libertad, sus almas puras
Llenando en prenda de que son sinceros,
Juran dar a la Patria las seguras
Normas, marcando libres derroteros:
Y al ver tanto astro en una misma esfera
Un congreso de soles pareciera.

Como los grandes pájaros que cortan
Juntos la inmensidad en largo viaje,
A uno dan el mando que soportan
Todos en conveniente vasallaje,
Los padres del Congreso se comportan
En la cruzada con igual miraje,
Viendo que a la Argentina en tal extremo
Le es menester un Director Supremo.

Y todos fijan su sagaz mirada,
Trasunto de grandeza y de hidalguía,
En un alma de acero, bien templada
De gran visión e impávida energía.
¡Pueyrredón! ¡Pueyrredón! al que no hay nada
Que asuste, al de remota valentía.
Así surgió, y el General de Cuyo
Pudo prever que todo ya era suyo.

¡Qué jornadas después!... llegó el momento
De desprender el grito sacrosanto
De independencia, eterno juramento
Que la Argentina ambicionara tanto:
Y al fin como la voz de un sentimiento
Que es vida y fe, y es esperanza y canto,
Se firma con vigor y letra clara
Y pluma digna de guardarse en ara.

"Nos, que representamos las Provincias,
En fe de amor unidas en el Plata,
Y quieren libres ser por las propicias
Voces de la razón que nadie mata,
Implorando al Señor de las justicias,
Que todo nudo de opresión desata,
La entera independencia declaramos,
Y en prenda de verdad lo rubricamos".

Mil novecientos dieciséis; el nueve
De Julio; en la explosión de su entusiasmo,
De América la entraña se conmueve
Como sintiendo prodigioso espasmo.
Un nuevo pueblo libre que se atreve,
Cuando todos lo creen en el marasmo,
De un solo grito a comenzar su historia.
Con razón miró Dios desde la Gloria.

El cielo antes plomizo y lloviznante
Como el de Mayo en la Primera Junta,
se rasga y en raudal de luz brillante
Un nuevo sol de libertad trasunta.
Ignoto vendaval vivificante
La niebla arrastra, nuevo ardor despunta
En las almas y un grito el aire hiere;
La Patria es libre porque así lo quiere.

El Congreso después discute y trata
El régimen que debe consagrarse;
Y el peligro al sentir de que en el Plata
Al cetro de otro rey pueda entregarse
La potestad, de nuevo se dilata
El alma democrática, y alzarse
Se ve de excelso fraile la figura
Cuya cabeza al empinar fulgura.

Es cascada de fuego su elocuencia,
Su espíritu corriente sobrehumana,
Y en nombre de su pueblo y su conciencia
Dice que la nación, republicana
Tiene que ser; y tal es su vehemencia,
Y tal su irradiación de fuerza arcana,
Que en un Siná transfórmase el Congreso
De sacra majestad ante aquel beso.

Así la democracia fué salvada
Por Justo de Oro el domínico ardiente
En la Patria Argentina; así librada
Quedó también en medio continente:
El la salvó, la aseguró la espada,
Más que de sangre de alborada fuente:
Dios la bendijo, y en unión divina
Marcharon Democracia y Argentina.

Y mientras el Congreso su tarea
Prosigue sin desmayo, el Héroe unido
Con Pueyrredón en Córdoba, su idea
Incrusta al Director, que enardecido
Le promete su ayuda en cuanto sea
Necesario hasta ver todo cumplido.
¡Córdoba señorial!, allí se unieron,
Y eterno abrazo de amistad se dieron.

¿Qué era lo que en Mendoza meditaba
Después el Héroe? Ni un instante solo
El Gigante en su empresa descansaba;
Escondía los vientos como Eolo
Para lanzarlos a la lucha brava,
Y con ellos barrer casi del Polo
Hasta la línea equinoccial, trozando
Solios caducos; libertad llevando.

San Martín que es el hombre más completo
Lo mismo en el valor que en los ardides,
Tiempo hace que a Marcó del Pont repleto
Lo tiene con engaños. Adalides
Hay que juegan su vida, algún panfleto
Llevando a tal realista obtuso en lides,
Y otros pierden de intento en el camino
Cartas que manda a Chile el Argentino.

Es la "guerra de zapa" precursora
De la que al mundo asombrará en su día,
Y que el genio que todo lo avizora
Entreteje con nudos de ironía.
Marcó envuelto en la malla que él ignora,
Sospecha, nada acierta, desvaría,
Y cuando del Gran Jefe el plan acierte
Tarde será para salvar su suerte.

Queriendo el Argentino, con presteza
Del Ande conocer las hendiduras
Por donde pueda con mayor fijeza
Y también con menores amarguras
Llevar sus huestes, busca la entereza
Y la ciencia de un hombre que seguras
Noticias pueda darle, traspasando
La Cordillera y planos fabricando.

Y otra vez más su vista no se engaña;
Como encontró a Beltrán en un convento,
Halla al valiente de la nueva hazaña
Que salvará en su audacia el patrio intento.
El expondrá su vida, y la montaña
Toda la guardará en su pensamiento.
Alvarez de Condarco, tal el nombre
Del español tan argentino y hombre.

"Tú llevarás — le dice al mensajero —
Una copia del acta libertaria
Para el Jefe realista; prisionero
Te harán en la frontera; como a paria
Te llevarán ante él, y si el ibero
No te fusila, te dirá en precaria
Orden de indignación; "hombre insolente
Ni un instante de más; al punto ausente".

"Marcharás por el paso de los Patos
Estudiándolo bien; si no te mata,
Y al sentir sus primeros arrebatos
Te destierra, vendrás por Uspallata.
Mientras tu ruta se prolongue, a ratos
Su misterio a las moles arrebata
Fijando firmes trazos en tu mente
Para dármelos luego exactamente".

¡Qué formidable acierto en predicciones!;
Tal sucedió cual San Martín lo dijo,
Y Condarco volvió con sus visiones,
Y en telas las grabó su afán prolijo.
Ya no irán los sublimes escuadrones
A merced del azar, que rumbo fijo
Alvarez de Condarco ha señalado.
Tal fué el hombre, y el sabio, y el soldado.

Si de Ulises la fama exaltó Homero
Porque a Ilión penetró como mendigo
Y a los atridas por su medio artero
Con noticias volvió del enemigo,
¿Quién el vocablo encontrará certero
Que tanta excelsitud guarde consigo
Capaz de difundir en su grandeza
De Alvarez de Condarco la proeza?

Y a esa gran red que San Martín labora
Con precisión tranquila y formidable,
Enhebra un nuevo hilo que a su hora
Fuerza tendrá de poderoso cable.
Ni un recurso hay que olvide, ni uno ignora
Su ingenio de inventiva inacabable;
Que a empresa de valor tan temeraria
Toda nueva invención es necesaria.

Del Ande en los ribazos y laderas
Al sur de las comarcas mendocinas.
Moran tribus de largas cabelleras
Y piel color de cobre; serpentinas
Agilidades tienen sus caderas
Para la lucha; fuentes cristalinas
Riegan sus bosques y sus ricos prados:
Son los indios pehuenches renombrados.

Tiempo hace ya que San Martín los trajo
A su amistad por medio muy sencillo,
Regalándoles siempre; así contrajo
Pactos con Necuñán que es el caudillo.
En sus montes dos quiebras se abren tajo,
El paso de Planchón y el de Portillo,
Y es menester que en sus enfiles haya
Gente amiga que sirva de atalaya. (1)

Más inútil esfuerzo, intento vano
Si el Gran Héroe que todo lo previa
No hubiera conquistado a un franciscano
Misionero sagaz de gran valía:
Inalicán se llama, es araucano
Cual la indiada feroz que él convertía:
San Martín lo entendió, lo aunó consigo
Como a Beltrán, y halló ferviente amigo.

Por consejos del fraile, van legados
El anhelo a exponer de nueva alianza
Que deje para siempre coaligados
El fino sable y la pehuenche lanza.
Todos con Necuñán, esperanzados
En los regalos que su instinto alcanza,
Acceden, sólo tres jefes menores
Protestan pero acallan sus rencores.

Próximo a la corriente del Diamante
El límite guardando de su orilla,
Hay un fuerte de aspecto dominante
Erguido en estratégica cuchilla.
San Carlos es su nombre; equidistante
Del indio está y de la cuyana villa,
Y se pacta que allí el teatro sea
Donde celebre junta la asamblea. (2)

San Martín que conoce del salvaje
El espasmo ante todo lo grandioso,
Manda que el escenario se atalaje
Con derroche de fausto aparatoso.
El llevará escuadrones con su traje
Más vivo, más luciente y belicoso,
Y exhibición hará y magnificencia
Que torne esplendorosa su presencia

Van heraldos primero, y centenares
De mulas enjalmadas con toneles
De vino, y comestibles van y ajuares
De relumbrantes telas y joyeles.
Las indiadas revientan en cantares
Que mejor son aullidos, y corceles
Redoma la impaciente toldería
Para lucir en el ansiado día.

Llega el Héroe y su escolta, alguien dijera
Que Hares el mito del Olimpo heleno
A la hueste argentina descendiera
Cual nunca hermoso y de arrogancia lleno.
En su bicornio, sable y charretera
Se rompe el sol y espárcese en su seno
Cual si otro sol en su alma renaciese
Que aun más fulgor al de la altura diese.

Su fama se difunde: está orgulloso
El indio de poder con hombres tales
Como potencia hablar, y vanidoso
De vivir en sus medios naturales.
Parécele más bello y armonioso
El bosque al rebramar los vendavales,
Y Necuñán cree un triunfo de su argucia
Lo que es del Héroe refinada astucia.

Llegó el día, y nubes polvorientas
Bajo los raudos pies de las indiadas
Surgen como si fuesen cien tormentas
Tumultuosas, revueltas, apiñadas.
Vibran los cuernos de las luchas cruentas.
Blanden sus largas chuzas emplumadas;
Tal el salvaje ufano con su suerte
Quiere también mostrarse digno y fuerte.

El sol al desgarrar la opaca bruma
Que se cierne en inmenso torbellino,
De los caballos deja ver la espuma,
Y de aborígen masa el remolino.
Cada cacique lleva un alta pluma
De su tribu señal, y en el camino
Semidesnudos van todos a una
Mujeres y hombres que el suceso aduna.

Pero a vanguardia cada tribu lleva
Escuadrón de argentinos granaderos
Como segura escolta de esa leva
Que iguala en alboroto a los pamperos.
Por el espacio en vértigo se eleva
Tanto aullido, estridor y gritos fieros,
Que todos los demonios parecía
Hubiéranse escapado en ese día.

Llegan del Fuerte a los baluartes rudos,
Se apartan las mujeres desgreñadas,
Y los hombres comienzan los saludos
Girando por el aire alborotadas
Chuzas que dan pavor; brazos membrudos
Las sostienen, y en tanto carcajadas
Vierten lejos las hembras, celebrando
La función que sus hombres están dando.

En seguida los indios principales
Gineteando caballos coscojeros,
Con carreras y brincos colosales
Muestran sus condiciones de guerreros
Dando vuelta al reducto en espirales,
Mientras sus adivinos y agoreros
Hacen gestos de paz con raros modos
A San Martín y a los soldados todos.

Cada cinco minutos los bastiones
Rugen con estridente cañonazo
A cuyo horror se asustan los bridones
Y renuevan los indios su algarazo.
Luego revientan todos los cañones,
Necuñán iza su soberbio brazo,
Y ambos campos entienden que con eso
El instante ha llegado del Congreso.

Tiene la fortaleza en un costado
Su Plaza de armas libre y espaciosa,
Y allí el Gran General está sentado
Con postura marcial, noble y radiosa;
Y en círculo partiendo del estrado
La turba de caciques silenciosa,
Y los indios más fuertes que la fama
Por su valor o inteligencia aclama.

Primero Inalicán en propio idioma
Habla al salvaje y mueve su albedrío:
Quien chilla de contento, quien asoma
Los dientes rechinándolos con brío.
Y agrega: "este Héroe la defensa toma
De vuestro campo, gente y tolderío,
Sus voces escuchad y el plan que os traza;
El sólo anhela libertar la raza".

"Y sigue luego San Martín: allende
Esa enorme altitud que el cielo toca
Y se hunde en él, una región se extiende
Por el mar estrechada y por la roca
Donde hay un pueblo a quien España ofende,
Cuya ansia de ser libre ella sofoca;
Y a ese gran pueblo que oprimió el hispano
Yo iré a salvar porque él es nuestro hermano".

"Bravo es el español, bien lo sabemos,
Pero ese Dios que ruge en las tormentas,
Y detrás de las nubes todos vemos
Lanzas de fuego manejar sangrientas
Es quien la marcha me ordenó; salvemos
Al hermano que sufre en mil afrentas;
Cada cual de vosotros es testigo
De que es el español vuestro enemigo".

"También quiere a vosotros sojuzgaros
En más dura opresión; su orgullo ansía
Sumiros en dolor y esclavizaros
Y veros como a bestias algún día
Trabajar para él, y así explotaros
Como a raza inferior; ¡qué tiranía!
¿Qué os queda por hacer? oídme atentos
Y os diré mis recónditos intentos".

"Dos gargantas entreabren vuestros montes,
El Planchón y el Portillo; por sus mellas
Quiero pasar y unir los horizontes
En donde nadie acaso dejó huellas.
Al fin, después de angustias y tramontes
Mis huestes llegarán y yo con ellas,
Y en pos de batallar, de gozo lleno
Libre por siempre quedará el chileno".

"Que me dejéis cruzar es la sencilla
Petición que aquí traigo, pues no quiero
Hacerlo por la fuerza, porque brilla
Más límpido el honor de un caballero
Cuando por culto a la razón se humilla
Ante el débil, si el caso es justiciero.
Vuestra venia otorgadme y yo cumplido
Con ella quedaré; nada más pido".

"Tendréis en cambio protección sincera
De mi amistad cual siempre la tuvisteis;
Os consta que jamás se alzó altanera
Sobre vosotros; que en mi tropa visteis
En todo instante gente compañera
Pues tal conducta de ella merecisteis,
Y al fin de cuentas, lo que pido ahora
Casi me lo habéis dado a toda hora".

"Veréis pasar inmensos batallones
En larguísimas filas dando al viento
Ruido de cajas, carros y cañones,
Y de clarines sonoroso acento.
Veréis tan enseñados redomones
Que parece tuvieran pensamiento,
Y veréis... sólo el verlo ya valdría
La petición que os hago en este día".

Necuñán habló al punto aconsejando
A los pehuenches aprobar la alianza,
Y dos caciques más, gritos alzando
Y círculos haciendo con la lanza,
Adhirieron también; fué caminando
Necuñán de los indios a la usanza
Por el vasto hemiciclo y oportuno
Recogiendo los votos uno a uno.

Y exclamó al terminar: "Gran mayoría
El pacto quiere hacer, son tres apenas
Los ciegos que no ven la luz del día;
Más no importan sus votos; están llenas
Nuestras almas de férvida alegría,
Esas tres opiniones son ajenas,
Cada cual selle de amistad el lazo
Dando al Jefe Supremo estrecho abrazo".

Y uno detrás del otro se acercaron,
A San Martín, su abrazo le ofrecieron,
Y la amistad así ratificaron,
Menos los tres que darlo no quisieron.
Luego sus armas todos entregaron
Símbolo el más fraterno que tuvieron,
Y después cinco días las indiadas
Comilonas tuvieron y algaradas.

Al sexto, el Argentino que anhelaba
Retornar a Mendoza sin alarde
Cuando pálido el sol agonizaba
La vuelta emprende al sucumbir la tarde.
Su estrella en la altitud reverberaba;
La luna asoma, entre los bosques arde,
Y del Héroe los ojos parecían
Llamas que aun más el ámbito encendían.

Ha triunfado otra vez; ¡quién comprendiera
La honda intención que San Martín tenía!
Siempre juzgó que algún cacique hubiera
Que el pacto al español revelaría,
Y éste guardando al sur la cordillera
El centro sin defensa dejaría.
Así los que el infierno hizo traidores
Fueron también del Héroe auxiliadores.

Y para dar mayor incertidumbre
A del Pont que se agita en dudas lleno,
Por un doble pesquisa que la cumbre
Cruzó y volvió de San Martín al seno,
Hace creer que existe certidumbre
De una flota argentina que al chileno
Mar navega; y del Pont a todos lados,
En vez de unirlos, lanza sus soldados.

Ya la máquina está tan ajustada
Que el mismo Julio César si la viese,
Su previsión genial tan afamada
Deleznable y humilde comprendiese.
Ya está con filo y punta cada espada,
Limpio el clarín que a cargas impeliese;
Sólo espera el Gran Héroe su minuto
Para dar orden y montar su bruto.

CANTO III

CANTO III

El Gran Conductor al recorrer una noche de incógnito las tiendas del campamento, oye a un granadero cantar el combate de San Lorenzo, con lo cual su espíritu se conforta. Propone San Martín a sus generales nombrar patrona del Ejército a la Virgen del Carmen de Cuyo; todos aprueban, y se realiza la idea: descríbese el desfile y el juramento de la bandera. El Héroe de los héroes, habla a la cordillera en la víspera de la partida.

OR más que sea intrépido el piloto
Y avezado a los mares su navío,
Cuando contempla en el lontano ignoto
De negras nubes el turbión bravío,
Ante el próximo alud del maremoto
Siente en sus carnes raro escalofrío,
Aunque se mire en el peligro fuerte.
Y capaz de triunfar contra la muerte.

En sus venas también el Héroe siente
Que a momentos la sangre precipita
Como arroyos nevados su corriente
Y una emoción extraña que lo agita.
No es que el temor lo asuste o escarmiente,
Sino que la caterva hosca y maldita
De demonios, no duerme un solo instante
Por derribar el plinto del gigante.

Mas Dios renueva siempre su coraje,
Y ¿quién contra Jehová algo ha podido?
¿No fué El quien libró del vasallaje
A su pueblo en Egipto deprimido
Y a través del desierto a otro paraje
Lo llevó del Jordán junto al ejido
Para que fuese libre y admirable
Genitor de una raza inacabable?

Una noche en que estaba el Plumerillo (1)
Festejando con gratas expansiones
(Cada soldado en fraternal corrillo)
El próximo partir de las legiones,
Se yergue un granadero con sencillo
Porte, y con voz vibrante de emociones,
A un compañero pide la guitarra
Pues un recuerdo heroico lo desgarra.

San Martín que celoso ejemplo daba
De que sus generales recorriesen
Incógnitos las tiendas, y acechaba
Sin que los contertulios lo advirtiesen,
Cuando el cantor uíano demandaba
Guitarra en mano que su voz oyesen,
Se dispuso a escuchar desde su puesto
La canción de un soldado tan apuesto.

"Oigan, señores, mi primer rasgueo
Y avance mi payada la primera;
Feliz quien puede ver lo que yo veo
Al pie de la grandiosa cordillera.
Gaucho era yo que tuve mi rodeo,
Mas de la Patria ante la voz guerrera
Dejé amada, campito y parejero,
Y el sable me ceñí de granadero".

"Me acomodé a la ruda disciplina
De la cual nuestro Jefe era el ejemplo;
Honor y Dignidad, santa doctrina,
De aquel cuartel que era en moral un templo;
Hasta que cierta vez, (aún se ilumina
Mi ser y el cuadro espléndido aún contemplo),
San Martín nos gritó: bravos soldados,
Hay que marchar, ya estáis bien preparados".

"Eligió ciento veinte granaderos;
Caballos pura flor todos llevaban;
Al compás del galope, los aceros
Música de combate al viento daban.
Espiando por doquier a los iberos,
Los caminos al paso retemblaban,
Y siempre en fila paralela al río
Gozábamos al ver cualquier navío".

"Pues iban del realista embarcaciones
Buscando alguna costa codiciada
Para hacer opulentas provisiones
Y hasta Montevideo la sitiada
Llevarlas en auxilio; dotaciones
Iban también de tropa, y preparada
Así, marchaba al norte la flotilla
Del Paraná atisbando hacia la orilla".

"Cierta noche al llegar ante la posta
De San Lorenzo, se nos dió noticia
Que la flotilla anclaba ante la costa
Porque a su intento la encontró propicia.
Nadie de la tardanza ya denosta,
Pero duda la intrépida milicia
Hasta ver si el hispano bajaría
O hacia el norte otra vez navegaría".

"De la ribera en plácido rellano
Que el Paraná acaricia con su acento,
Existe un monasterio franciscano;
San Carlos es el nombre del convento.
Trescientos metros de la orilla, ufano
Con el ruido del agua oye el del viento
Que en los árboles mezcla los sonidos,
Columpia ramas y estremece nidos".

"De la noche entre el lóbrego misterio
Avanzamos rumbeando a la corriente
Hasta frenar detrás del monasterio
En cuyo patio se ocultó la gente.
Hubo orden de callar, un cementerio
Dijérase mejor que una valiente
Legión que hasta el respiro contenía
Y eso que en ansias de luchar ardía".

"Trepado San Martín al campanario
Bichaba los navíos españoles (2)
Envueltos de la niebla en el sudario
Más hablando con guiños de faroles,
Y el pradal a sus pies, el escenario
Apenas los primeros arreboles
Tiñan tan roja la extensión del cielo
Como la sangre que arderá en el suelo".

"Y el momento se acerca, hacia el oriente
Una pálida luz se desparrama
Que de Entre Ríos la enjoyada frente
Con rosetones de zafir recama.
El camalote tiembla, la corriente
De bronce, plata y oro es una escama,
Y bajan los realistas escuadrones
Con su pendón, su jefe y dos cañones".

"Eran casi trescientos; su bandera
Amarilla y punzó, cómo flotaba!...
Un escuadrón aguarda en la pradera
Mientras otro escuadrón desembarcaba.
Entre tanto la suerte siempre artera
Coraje en nuestros pechos inyectaba.
Ciento veinte no más, ellos trescientos;
Escuchad de esta hazaña los portentos".

"Alba del año trece; de Febrero
El tres; inolvidable y santo día
En que por vez primera el granadero
El temple de su sable ensayaría:
Desciende nuestro Jefe, va ligero
Donde está su escuadrón, ni uno dormía,
Y — "a caballo"— es su grito resonante,
"Que ya el clarín no aguarda un solo instante".

"Nos ordenó formar dos compañías
Saliendo de la espalda del convento
Cada cual por su lado. Melodías
De ibéricas fanfarrias trajo el viento.
Eran minutos de hondas agonías:
Más que una eternidad cada momento,
Pues los fletes nerviosos resoplaban
O en ansias de galope relinchaban".

"Y de pronto vibró la clarinada
A combate incitando y a degüello,
Y de cada ginete va la espada
Buscando cómo rebanar un cuello.
La hispánica legión lucha aterrada
Ante el golpe fatal que ni resuello
Le deja para en cuadro acomodarse,
Y duda entre morir o desbandarse".

"Mas el valor se impone de Zabala;
Y de la alta barranca en el ribazo
Vierte el realista tempestad de bala
Y cañonazo en pos de cañonazo.
También de nuestra parte hay quien exhala
Su último aliento, pero tal chispazo
El sable redentor lleva consigo
Que su rayo fulmina al enemigo".

"Los pingos sangran ya de tanta espuela;
Los pingon sangran ya de tanta herida; (3)
Sol, sangre y rabia cada sable riela,
No pierde el granadero una partida.
Jamás el mundo vió tan guapa escuela
De ginetes; si rómpese una brida
O una montura cae hecha girones
Siguen igual montando sus bridones".

"San Martín en su bayo desbarata
Por todos lados a la hueste goda;
Más truena un metrallazo que le mata
Su potro; retembló la tierra toda
Cuando el Jefe cayó; ya le arrebata
La vida un español, mas le acomoda
Baigorria con furor golpe certero
Que a San Martín salvó y mató al ibero".

"En torno del Gran Jefe que apretado
Bajo el cadáver del caballo estaba,
Ambas huestes agólpanse en porfiado
Vórtice, y el combate no se acaba.
Se abre cancha Cabral, y al fin salvado
Por su esfuerzo lo ve; aun batallaba
Cuando de muerte cae al suelo herido
Gritando; "estoy contento, hemos vencido".

"Ve Hipólito Buchardo al que tremola
La hispánica bandera, y se avalanza
Y arrebata la grímpola española
Con sólo un bote de su firme lanza.
Cayó el abanderado, ni una sola
Mirada ya vertió, y nadie alcanza
A comprender qué fuerza ni qué sino
Así empuja al frenético argentino".

"Él Capitán Bermúdez que el segundo
Era en mandar la hueste granadera
Seis realistas mató, pero en profundo
Grito que hirió las pampas y la esfera
Cayó con veinte heridas; iracundo
Aún su cuerpo arrastraba en la pradera,
Cuando la muerte con su abrazo frío
Inmóvil lo dejó de cara al río".

"Entonces Díaz Vélez en su oscuro
Clava las resonantes nazarenas
Y de un salto atropella sobre el muro
De hispanas ballonetas, todas llenas
De encono. Tres gargantas al seguro
Sable se abrieron, más ni a duras penas
Pudo frenar; su potro y él rodaron
Y en madejas las aguas purpuraron".

"Aun se estremece mi alma de paisano
Y eso que casi nunca se me abate,
Cuando recuerdo a un godo y a un cuyano
Que solos se trenzaron en combate:
Uno con bayoneta; corvo en mano (4)
El otro, pareciera disparate
Hijo de mi exaltada fantasía
Tanto orgullo y valor como allí había".

"Alza su limpio corvo el granadero,
Mas el otro que espéralo en cuclillas
Su bayoneta entierra al parejero
Que sin querer morir cae de rodillas.
Diez veces clava cada cual su acero,
Como harapos están sus chaquetillas,
Y ambos sujetos con abrazo mismo
Mueren en competencia de heroismo".

"Por fin el español siente imposible
Toda defensa y en huir se agita;
Quién corre con pavor incontenible,
Quién con siniestro afán se precipita
Barranca abajo; el Jefe Irresistible
Perseguirlos no puede, mas palpita
De gozo al ver que es nuestra la victoria
Y de la Patria la esplendente gloria".

"Bajo un frondoso pino recostado,
Mientras los hilos de cruor restaña,
Trémulo el pulso, herido, fatigado,
Escribe el parte de su hermosa hazaña.
El gramillal de rojo matizado,
Un milagro de luz todo lo baña,
Y cantan sobre el pino los zorzales
Entre tantos despojos funerales".

"El sol que al desflocar sus resplandores
Más y más cada vez iba subiendo,
Besa los lastimeros estertores
De todos los que están allí muriendo,
Cuando el cura Navarro de fulgores
Ceñido, alza su mano, y extendiendo
Larga cruz cuya sombra el suelo vuelve
A todos por igual también absuelve".

"Por un pacto se cambian prisioneros
Y Díaz Vélez torna a nuestras filas (5)
Mas entre los queridos compañeros
Apáganse por siempre sus pupilas.
Nuestro Jefe regala a los iberos
Víveres frescos, botiquín e hilas,
Que repleta su flota está de heridos
Y es cristiano auxiliar a los heridos".

"Y acabo aquí, señores, mi payada:
Sólo quise dejar a mi memoria
Contaros el bautismo de mi espada
Aunque callé mi parte ejecutoria.
Mucha canción de triunfo aun esperada
A vosotros reserva nuestra Historia
De San Martín unidos a la suerte
En la lucha, en el triunfo o en la muerte".

El Gran Jefe ausentóse de la tienda
Con el alma bullente de emociones,
Y a la Patria brindándole la ofrenda
De su vida, su gloria y sus campeones.
"¡Oh Libertad! quizá ninguno entienda
Lo excelso de mis puras intenciones,
Mas tú, después de Dios eres testigo
De que sólo tu afán llevo conmigo".

Y ya en el Plumerillo descansaban
Los hombres y las cosas; ya en la altura
Parpadeantes los astros dormitaban,
Ya era todo una inmensa sepultura,
Y en el alma del Héroe aun resonaban
Las voces del cantor. Entró a su oscura
Habitación, posó la egregia frente,
Y sin dormir lo halló el día siguiente.

En consejo reunió a sus generales
Y les dijo: "deseo en este día
Someter a vosotros mis leales
Un pensamiento que tiempo ha tenía:
Quisiera en nuestras armas inmortales
Llevar las bendiciones de María;
Que pues su amor a todos nos blasona
Bello será aclamarla por Patrona".

"Allá en España donde yo he luchado,
Forjándome en valor y disciplina,
Un templo en Covadonga hay levantado,
Cántico y prez a la Mujer Divina,
Porque a Pelayo el héroe denodado
Le dió coraje y alma diamantina
Para enrostrar al moro con fortuna
Y guiñapos hacer la media luna".

"Y cuando Zaragoza en sitio opresa
Estaba del Francés, a otro sagrario
Cada alma iba de ansiedades presa
A transformarse en héroe temerario.
Cual caballero ante su real princesa,
Postrado del Pilar en el Santuario
Cada pecho exhalaba su conjuro
De morir hecho trizas sobre el muro".

"Y bien sabéis lo hizo ya Belgrano
También en nuestra Patria; que a María
La nombró Generala y en su mano
Puso el bastón de mando que oprimía.
Es la Virgen del Carmen al cuyano
Fortaleza, esperanza y alegría;
Decid, pues, si queréis que la nombremos
Patrona, y en desfile la aclamemos".

"Y a la vez, pues el tiempo se adelanta
Jurarán nuestros bravos la bandera.
La Santa Madre... la bandera santa!...
Paréceme que miro ya en la esfera
Flotar el lienzo y que en los orbes canta
No sé qué voz un himno a la primera
Insignia que mirando hacia los Andes
Nos da bravura para ser más grandes".

Los aceros bruñidos resonaron
En un ruido no más y a un sólo instante,
Cuando los jefes a la vez se alzaron
Zahareños y con gesto rutilante.
El plan del Héroe todos aprobaron;
Cada cual era un dios por lo arrogante,
Y al despedirse, todo asemejaba
Que el Olimpo de Helén se desbandaba.

Como del Chaco, la región inmensa,
Envuelta en su misterio de boscaje
Se estremece la entraña ante la intensa
Eclosión de silbidos y plumaje
Con que las aves cuando el sol dispensa
Su luz, le rinden lírico homenaje,
Tal ante la noticia el campamento
Vibra do quier en fiebre de contento.

Mil ochocientos diez y siete. Enero.
Día cinco del mes: suenan clarines.
El cielo es de fulgor un reverbero.
Sacude el potro sus flotantes crines.
El infante, el ginete, el artillero,
Todos de gran parada. A los confines
Propáganse las músicas sonoras
Evocando ansiedades redentoras.

San Martín va delante hecho una llama
Con su estado mayor; alguien dijera
Al ver que el aire a su redor se inflama,
Que del sepulcro pléyade guerrera
Surgió de los más grandes, y su fama
Juntaron todos en tamaña hoguera
Para unir cada cual a su memoria
Este momento de Argentina Historia.

Aníbal, Carlomagno, Carlos Quinto,
Y César y Alejandro y Escipiones
Que en ideal y espíritu distinto
Supieron aventar o hacer naciones;
Si abandonando cada cual su plinto
Uniéranse en un haz como lampiones,
No formaran más brava compañía
Que los marciales jefes que allí había.

Acaso aquella tromba formidable
Que Napoleón Primero se llamaba
Y en requedal tristísimo, espantable
Su enormidad de genio atormentaba,
Dió al sol el brillo de su antiguo sable,
(Aquel que en Austerlitz el sol le daba)
Diciéndole: "Al pasar, astro divino
Entrégalo en mi nombre al Argentino".

De San Martín a la derecha mano
O'Higgins marcha, el del Roble y de Rancagua;
¿Quién acierta qué aliento sobrehumano
Tal belleza le da? el Aconcagua
Ya lo conoce bien. Su rabia en vano
Contra él Marduc probó, que mientras fragua
El virus inyectarle de la envidia,
Su amor al Héroe aumenta ante la insidia.

A la izquierda Soler, el caballero
Más firme en obediencia y disciplina;
Es arrogante y es marcial y austero
Su alto porte que nunca en él declina.
Jamás lo dominó el ímpetu fiero,
Seguro de que al triunfo se encamina;
Mas cuando es menester, todo chispazos
Piensa, obedece, manda, y da sablazos.

Y van los Olazábal, los hermanos
De rasgo escultural, ambos iguales
En rampante visión, cual nadie ufanos
De ser a San Martín siempre leales.
El tiempo pasará y aun en los llanos
De Ituzaingó verán los imperiales
A uno de ellos lanzar su acometida
Augusto el ceño, la cerviz esguida. (6)

Al Estado Mayor, los Granaderos
Le siguen, cinco son sus batallones:
¿Quién jamás contempló iguales guerreros
Tremolar en el aire sus pendones?
No eran de realce tal los caballeros
Tancredos y Boemundos y Bullones
Excelsa flor de real caballería
Cuando al Oriente Dios los dirigía.

Cada escuadrón avanza como ola
Que con otra siguiente anuda malla;
Sus Jefes son centauros; va Zapiola
Que llegó con el Héroe a nuestra playa:
Y Melián de figura egregia y sola;
Y Escalada el terrífico y Ramalla:
Pero, ¡silencio! que el penacho ondea
De un Rolando argentino; Necochea.

El que en Junín caerá, más sin desmayos
Azuzando sus cargas atrevidas,
Y el casco sentirá de cien caballos
Machacando al cruzar sus nueve heridas:
Mas al cauterio de los vivos rayos
De sus lanzas y espadas aguerridas,
Nueva vida tendrá y más fuertes venas
Para empapar de sangre más arenas.

Ese que marcha entre las densas filas,
Teniente nada más todo flamante,
En el cual son dos brasas las pupilas
Y su morisco un resplandor tajante,
Es Juan Lavalle; allá en las intranquilas
Horas de Río Bamba, más pujante
Que nunca, con tan sólo sus noventa
Irá lanceando a cuatrocientos treinta.

Y aquellos dos magníficos mancebos
Que de todos atraen larga mirada,
De Santa Fe la hidalga son efebos
Que hacia el Gran Jefe hicieron su largada.
Juan Martínez, José Aguirre, dos nuevos
Cachorros son, su garra está afilada
Para trepar montañas y picachos
Y hacer pelusa ibéricos penachos. (7)

Luego un claro, y en pos la infantería
Cantando viene a paso redoblado.
Cuando la turba intrépida y bravía
De titanes marchaba, condensado
Su enorme arrojo, que pavor ponía,
Para ver el Olimpo derribado,
No estampó tal orgullo en sus banderas
Como los batallones de Las Heras.

Aunque él avanza allí, su pensamiento
Lejos parece estar... quién sabe dónde;
También marcha Alvarado, hombre portento,
Y vienen más atrás Crámer y Conde:
En pos de cada cual un regimiento
Que a su valor con el valor responde;
¡Oh, si esa tropa el noble hispano viera
Quizá ya con orgullo se rindiera!

Aquellos bultos que rodando lejos
Se aproximan con sendas dotaciones
Y reverberan nítidos reflejos,
Fueron campanas pero son cañones.
La Plaza Manda; pero el de hondos cejos
Con hábito, coyunda y con galones,
Es el fraile Beltrán, ¡por Dios bendito!
Fraile y soldado, realidad y mito.

Esos cañones cruzarán llanuras,
Treparán en los hombros de sus huestes
Fieros volcanes, tétricas alturas
Rompiendo de los cráteres las vestes.
Rugirán del oceano en las bravuras,
Y entre grímpolas blancas y celestes,
Rajados, carcomidos y en pedazos
De Ayacucho caerán por los ribazos.

Entran ya en la ciudad, de los balcones
Penden al suelo gayas colgaduras;
Flores, banderas, vívidos festones
Dan al cuadro vistosas donosuras.
Porque pisen tapiz los campeones,
Vierten desde los techos manos puras
Frescas guirnaldas que ceñir anhelan,
Mientras los besos por el aire vuelan.

Pasan bajo la comba prolongada
Bella como la bóveda de un templo
De la gran alameda que plantada
Fué por el Jefe de labor ejemplo.
¡Qué espectáculo!, el alma arrebatada
De San Martín hablando: "Al fin contemplo,
Oh Patria, mi momento codiciado;
Todo para partir ya preparado".

La imágen desde el templo franciscano
Sale por todo el Clero acompañada
A encontrar al ejército cristiano
Por señeros soldados escoltada.
Marcha el pueblo al redor: besa la mano
San Martín a la Reina Inmaculada,
Y al par del anda sigue su camino
De Héroe, de caballero y de argentino.

Las columnas en recias formaciones
Despléganse en la plaza, y entre tanto
La bandera inmortal de las legiones
Llega de La Matriz; el himno santo
De la Patria en inmensas vibraciones
Expande por doquier su eterno canto,
Y las campanas hacen sus porfías
Rompiéndose en bandadas de armonías.

Las diez de la mañana; la bandera
Se bendice y al tope se levanta:
Truenan veintiuna salvas, y en la esfera
El cóndor mismo su soberbia espanta.
Se bendice el bastón; arde la hoguera
De Patria y Dios ante la imagen santa,
Y el Héroe insigne su bastón entrega
A la Señora a quien postrado ruega. (8)

Besa el Héroe la enseña ya bendita,
Sube envuelto en sus randas al estrado,
Y tres veces desplégala y agita
Con ademán solemne y prolongado:
"¿Juráis morir por sostenerla — grita —
Como yo en este instante lo he jurado?"
Y... "lo juramos" fué el enorme trueno
Que de la Patria retumbó en el seno.

Y en el lejano Cuzco los sillares
Del gran templo del Sol, desparramados,
Oscilaron queriendo en sus pilares
Verse de nuevo erectos y ensamblados.
Y de los Incas en los patrios lares
Los sepulcros crugieron, y entre alados
Dejos de libertad que esparció el viento
Vibró también la voz de un juramento.

Sonaron las descargas de fusiles,
Rugieron veinticinco cañonazos,
El himno nacional cantaron miles
De argentinos fundiéndose en abrazos,
Y las tropas de míticos perfiles
Enastaron del cielo cien pedazos
Para llevar un mundo de esperanzas
En sus cureñas y rajantes lanzas.

¡Oh Dios!, irán, y el postrimer combate
Que se libre en palenque americano,
Y el último hombre que una bala mate
Disparada del arma de un hispano,
De argentino escuadrón verá el embate
Fuerte, enorme, tremendo, sobrehumano,
Como un sublime esfuerzo que se alarga
Y en América da la última carga. (9)

Tal fué de San Martín la última fiesta
Para marchar; después quedó sereno
Llena de enorme claridad su testa,
De incitante valor su pecho lleno.
En la víspera, solo, hacia una cuesta
Trepó y desde una comba en el relleno,
Suelta la brida se cruzó de brazos,
Miró al Andes y habló entre llamarazos.

"Tú eres mi eterna sugestión, te llevo
Ha mucho en mis insomnios por vencerte,
Y hoy al mirarte, en mi razón renuevo
Eternas ansias tan de cerca al verte.
Siento hoy cual nunca en mi alma empuje nuevo
Para tu sien hollar, y oscurecerte
Aun en la misma luz de tus volcanes
Con la llama inmortal de mis titanes".

"Tus torrentes y abismos insondables,
Tu horrible peñascal yo temería,
Si no fueran mis ansias inefables,
Si mi audacia tan sólo fuera mía:
Mas decretos de Dios impenetrables
Me pondrán en tu cumbre más bravía;
Que soy el libertado Prometeo
Y eslabones romper es mi deseo".

"¿Qué guardas dí, en tu misterioso abismo?
¿Amenazas tragar mis batallones
Hundiendo en espantoso cataclismo
Soldados y banderas y cañones?
O quizá esos picachos que yo mismo
Contemplo, mirarán a mis legiones
Rodando con escándalo del mundo
De un abismo a otro abismo más profundo?"

¿"Acaso las nevadas sempiternas
Que blanquear miro en tu soberbia frente
Serán al fin las clámides eternas
Que cual mortajas cubrirán mi gente?
Todo, todo lo humillas y prosternas
Con tu grandeza y majestad silente,
Y sin embargo... el porvenir es mío
Y el tiempo que me falta me da hastío".

"Porque jamás la enseña de mis lares
Tuvo para ondear asta tan bella
Como de tus granitos los pilares
Donde tan sólo el cóndor traza huella.
Porque jamás del mundo en los millares
De hazañas fué tan grande otra epopeya,
Como esta de los bravos argentinos
Marchando en pos de sacrosantos sinos".

"Ni de su historia faltará el poeta.
El mismo Díos que fuerza nos ha dado,
Para que la cruzada esté completa
Hará surgir el rápsoda inspirado.
Acaso tarde aún, más no me inquieta,
Pues, ¿qué importa si el verso codiciado
Los cantos dejará por siempre fijos
Con que nutran los padres a sus hijos?"

¡Oh! vamos ya, no queda en la prudencia
Nada más por hacer, tres largos años
Ha que pienso y torturo mi conciencia
En previsión de tristes desengaños.
¡Oh! vamos ya, que si la humana ciencia,
La razón y el valor fueran engaños,
Aun así las cimeras treparía
Y en ellas mi bandera clavaría".

"Y de enorme volcán junto a la Hoguera,
Y en confusión de fuegos estelares,
Clavara con mis bravos la bandera,
Signo de redenciones seculares.
Y si la muerte a nuestro lado viera,
Mi hueste y yo entre dianas militares
Al cráter nos lanzáramos profundo
Con tal que ardiese en libertad el mundo".

"¡Oh! pero llegaré del otro lado,
Ya te lo he dicho, tétrica montaña;
Y entonces ante el paso redoblado
De mis gentes triunfantes en su hazaña,
Chile libre será; marcharé osado
Hasta donde un pendón flote de España,
No por odio a mi Madre ni a su historia
Sino por libertar; eso es más gloria!..."

"¡Oh cóndores, oh cielo, oh Sol de Mayo!
Mañana mismo al son de los tambores,
El paso firme, heróicos, sin desmayo,
Del diez y ocho de Enero a los fulgores,
Cantando partiremos: nuestro rayo
Inflamará las cúspides y alcores.
Una noche no más. Señor! temprana
Surja la aurora. Adiós... hasta mañana.

CANTO IV

CANTO IV

El Ejército Argentino, bajo el mando del Gran Conductor, emprende la marcha arremetiendo a la Cordillera. En la travesía los demonios suscitan un horrible terremoto acompañado de tremenda tempestad. La División en la cual van el Gran Héroe, Soler y O'Higgins, vence los implacables obstáculos y llega a la cumbre. La Creación rinde a San Martín una apoteosis.

A de Cabot la división ligera,
Que por el Portezuelo irrumpiría,
Rauda marchaba al norte la primera
Y a Coquimbo tomar se proponía.
Otra también que a Dávila siguiera
Los Andes por Vinchina cruzaría,
Y llevaba en sus fines y en su porte
Tomar a Copiapó y Pasco en el norte.

Al sur por el Planchón a cuatrocientas
Leguas, Freyre el intrépido avanzaba
Con marchas azarosas y cruentas
Por cumplir la misión que le mandaba
De Talca apoderarse. Así en sus cuentas
El Gran Jefe su plan aseguraba
De amenazar doquier a los iberos
Y él clavarle en el centro los aceros.

Y al despuntar el codiciado día
Intrépido Las Heras arremete
El breñal con fantástica osadía,
Y húndese de Uspallata en el boquete.
Por "Guardia Vieja" en Chile, bajaría
Al valle de Aconcagua; y acomete
Su misión con valor tan arrogante
Que gigantes mandando es más gigante.

Soler va por "Los Patos", es más larga
Su dirección, más frígida y penosa;
Detrás la división de O'Higgins alarga
La sombra de la línea fabulosa;
Mas el fuego sublime los embarga
De saber que tras ellos, portentosa
A todos proyectando su bravura
De San Martín avanza la figura.

Sus legionarios penetrar debían
En Chile, por el valle Putaendo,
Y así la retaguardia formarían
De Las Heras su empuje sosteniendo.
Todos en Aconcagua repondrían
Sus cuadros, y de parches al estruendo
Lanzaríanse al punto a la lid fiera
Por bautizar ligero su bandera.

Oh, qué enorme ringlera... qué ringlera
De fantasmas en mulas enarcados
Ahilándose entre la ardua cordillera
Por resquicios y escarpas y por vados.
A veces siguen la endiablada acera
Que deja alguna cumbre en sus costados,
Arriba lo infinito de la altura
Y otro infinito abajo en la hendidura.

Ni un árbol, ni una flor, ni un pajarillo,
Ni un remanso que alegre la mirada;
De los heleros enceguece el brillo,
Y el torrente rebota en la hondonada.
Todos van embozados, amarillo
El rostro; la montaña desgarrada
Doquier muestra su rabia y sus aullidos
Al ver que así la huellan atrevidos.

De vez en cuando en brincos colosales
Un alud de la cumbre se despeña,
Y soldados y arrieros y oficiales
Paran por ver el rumbo de la breña;
Y asisten a los tristes funerales
De los amigos que arrastró la peña:
Se santiguan y arrugan el semblante
Sin una maldición... siempre adelante.

"Adelante" es la voz; que las jornadas
Señaló San Martín, y él va con ellos;
Todas están escritas y contadas
Y quizá calculó hasta los resuellos.
Muchos sienten sus carnes torturadas;
Muchos sienten la nieve en sus cabellos;
Piedra es su lecho por la noche fría,
Y comen sobre piedra por el día.

¡Qué fantásticas noches!, las estrellas
Cual fanales prendidos en las cumbres
Que recogiesen todas las querellas
Para verter más tétricos vislumbres.
Los vendabales estallando en ellas
Por apagar sus tremulantes lumbres,
U ocultar el fulgor de las alturas
Con sus alas de negras colgaduras.

Y a veces las tormentas se agolpaban
Con tal fuerza, tal rabia, tanta furia,
Que picachos y abismos rebramaban
Como en protesta de su arcana injuria.
En vértigo los nublos se apiñaban
Al chasquir de sus rayos, con lujuria
De todo entre sus llamas incendiarlo
Y en su fúnebre pira incinerarlo.

Avanzaba el Gran Héroe cabizbajo.
El era y nadie más el responsable
De tan bárbara empresa, del trabajo
De aquella iniciativa formidable.
Cada día buscaba algún atajo
Por donde le llegara codiciable
Noticia de Uspallata, de Las Heras
Aunque fuese en lenguaje de banderas.

Pues era plan prefijo de antemano
Que pasar no debiese un solo día
Sin que enviase Las Heras un baquiano
Que de su suerte sabedor lo haría.
Por sendas transversales el paisano
Al Gran Jefe noticias llevaría,
Y si hablarle de cerca no pudiese
De lejos con banderas se las diese.

Ay ¡cuántas veces al hallarse el día
A punto de morir tras la cimera,
Trepó hasta el tope cúspide bravía
Ansiando que una insignia apareciera!
Cuántas veces envuelto ya en la umbría
Bajó, todo rasgado, la ladera,
Gozoso porque al fin vió al mensajero
Que un saludo le envió con el sombrero.

Una mañana en que el azur del cielo
Semejaba un cristal por su tersura,
Sujeto en las pirámides de hielo;
Una mañana encanto de hermosura,
De pronto comenzó a temblar el suelo,
De pronto comenzó a temblar la altura,
Los torrentes lanzaron mil rugidos
Y vibraron insólitos graznidos.

Los cóndores en nube turbulenta
Dejaban sus nidales, asustados,
Y era un horror la cólera sangrienta
De cien volcanes antes apagados
Lanzando al firmamento una tormenta
De humo, fuego y aludes abrasados.
Todo danzaba con pavor ignoto
Ante lo colosal del terremoto.

Y de pronto cesó el claror de enantes
Y se anudaron negros nubarrones,
Y todo fué tiniebla con rajantes
Relámpagos; terribles diluviones
Aumentaban su fuerza por instantes;
¿Era Dios, por probar los corazones
O era todo el infierno del abismo
Por hacer abortar tanto heroismo?

Era Dios que al mirar al pandemonio
Seguir junto al ejército aguerrido,
Siempre con nuevo plan cada demonio,
En su paciencia se sintió aburrido;
Y por dar al infierno un testimonio
Que al fin lo hiciera declarar rendido,
Permitió del averno a la locura
Sublevar el furor de la natura.

En la inmensa oquedad se confundían
De las nubes los rojos latigazos
Con los que las cimeras despedían
Al polvorear sus vientres en chispazos.
Y estampidos horrísonos se oían
Cual si la Cordillera hecha pedazos
Quisiese apedrear a las estrellas
Lanzando roquedales y centellas.

Los picachos bajaban y subían,
Rajábanse más hondas las quebradas,
Las mulas a lo largo se tendían,
Huyendo con vapor las caballadas.
Fatídicas corrientes descendían
Destrenzando su furia en cien cascadas,
Y se escuchaban subterráneos truenos
En salmodia fantástica de trenos.

Sólos, de pie, clavados en el suelo,
Azotados de lluvía, viento y guijos,
De la tierra miraban y del cielo
Los escuadrones en sus puestos fijos
El inmenso chocar. Nunca un obelo
Alzó tan alto a tan sublimes hijos
Como el Andes alzó aquella vanguardia
Que frente a tanto horror montaba guardia.

Después todo pasó, la calma vino;
Cóndores muertos por doquier y argallos:
Pero quedó otra vez el argentino
Erecto sobre el Andes, sin desmayos.
¿Quién podrá detenerlo en su camino
Si sabe empenacharse hasta con rayos?
San Martín entre tanto los recuenta
Por ver si tanta angustia ha sido cruenta.

Manda al instante hasta Soler baquianos
Que de avanzada traigan datos ciertos,
Y sabe que cuarenta veteranos
Tan sólo el cataclismo dejó muertos.
Es verdad que también en los insanos
Cuévanos cien caballos están muertos;
Pero tal sacrificio es poca cosa
En un ara tan grande y portentosa.

Al punto arden enormes llamaradas
Al redor de las cuales vivaquean
Las tropas, otra vez entusiasmadas,
Y néctares ardientes saborean:
Que el Héroe previsor trajo cargadas
Las odres con bebidas que llamean,
Y extingue así congojas y fredores
Con los cuyanos vinos y licores.

Y cuando ha reposado ya la gente
De tanta pena y sufrimiento tanto,
Ordena el General cristianamente
Que cada capellán su rezo santo
Alce por los que han muerto en la inclemente
Jornada de tristísimo quebranto,
Y que asistan soldados y oficiales
A los sagrados ritos funerales.

Túmulo colosal. Los promontorios
Chispeantes de fulgor parecen cirios.
Esparce el vendabal los responsorios.
La nieve tiende mortajal de lirios.
Atónitos los cíclopes cimborios
Miran el catafalco de martirios,
Y el Héroe que plegarias musitaba
Cóndores muertos sin pensar pisaba.

Oh, qué cuadro después... la caravana
De fantasmas cubiertos con andrajos
Se iergue, y con vehemencia soberana,
Despreciando torturas y trabajos,
Entona el himno de la Patria; arcana
Onda lo lleva a cúspides y tajos,
Y en acordes se funden delirantes
Los ecos de escuadrones tan distantes. (1)

Y del norte hacia el sur apareciendo
El iris sobre fondo azul y plata,
Semeja un lazo que estuviese uniendo
Las rutas de Los Patos y Uspallata.
La sombra de los héroes va cubriendo;
Por las más altas cumbres se dilata;
El Tupungato y Aconcagua miran,
Y aún dudan si es verdad o si deliran.

En tanto San Martín con sus miradas
Embriagándose va con infinito,
Soñando ver sus penas disipadas
Tras los rudos colosos de granito.
Muchas veces por sendas separadas
Marcha solo, dejando que al tranquito
Siga su mula; y más que el hondo abismo
Contempla el que va dentro de sí mismo.

Así avanzaba fijo el pensamiento,
Y en un atardecer, oyó el sonido
Que modulaba agónico instrumento
Quién sabe por qué boca estremecido.
Se detuvo a escuchar, llamó a un sargento
Y le dijo: "ha de ser algún perdido
Que se extravió, volvamos el camino
Por saber el misterio peregrino".

El Himno Nacional, no había duda
Eran las dulces notas que se oían;
Hasta el torrente y la montaña ruda
Parece que a su voz se conmovían.
Al fin llegaron; en horrible azuda
Ya los ecos y el hombre sucumbían,
Y sin poder bajar San Martín dijo:
"Escúchame soldado y también hijo".

"Soy yo, tu general; soy yo, cubierto
Vengo de nieve; oí tu melodía"
"Gracias mi General, antes de muerto
Me brindas de tu amor tanta alegría.
Nada mi vida vale si liberto
Nuestro suelo al fin ves, sigue tu vía"...
Y para siempre se quedó callado
El clarín, y también quedó el soldado.

Tiritaban los astros; clara luna
Al Gran Héroe mostró el horrendo abismo
Sepulcro misterioso y honda cuna
De patético y santo argentinismo.
Quiso hablar, más no pudo; una a una
Lágrimas de emoción y patriotismo
Vertió, y dijo al fin su acento escaso:
"Volvamos ya, sargento, apure el paso".

Cierta vez de Uspallata el mensajero
Contó que de Picheuta la avanzada
Fué sorprendida por el bravo ibero
Y casi por completo aprisionada:
Mas que al punto, un piquete granadero
Con soldados de tropa bien probada,
Mandó Las Heras en audaz avance
De seguir al realista y darle alcance.

Martínez era el bravo comandante
Que encontró al español en Potrerillos
Fuerte en su roquedal, mas al instante
El corvo sable reverbera brillos;
Del argentino potro a la chispeante
Herradura, las piedras son ladrillos;
El granadero lucha, hiere, mata,
Y a la ibérica gente desbarata.

El Héroe al escuchar tal aventura
Su entrecejo frunció, pues los que huyeron
Cuenta darían a Marcó segura
De la invasión que ni soñar pudieron.
Mas ni se arredra el Héroe ni se apura,
Y al instante sus luces comprendieron,
Mientras fosco las cejas arrugaba,
Dónde la salvación de todo estaba.

Arcos, el comandante de ingenieros
Que arde en fervor de comenzar batallas,
Recibe orden de ir y a los iberos
Arrancar el boquete de Achupallas:
Y allí fortificar a sus guerreros
Hasta dar tiempo a tropas y vituallas
De bajar hacia el valle codiciado
Dejando atrás el Andes tramontado.

¡Guay si no!, que el hispano cada recia
Garganta de los pasos cerraría,
Y una nueva Termópilas de Grecia
Cada quebrada y peñascal sería.
Mas su momento el Héroe justiprecia
Y manda a esa legión, cual mandaría
A salvar de la Patria la bandera
Si en medio de un incendio arder la viera.

Trepaba en tanto la postrer altura
En mulo sudoroso y fatigado,
A la usanza chilena la montura
Y en un capote amplísimo embozado:
Falucho en su cabeza, que asegura
A más del barboquejo un apretado
Pañuelo, y relumbrando en los talones
De altas botas, tamaños espolones.

Corvo sable a su cinto está colgado
Que al oscilar produce extraño ruido:
Su rostro por el cierzo amoratado,
Su corazón por ansias oprimido.
Y avanza con el ritmo acompasado
Del mulo que lo lleva, y va embebido:
Así el Héroe marchaba, así ascendía
Modesto y colosal en su osadía. (2)

De pronto blancas nubes que enlazadas
Oprimen del picacho la cimera
Sus tules desplegaron, y cascadas
De granizo lanzaron por doquiera.
¡Ultima cumbre!; inútil que a pedradas
Al Héroe de los Héroes recibiera;
Se apeó, y demacrado, entumecido
Sobre una piedra se quedó dormido.

Ya el cansancio en el sueño reparado,
Prende un cigarro, toma una bebida,
Y fumando, y risueño y denodado
Prosigue paso a paso la subida.
Al fin llega... ya el Ande está escalado;
El ansia del gigante está cumplida;
Baña su frente el sol con besos de astro
Y el Andes oprimido es un latastro.

Entonces monta su corcel de guerra
Porque mire también al otro lado
El bruto, que al pisar chilena tierra,
Ha de embestir como si fuese alado.
Insólito piafar vibra en la sierra;
Ginete y bruto y todo es azulado,
Y el Gran Héroe prorrumpe: "¡qué alegría,
La libertad de América ya es mía!".

Ya te ha vencido el Genio, ¡oh Cordillera!
San Martín más que nunca esplendoroso
Hace flamear la bicolor bandera
Como si fuese un cíclope coloso:
La levanta, la agita, en la alta esfera
Un himno estalla inmenso y clamoroso,
Y de astros mil se enardeció la llama
Por brindar más fulgor al panorama.

En una enorme pascua de esplendores
Trocóse la región de las alturas;
Los astros eran sólo surtidores
De luz, cayendo en amplias colgaduras.
Y en esa fiesta fué de resplandores,
Cual otra jamás vieron las criaturas,
Cuando el sol a la enseña inmaculada
Su eterna imágen le dejó estampada.

Y por extraño, encantador prodigio,
Mientras en gloria el cielo se incendiaba,
Del piélago insondable en el fastigio,
Cóndor maravilloso revolaba;
Un gajo de laurel como vestigio
En sus potentes garras apretaba:
Lanzó un graznido que sonó estridente
Y del coloso lo soltó en la frente.

Y palpitó en su sien, y palpitaron
Del cóndor soberano los alones
Cual de un ave hierática, y flotaron
Al caer por el aire sus plumones.
Fué un desmayo de gloria; se extasiaron
Cóndores, cumbres y astros, y blasones
Esparramaron con fruición divina
En una apoteósis argentina.

CANTO V

CANTO V

Llega hasta San Martín un pelotón de soldados de Las Heras para darle la noticia de que también han vencido la cordillera, y uno de ellos cuenta al Gran Héroe algunas peripecias. El sublime Libertador, contempla las pendientes occidentales. Tráenle un anciano a quien juzgan espía, el cual narra a San Martín el episodio del 25 de Mayo en Buenos Aires, y al terminar queda muerto. El inmortal Conductor desciende la Cordillera, y tras pequeños choques con los realistas, realiza la concentración de sus tropas. Según lo había determinado su cálculo extraordinario, el mismo día entraban a Chile las dos alas auxiliares y extremas de Cabot y Freyre.

A otra vez de zafir el cielo estaba,
Ya la eclosión de luz se había extinguido,
Cuando el Gran Jefe vió que se acercaba
Pelotón de ginetes aguerrido.
Eran seis y Las Heras los enviaba
Por sendero entre atajos escondido,
Para contar a San Martín el Grande
Que vencieron también ellos al Ande.

Y al que de capitán grado tenía,
El Gran Jefe pidió que le narrara
Algunas peripecias que sabría
De la columna que con él marchara:
Llamó a los generales, y a la umbría
De un roquedo que allí su frente alzara,
El capitán con voz segura y fuerte
Comenzó su relato de esta suerte:

"Dos episodios hay que me conmueven
Y que jamás olvidaré en mi vida
Aunque los años mis recuerdos lleven
A donde todo lo que fué se olvida.
Apenas mis palabras si se atreven
A narrar tanta escena dolorida;
Mas como el buen soldado es obediente
Diré las dos historias brevemente".

"Era con plena luz, al medio día;
De fatiga abrumada, mas contenta,
Empujaba un cañón la gente mía
Ruda escarpa al trepar, sin darse cuenta
Que un abismo sin fondo se entreabría
Al borde mismo de la falda cruenta.
¡Oh, qué terrible maldición merece
El sitio aquel que mi relato ofrece!".

"¡Qué horrible escena la que entonces pasa!...
El cañón se tumbó, sintióse un grito
Y otro más, y otro más, y una gran masa
Rodando por los filos de granito.
Este viene, aquel va, otro de escasa
Suerte se asoma al vórtice maldito,
Y cuando mirar quiere la hendidura
Se lo traga también la entraña oscura".

"Todos juntos gritamos lo más cerca
Del báratro, mas él su fauce esconde;
No falta algún soldado que se acerca,
Mas ¿dónde el fondo está? ¡quién sabe dónde!...
Largas sogas echamos en la terca
Lucha por ver si sálvase o responde
Alguno que no hubiese sucumbido;
Pero en vano, el abismo está dormido".

"Con las almas de pena estremecidas
Dejamos el lugar, mas los baquianos
Dicen que cada noche en las heridas
De la montaña, se oyen soberanos
Ruidos de armas, y voces confundidas
Que llegan de recónditos arcanos.
¡Viva la Patria! grita el hondo hueco;
¡Viva la Patria! le responde el eco".

"Dicen que si la noche es más oscura,
Un gran ojo de fuego se aparece
Flotando del abismo en la abertura
Y a una fúnebre antorcha se parece.
Húndese misterioso en la hendidura,
Sube otra vez, relampaguea y crece,
Y sigue largo tiempo iluminando
Y contempla el contorno parpadeando".

"Otra vez, ¡oh terror,! mientras temblaba
En terremoto, cielo y cordillera,
Y en un incendio horrible crepitaba
Por todos lados la creación entera,
Una nube infernal que nos miraba
Chispa atroz nos lanzó desde su hoguera;
Éramos diez, y cinco sucumbieron:
¡Qué cuadro atroz el que mis ojos vieron!".

"Cuando yo me quejaba de la suerte,
Un fantasma horroroso se aproxima
Y me increpa: ¿no sabes que la muerte
A todos os aguarda? ¿tanta cima
Locos queréis cruzar? Tan necio al verte
Lástima siento con desprecio y grima.
Te juro por la sombra de vuestro hado
Que ni uno llegará del otro lado".

"Y ya todo mi ser sobrecogido
Se hallaba y erizado mi cabello
Cuando de pronto percibí un sonido
Y me bañó mirífico destello.
Dudaba si despierto o si dormido
Yo estuviese, y al punto vi tan bello
Espíritu llegar hasta mi lado,
Que mi pecho quedó reconfortado".

"Y me dijo: no temas, nada puede
Satán ni sus esclavos infernales
Contra vosotros; aunque alguno quede
Exánime en los hórridos breñales,
Toda la rabia que el Infierno adrede
Vierta contra estas huestes inmortales,
Sólo dará más brillo y mayor gloria
De vuestra hazaña a la sublime historia".

Y aquí término pongo a mi relato;
Lo demás, ¡oh Gran Jefe! ya es sabido;
Debemos retornar, (tal el mandato),
Porque sepa Las Heras que cumplido
Hemos con dicha su mensaje grato;
Que estáis en el picacho más erguido;
Que ya a todos bajar sólo nos falta;
Que un mismo ardor a todos nos exalta.

El Héroe de los Héroes un abrazo
Dió a cada cual, y en descansados fletes
Partieron otra vez por el ribazo
Buscando los recónditos boquetes.
Se empinó San Martín y alzó su brazo
Dando un último adios a los ginetes;
Y después se alargaron sus visuales
Las pendientes mirando occidentales.

Todo es allí belleza; el panorama
Palpita en esplendores; la natura
En gloria de esmeralda se derrama;
Sotos, valles, declives de verdura,
Arroyos que parecen una llama
Derretida de sol, ¡cuánta hermosura!:
Y San Martín frenético se siente
Y sigue contemplando el occidente.

Al pie de todo aquéllo, un paraíso
Que acaricia o sacude el oceano,
Y en él viviendo, el pueblo que Dios quiso
Fuése del Argentino heróico hermano.
Y al otro lado del gran mar, sumiso
El asiático mundo, mundo arcano.
Si tal fuése su ruta, él llegaría;
Tanta es su decisión, tal su osadía.

El descenso comienza. Al sol siguiente
Dos oficiales que Soler envía,
Con harapos vestido pobremente
A un raro viejo traen, quizás espía.
Con nadie quiere hablar, dice a la gente
Sino con el Gran Héroe, a él hablaría;
Y ellos mismos lo traen, mas sin violencia,
Que es sublime el anciano en su indigencia.

Luenga es su barba, blanca su melena,
Tez de surcos cruzada, ojos hundidos,
El pecho palpitante, el alma llena
De emociones que buscan sus sonidos.
Del viejo Ulises la figura helena
No tuviera de un dios más aguerridos
Trazos ni más egregio continente
Que este hombre misterioso y febriciente.

De cara a San Martín alzó la frente
Que inclinada al misterio antes traía;
Irguió su torso y su mirada ardiente
Antes tan melancólica y tan fría.
Trasunto de nobleza reverente
Así el anciano aquel aparecía;
Y cual si una visión más que hombre fuera
Rompe su voz a hablar de esta manera:

"Soy chileno; la vida y sus azares
Un día a Buenos Aires me llevaron
Dejando en Chile mis queridos lares
Y a mi esposa y dos hijos que lloraron
Cuando partí, mi ausencia y sus pesares;
Mas juré no tardar, y ellos juraron
Que con amor igual me esperarían:
Juntos los tres, los tres se cuidarían".

"Era en mil ochocientos diez; yo estaba
En Buenos Aires, la ciudad altiva,
En aquel mes de Mayo en que jadeaba
Con delirante hervor sangre nativa
Por romper las coyundas que aguantaba
Y ver libre a su Patria antes cautiva:
Días de enorme decisión; tremendos
De coraje y audacia en sus estruendos".

"Yo sentí palpitar el pecho mío
Con el de Buenos Aires todo lleno
De rabias y de ardor: todo era un río
De llamas con Belgrano, con Moreno,
Castelli, French, Berutti; su albedrío
Quería imponer el criollo con el trueno
De la razón que dábale osadía,
Y temblaba el Virrey, mas resistía".

"El Cabildo en su afán de hallar maneras
De armonizar al criollo y al hispano,
Usando del ardid y armas arteras
Sin comprender el sino americano,
Fórmulas proponía cual banderas
De conciliar a todos como hermanos.
Todo inútil, el pueblo protestaba
Y en renovado afán amenazaba".

"Y llegó el veinticinco; fué una ola
Terrible como el mar cuando revienta;
No hubo ni un alma, no hubo ni una sola
Que no quisiese redimir su afrenta.
Al Cabildo irrumpió la batahola;
Rebrama, empuja, su vigor aumenta,
Y trémulo el Cabildo y asustado
—Usted—dice a Cisneros— ha cesado".

"Cesó Cisneros; promediaba el día:
El pueblo en patriotismo se arrebata
Su nueva historia al comenzar; llovía:
Aplausos mil rugiendo alzaba el Plata.
El pueblo que no cede en su porfía
Nombres impone, y raudo se dilata
El gozo, cuando presta juramento
La Junta, de cumplir su pensamiento".

"En ella está Saavedra el veterano,
Y Castelli y Alberti hombres de idea,
Azcuénaga, Matheu, Manuel Belgrano,
Y el español de acero Juan Larrea:
Juan José Passo olímpico y humano,
Y el que en torno de sí todo caldea,
Moreno que después hacia otros lares
Al ir, murió para incendiar los mares".

"Más tarde cuando el bravo Artigas vino
A Buenos Aires reclutando gente
Y siempre inagotable el argentino
Se la dió con espíritu esplendente,
Me fuí con él, que igual era el destino;
Ibamos a vanguardia de aquel frente,
Y en Las Piedras Triunfamos; ¡que bien se halla
Nuestra sangre en fusión con la uruguaya!".

"Pero al llegar el portugués bravío
Para salvar la hispánica bandera
Y al firmarse el tratado con Elío,
Recordé que tras esta cordillera
Sin padre se quedara el hogar mío,
Y a Chile otra vez vine; ¡lastimera
Situación!; quien proscripto, quien ya muerto,
Y mi hogar...¡ah,! mi hogar lo hallé desierto".

"Nadie en mi patria pudo darme cuenta
De lo que amaba yo con tal ternura;
Quizás Osorio en su revancha cruenta
Los inmoló; repleto de amargura
Y anciano ya, huí de la tormenta,
En la montaña hallé mansión segura,
Y en mi cueva esperaba año tras año
Con vida de chileno y de ermitaño".

"Por que una voz en mi alma me decía
Que de esta cumbre que a los cielos toca,
La ansiada libertad descendería
Como Moisés bajando de la roca.
Un cóndor se remonta cada día
Con un laurel que mi estupor provoca.
Pero ¡ay! que cada tarde yo miraba
Que el cóndor con su lauro se ocultaba".

"Hasta que he visto al fin con sobresalto
El gajo descender lento, muy lento;
El cóndor suspendido allá en lo alto
Rizando su plumaje con el viento.
Eres tú el redentor, con fe te exalto;
Eres tú el redentor, muero contento;
¿Para qué vivir más si ya te veo?
¿Qué más después de verte yo deseo?"

De hablar cesó, y en plácido desmayo
Mirando al Héroe de Héroes cae al suelo;
Tal al pie de una cumbre está el argayo
Aun con su nieve y su fulgor de cielo.
Así el Ande el poema oyó de Mayo,
Blasón de Patria, heroico retornelo.
Aun desde el suelo a San Martín miraba;
El Héroe quiso alzarlo; muerto estaba.

Como aluvión horrísono que anega
Cuanto el empuje de su furia alcanza,
Rompe, deshace y a furor se entrega
Catástrofes llevando en su pujanza.
Mas si alguien su vigor a ordenar llega
Transforma todo en vida y esperanza
Y hasta el desierto trócase en lozano
Y aquí vibra un molino, allí un dínamo,

Tal en su ansia febril, por la ladera
Sin orden ni concierto bajaría
La avalancha argentina si no hubiera
Una fuerza genial que comprimía
Toda su audacia irresistible y fiera
Dentro del plan que se trazara un día;
No hay esfuerzo que no esté calculado,
No hay minuto que salga equivocado.

Y el mismo día, cuatro de Febrero,
En que Martínez renombrado atleta
Tomaba Guardia Vieja en un certero
Ataque a puro sable y bayoneta,
Arcos, bravo argentino (aunque era ibero), (1)
Hacía sonar la bélica corneta
En Achupallas, y exultando el valle
De Arcos aplaudió el triunfo y de Lavalle.

Las quiebras de Aconcagua y Putaendo
Se cubren de pavor, llega la sombra
De la tropa dispersa que va huyendo
Y Achupallas y Guardia sólo nombra.
Recibe orden Las Heras, que fingiendo
Retroceder, aguarde. Todo asombra
Al realista y lo turba y desorienta:
Aquí amaga, allí ruge la tormenta.

El coronel Atero, jefe hispano
Dirígese engañado a Putaendo;
Inútil su tesón, su esfuerzo vano;
Necochea y Soler, distancia hendiendo,
Lo aguardan, y en Las Coimas con insano
Ardor chocan, a sable, sin estruendo;
¿Quién podrá resistir cuando llamea
El rozagante y bravo Necochea?

Media hora tan sólo de sablazos
Duró el combate, retrocede Atero;
Su tropa fugitiva está en pedazos
Y en sangre tinto el argentino acero.
Vomitan a lo lejos cañonazos
Los realistas temiendo el entrevero;
Mas éste cae rendido, aquel se esconde,
Y otros escapan sin saber a dónde.

Y el mismo día y a la misma hora
Que el argentino en San Antonio entraba,
La legión de Las Heras avizora
Triunfante en Santa Rosa penetraba.
Nadie en la humana historia rememora
Cálculo igual, el Ande lo juraba;
Ni jamás precisión tan admirable
Contemplar otra vez al mundo es dable.

Allá al norte con paso sorprendente
Cabot penetra en Chile el mismo día,
Y Freyre al sur con su indomable gente
El chileno confín también rompía.
Kilómetros dos mil la línea ingente
Del invasor en longitud tenía;
¡Oh Dios de los portentos! ¿cómo hiciste
Cuándo a tal Conductor tal genio diste?

En tanto, cual las hojas impelidas
Por atroz vendabal, lástima dando
Tan pronto hacia las nubes ascendidas
Tan pronto por el suelo van rodando,
Así los que en Las Coimas destruídas
Vieron sus esperanzas, van contando
Dispersos por las cumbres y quebradas
Historias por el miedo transformadas.

Dicen que hombres fantásticos han sido
Los que en raudo turbión los atacaron;
Que aire de fuego exhala su vestido;
Que un diluvio de chispas les lanzaron;
De larguísimos sables al chasquido
Muchos sin saber cómo, desmayaron;
Que sus caballos vuelan aun al trote
Y sus lanzas dan muerte a cada bote.

Luis Beltrán ni un pertrecho había perdido;
¡Qué fraile y qué soldado portentoso!
Seis mil mulas de carga han perecido
Y cuatrocientos pingos; lastimoso
El cansancio doblega, mas herido
Está el realista y trémulo y medroso:
¿Qué importa lo demás? si lo invencible
Se venció, lo demás todo es posible.

¡"Chilenos — dice el Héroe en la proclama
Que lanza — hay que vencer a los tiranos;
Tal vuestra dicha y nuestro honor reclama,
Tal lo juran mis nobles veteranos!
¡Chilenos, a la lid;! que vuestra llama
Se una a la nuestra, somos los hermanos
Que al sentir de opresión vuestros clamores
Venimos con afán de redentores".

Y como en la amplitud del firmamento
En vez de esparramar a veces junta
Nubes sin fin con su aletazo el viento
Cuando en fragor el huracán despunta;
De San Martín ante el pujante aliento
A este escuadrón aquel y aquel se junta,
Y en Chacabuco quedan concentrados
Jefes, banderas, armas y soldados.

CANTO VI

CANTO VI

Invocación a Dios. Campo de Chacabuco y descripción de la batalla. Figura de Elorreaga y su muerte. Aparece la figura del atlante Caupomariá, que describe la antigua Atlántida, algo de su historia, y su catástrofe. Cuenta cómo él, con su esposa, hijo, y la mujer de su hijo llegaron a América, y como Dios le predijo el porvenir, anunciándole en él, a San Martín y la gran empresa libertadora.

DAME aliento, Señor, que son proezas
Enormes las que esperan a mi canto:
¡Oh Dios, que no me falten enterezas,
Ni subyugue a mi espíritu el quebranto!:
¡Oh señor! una más a tus larguezas
Añade, y que mi lira vibre tanto
Que se confunda en incansable coro
De San Martín a los clarines de oro.

¿Quién sino Tú, Señor, dió a los cantares
De Moisés y David férvidas notas?
¿Quién dió a Homero cadencias seculares
Y a Virgilio y a Dante sus ignotas
Visiones, y a Camoéns ver de los mares
Ante el luso genial las iras rotas?
Señor, yo soy muy poco al lado de ellos,
Por eso aún más imploro tus destellos.

De Chacabuco en la fragosa cuesta
Sus legiones al Héroe recontaba,
Y del alcor en la vertiente opuesta
El campo de la lid determinaba.
Como el Corso genial, fija la fiesta
Del triunfo do su genio preparaba.
¡Oh cerros que el crepúsculo colora,
Ya palpitáis al presentir la hora!

Manda al chileno Estay, su gran baquiano
A espiar del enemigo entre los fieles;
Y de roto vestido, va el paisano
Al mismo corazón de los cuarteles,
Y hasta planes secretos del hispano
Consigue atesorar en sus papeles.
De Marcó tan imbécil es la acucia,
Y del Héroe Argentino tal la astucia.

Alvarez de Condarco traza planos
Junto con Arcos; todo lo que hallan,
Arroyos, mamelones, altozanos,
Lo examinan, lo estudian y detallan.
San Martín y sus jefes veteranos
A los cuadros instruyen y avituallan,
Y el Argentino a cada cual destina
Su labor, y su plan le determina.

El camino que marcha hacia la altura
Se rompe en dos con diferente brecha;
El de la izquierda de mayor anchura
Va hacia la "Cuesta Vieja". A la derecha
Culebreando en difícil cortadura
El de la "Cuesta Nueva" el cerro estrecha:
Ambos convergen al opuesto llano
Palenque del valor americano.

O'Higgins por "Cuesta Vieja", amagaría
Con mil quinientos de su flor guerreros;
Soler por "Cuesta Nueva" atacaría
De flanco y retaguardia a los iberos.
Ambos que émulos son en bizarría
Tienen a más de infantes, granaderos;
Zapiola, Necochea y Escalada...
¿Quién no caerá en pedazos a su espada?

Marcó trémulo, pálido, aturdido,
Siempre inseguro ante un destino ignoto,
Proclama Jefe a un hombre conocido:
Al entorchado brigadier Maroto.
Mas hay un español bravo y temido
Que en la lidia parece un terremoto,
El supremo Elorreaga: ¡quién diría
Que este león la muerte aquí hallaría!.

El doce de Febrero; era la una
De la mañana; en límpidos fulgores
El abanico inmenso de la luna
Torna en yelmos de plata los alcores.
A la luz silenciosa y oportuna,
Sin anuncio de trompas ni tambores,
Los patriotas ascienden por la cuesta
Avidos de llegar pronto a la cresta.

Trepan, y jadeantes se avalanchan
Escarpa arriba, los pedruzcos ruedan;
Tétricas sombras los ribazos manchan,
Muy lejos carpas y vivaques quedan.
Aquí se angostan, por allá se ensanchan
Las columnas de O'Higgins, porque puedan
Lo más cerca posible de la guardia
Sorprender del realista la vanguardia.

De pronto repercuten los clamores
Del picacho en la ríspida techumbre:
O'Higgins manda que truenen los tambores
Ordenando la carga; roja lumbre
De fusiles vomita sus furores;
Abajo, en los costados, en la cumbre
El hispano resiste, vano empeño
O'Higgins del alto culminar ya es dueño.

En tanto los nocturnos luminares
Huyen también y espárcese la aurora,
Y resuenan las dianas militares
Y de púrpura el cielo se colora.
Pero apenas si son preliminares;
El choque gigantesco viene ahora,
Que del verdoso valle al lado opuesto
Espera el español firme en su puesto.

Firme y de cada zanja hace trinchera,
De cada peñascal hace castillo,
Y en el ribazo acantilado espera
El argentino choque; lanza brillo
Su cañón, su fusil, todo es lumbrera,
Y más que todo el ínclito caudillo
Elorreaga, capaz, tal es su porte,
De retar a combate aun a Mavorte.

Alto está el sol, asciende la mañana,
Y a galope Zapiola y sus ginetes
Como centauros van, la barbacana
Anhelando tomar con sus machetes.
Mas no es posible, que la hueste hispana
Invulnerables torna los boquetes,
Y en vorágine luchan los guerreros
Y se estrellan los bravos granaderos.

Los sables de sudor están mojados
Más que de rojo; buscan caminares
Para saltar cantiles empinados
Y ensangrientan del potro los hijares:
Y reculan, y avanzan, y a sus lados
Caen diluvios de balas por millares,
Y una vez y otra vez rompen la ola,
Y avanza y grita el inmortal Zapiola.

O'Higgins también se lanza, y a porfía
Quiere batir las petreas posiciones;
Se aproxima su loca infantería
Como si fueran desgreñados leones:
Mas, ¡ay,! del español la artillería
Ruge y barre y revienta a borbotones,
Y O'Higgins parece una salvaje fiera
Que intenta devorar y no pudiera.

Olvida ante el hervor de sus pasiones
Y ante el bárbaro empuje de su gente,
Que han de dar sus quemantes batallones
Un combate tan sólo concurrente;
Que debe de aguardar los empellones
De Soler por el flanco, antes que el frente
Pudiera, batallando de ese modo,
De puro audaz comprometerlo todo.

Elorreaga se empina rozagante
Al ver que un temerario granadero
Que en el potro aseméjase a un gigante
Se acerca haciendo rayos con su acero:
"Di a tu Jefe que venga, su rajante
Espada aguardaré" — grita el ibero;
"Mano a mano los dos, venga Zapiola
Y que triunfe su furia o la española".

Gritó, mas ya su reto formulado
(Mientras lleva el mensaje el argentino),
Una bala atraviésale el costado
Y a la traición sucumbe de su sino.
Otra suerte tuviera, y eclipsado
Quedara allí el combate peregrino
Con que Héctor y Aquiles de Peleo
Eternizan de su arma el centelleo.

Llegó Zapiola, mas cadáver yerto
Era tan sólo el esplendente hispano;
Acercarse pidió, pues sobre el muerto
Llorar quería y sentirse hermano
En ardiente altivez; todo cubierto
Dejarlo de laureles; pero en vano,
Sólo se vía en infernal renuevo
Avanzar, recular, matar de nuevo.

Entonces San Martín, comprometida
De O'Higgins al ver la temeraria empresa
Cuando en su plan miraba sorprendida
La hispana hueste como en garfio presa,
Golpeó su frente, atropelló a corrida,
Y señalando su columna ilesa,
Gritó a Condarco: "Tu caballo impele
Y di a Soler que es menester que vuele". (1)

De pronto a retaguardia y al costado
Nuevo turbión de muerte siente el godo;
Es que Soler, el ínclito, ha llegado,
Y ante su golpe se estremece todo.
Carga con sus infantes Alvarado,
Degüella Necochea, y de tal modo
De sangre hispana la extensión se moja,
Que un mar parece de anilina roja.

¿Cómo olvidar a Lucio Salvadores
Y al teniente Zorrilla en la pelea?
¿Cómo apagar los ígneos resplandores
De Escalada y del bravo Necochea?
Y entretanto en el frente sus furores
Vierte Melián, Medina aguijonea,
Y Ramalla aun herido no perdona
Blandiendo a todas partes su tizona.

¡Oh! cómo siente el español sus venas
Hervir de rabia, casi de locura;
Bien están siempre sus historias llenas
De cánticos eternos de bravura.
No se postran los leones, sus melenas
Se agitan, forman cuadro en espesura,
Y aguardan los que quedan nuevo ataque
Sin que un momento su furor se aplaque.

Mas ¿qué pueden hacer? ¡inútil todo!
Sangran los trompas, el tambor revienta
Tronando carga, y sigue de este modo
Del fusil, bronce y sable la tormenta.
Polvo de piedras forma espeso lodo
Con la sangre cuajada; el aire aventa
El pasmo y el horror, y a los sablazos
La hostil falange quiébrase en pedazos.

Aquí caen muertos, por allá rendidos;
Aquí un grupo en piltrafa, otro agoniza;
A montones se arrastran los heridos
Que morir no pudieron en la liza.
No se persigue más, se oyen gemidos
Remotos, el Ibero está hecho triza,
Y de Chile a la isla más lejana
Llega la voz de la argentina diana.

Cálculo enorme que parece sueño;
El mismo día en todo Chile flota
Un mismo sol de triunfo; ya es el dueño
De Coquimbo, Cabot; Dávila rota
Ve a España en Copiapó; su heroico empeño
Ve Freyre coronado con su tropa
En Talca, y del esfuerzo giganteo
Todo Chile es magnífico trofeo.

¡Qué noche aquella!; mientras todo canta
El triunfo del Ejército argentino,
Surgiendo de un rellano se levanta
Pausadamente un cerro diamantino.
Quien corre a todos lados, quien se espanta,
Quien atónito mira o pierde el tino,
Y al resplandor de la lunar belleza
De un gigante aparece la cabeza.

Los jefes mandan conservar sus puestos
A cada cual, pues San Martín lo quiere,
Y del pristino pánico repuestos
Eco sonoro el campamento hiere.
No son ni maldiciones ni denuestos
Lo que trae esa voz; glorias profiere;
Y comienza el relato de este modo
Que oye perplejo el campamento todo.

"Yo soy Caupomariá, soy un gigante
De aquéllos que en Atlántida vivían,
Isla soberbia del oceano Atlante
Cuyos hombres de dioses provenían.
Frente a Europa y al Africa, arrogante,
Sus costas hermosísimas se erguían,
Y al romper de sus lindes el misterio
Hasta el Egipto propagó su imperio".

"Jamás lamieron los undosos mares
Tierra de tan preciosa maravilla;
Cuajaba el sol burbujas a millares
Transformando la espuma de la orilla
En profusión de gemas que collares
Brindaban al circuito, y aun la quilla
De la nave que el piélago surcaba
Guirnalda de diamantes salpicaba".

"A veces en fantásticos fulgores
Las perlas desde el fondo del abismo
Alzábanse en copiosos surtidores
Que iban flotando hasta el barranco mismo,
Y engarzando en espléndidos primores
Sus iris de la riba al espejismo,
En vez de agrios y abruptos peñascales
Eran las costas lajas siderales".

"El sol en sus cascadas crepitantes
De transparencia, transformaba en oro
La entraña de las cúspides atlantes,
Y de sus grietas el raudal sonoro
Brotaba con escamas rutilantes
Del precioso metal; nada incoloro
En nuestra tierra de prodigio había;
Todo era luz, riqueza y armonía".

"¿Qué decir de las gentes? no eran gentes;
Eran dioses mitad, mitad criaturas,
De coloso tamaño, inteligentes,
Con rasgos de divinas aposturas.
Como pequeños astros refulgentes
Eran sus ojos, ni jamás oscuras
Así sus noches resultar podían,
Pues tanta luz las nieblas deshacían".

"Nuestras flotas quebraban el oceano
Ebrias de orgullo, ansiosas de huracanes,
Por domeñar las fuerzas del arcano
Llevando en triunfo nuestros patrios manes.
En vez de faro, en el confín lejano
Su flamero nos daban los volcanes,
Y ceñidos tornábamos de gloria
A gozar del botín de la victoria" .

"Así llegamos al remoto Nilo,
Así llegamos a la sabia Atenas
Patria de Homero, Fidias y de Esquilo,
Ambas comarcas de cultura llenas.
No nos vencieron, no; fueron asilo
A nuestro enorme genio sus arenas,
Aunque a Solón narrasen lo contrario
Los de Sais por halago hospitalario". (2)

"Nadie fuera capaz de estremecernos;
Nadie fuera capaz de dominarnos;
Jamás pudo algún pueblo contenernos
Ni bajo su coyunda doblegarnos.
Mas, ¡ay!, en nuestro ser había eternos
Gérmenes de maldad; sin percatarnos,
Fué soberbia y crueldad y fué egoismo
Lo que causó el tremendo cataclismo".

"No eran por libertar nuestras empresas,
Ni eran por redimir nuestras hazañas;
Sólo por conquistar patrias ilesas
Vertiendo sangre y desgarrando entrañas.
Nuestras falanges al dejar impresas
Sus huellas, con catástrofes extrañas,
Marcaban por doquier su derrotero
Dejando de opresiones un reguero".

"Juzgándonos prosapia preferida,
A todos los mortales despreciamos;
Llevábamos así profunda herida
Que con propia soberbia envenenamos:
En vez de amor, la guerra fratricida
Por el planeta entero esparramamos,
Y Atlántida, de encantos reverbero,
Jamás abrió una puerta al extranjero".

"Y fué tal nuestro orgullo de grandeza
Que al Olimpo insultamos con locura;
Y fué tal nuestra bárbara fiereza,
Que despreciando fraternal cordura
Cuando del universo la cabeza
Tuvimos bajo el pie, hacia la altura
Alzábamos los puños, con señales
De golpear a los mismos inmortales".

"¡Horrorosa tragedia!... llegó un día
En que al Cielo cansó nuestra demencia,
Y como a raza pérfida e impía
Sin Dios y sin amor y sin conciencia,
Lanzó sobre nosotros a porfía
Su maldición, su estruendo, su inclemencia,
Ansioso de acabar con los humanos
Que en los otros jamás vieron hermanos".

"Y Atlántida tembló en sus fundamentos
Sintiendo de su crimen el quebranto;
Los espacios volcáronse en sangrientos
Torbellinos de llamas y de espanto.
Los mares se arrojaron turbulentos
En bárbaro empellón y furor tanto,
Que mientras a la Atlántida anegaban
Apagar las estrellas simulaban".

"Y Atlántida se hundió sin dejar trazas
Ni ver cumplido su extraviado sueño
De hacer un triunfo con las otras razas
Y exterminarlas con odioso empeño;
Y ver enhiestas sus guerreras mazas
De un polo al otro, Dios y único dueño
Su orgullo, y que los astros rutilantes
Coronaran tan sólo a los atlantes".

"Mas yo escapé de la feroz contienda
De la creación al sepultar a Atlanta,
Y en un barco al Olimpo alcé mi ofrenda
Con mi mujer, ¡ofrenda sacrosanta!.
También mi hijo y su esposa con su tienda
A mi barco vinieron, y fué tanta
La amante protección del hado mío,
Que pude ver en salvo mi navío".

"Anclamos en la playa apetecida
De la preciosa tierra americana,
Y fuimos la simiente bendecida
De la excelsa progenie mejicana.
A remota región desconocida
Mi hijo marchó después, y la peruana
Comarca pisó al fin, fijó sus lares,
Y fué tronco de imperios seculares".

"Cuando de la catástrofe salvado
Dando gracias a Dios besaba el suelo
De rodillas en tierra posternado,
Sentí una voz que descendió del cielo
Y me dijo: — ¡Oh Atlante sublimado
De pueblos inmortales noble abuelo!,
La Atlántida infeliz bajo el mar yace,
Mas contigo otra Atlántida renace".

"Esta no morirá porque es Dios mismo
Quien de su voz al poderoso aliento
Hízola aparecer del hondo abismo,
(Donde la otra murió, para escarmiento),
Con el fin de que pueda el idealismo
Del hombre superarse, en el sediento
Ardor de fraternales armonías
Contando sus progresos por sus días".

"Vendrá, pasando siglos, gente extraña
Arando mares como nadie ha visto,
Cada jalón marcando de su hazaña
Con un destello de la Fe de Cristo.
Y España te dirá: "Yo soy España,
Me ha dado el Cielo, la misión que invisto,
Te traigo de Jesús la eterna idea
Verdad y Amor si nadie la falsea".

"Y con sangre de España fusionada
Tu propia sangre, y con su Fe y su idioma,
América será la deseada
Patria del porvenir que al orbe asoma.
Hora vendrá en que ceñirá la espada
Mas sólo por ser libre; nadie doma
De tan augusta raza los destinos,
Y al mundo asombrarán los argentinos".

"Jamás naciera un hombre tan brillante
Como el que ha de surgir, irá a la altura
De la enorme montaña, delirante
De propia audacia y de feliz ventura.
Y entre la misma nieve, crepitante
De su corcel al golpe de herradura,
Chispas saldrán que crucen las esferas
Inflamando penachos y banderas".

"Bajará San Martín la Cordillera
Con un laurel en su nimbada frente,
Mientras al norte incéndiase otra hoguera
De Bolívar al genio encandecente.
Aun más lejos ya Wáshington sintiera
Triunfante su pendón, libre su gente,
Y vibrará de un polo al otro polo
De inmensa libertad un himno solo".

"De Europa tan preñada de rencores,
De ciencias nido, mas de guerra osario
Vendrán sobre los mares rugidores
Para alzar libre al cielo su sagrario,
Oleadas de pueblos que clamores
Vierten, ansiando el mundo hospitalario
Donde canten su libre supremacia
Dios y el trabajo: eterna democracia".

"¡América feliz!; sacro recinto
De amor fraterno, donde brille el mundo
Haciendo de su genio tan distinto
Un solo genio de vigor fecundo;
Cada vez que haya un pueblo en sangre tinto
O bajo los tiranos gemebundo,
Al mar sin miedo lanzará su prora
Para beber americana aurora".

"Y aquí donde los montes al sol tocan,
Y son piélagos dulces los reciales,
Y pampas como océanos provocan
A levantar de amor firmes hastiales,
Verán que aunque cien lábaros desflocan
A los vientos sus fiambrias siderales,
Uno más alto aduna nuestro anhelo,
El blanco-azul del pabellón del cielo".

"Dios destinó mi alma a ser testigo
Y constante atalaya; la lucerna
Del titánico ardor guardo conmigo
Y lo derramo en profusión eterna:
Sólo por dar mi aplauso al genio amigo
Vine del Aconcagua, mi caverna:
Gloria al Gran Conductor, Gloria a los bravos
Que sólo marchan redimiendo esclavos".

Calló la voz: estaba taciturna
La Creación escuchando al raro Atlante:
El astro de la noche era una urna
Su oro volcando en lumbre centellante.
La canción argentina en la nocturna
Calma, de pronto vibra desbordante,
Y San Martín de tanta dicha en pago
Gritó: "Mañana mismo hacia Santiago".

CANTO VII

CANTO VII

El Gran Conductor, entra en la capital de Chile. La noticia de la victoria de Chacabuco produce inmenso júbilo en la Argentina. San Martín no acepta el gobierno. Vuelve con O'Brién y Estay a Buenos Aires, a fin de arreglar la alianza con Chile, y así marchar a Perú. Cuando tornan a Chile, el Andes y los cóndores reconocen al Gran Héroe y le rinden vasallaje. Ordóñez se fortifica en Talcahuano. Acciones de Curapaligué y Gavilán. Hazañas de Freyre.

SANTIAGO, la ciudad esplendorosa
Que Valdivia fundara, está joyante:
Solar de alcurnia noble y valerosa
Que una vez y otra vez se alzó rampante
De la derrota cruel. Vibra armoniosa
La voz de cien campanas delirante,
Y el Mapocho cual nunca, rumorea
Legendarias historias de pelea.

Y bajo arcos de triunfo y de laureles
Y grímpolas, estofas y pendones,
Y oriflamas, banderas y troqueles
Van entrando las épicas legiones.
Y San Martín circuido de sus fieles
Salpicados con sangre de leones
Es más grande y magnífico que Alcides
El griego semidiós de tantas lides.

Al otro lado de la gran montaña
La pampa exulta, las ciudades truenan;
La Argentina estremécese en su entraña
Con tantos himnos que el espacio llenan:
De Esteban Luca a la emoción extraña
Surgen las odas, las salmodias suenan,
Y los ranchos se llenan de armonía
De tanto nuevo payador que había.

Quien vió al hijo partir que más amaba,
Quien a un nieto impulsó que era su orgullo,
Tal muchacha a su novio en quien soñaba
Mecida del amor con el murmullo;
Y hoy al sentir que todo se extasiaba
De tanta hazaña al embriagante arrullo,
Mientras vibran las décimas de un canto
Fusiónanse al placer gotas de llanto.

Y cuando el sol su disco trasponía
Hundiéndose del Ande al occidente,
Ni un alma sólo en la Argentina había
Que no le enviara un beso febriciente
Para llevar al Héroe. El sol ardía
Así cual nunca en Chile refulgente
Esparciendo hasta el mar en sus excesos
Limpias cascadas de argentinos besos.

"¡Gloria al Libertador de nuestra historia"!
Pueyrredón le escribía arrebatado:
"Es usted de su Patria excelsa gloria,
Y es un héroe hasta el último soldado.
"Brigadier General", es la memoria
Que para usted la Patria me ha entregado.
Acepte los despachos, que está fijo
Este pueblo en usted su mejor hijo".

Pero... "No puedo — San Martín responde
Tanto honor recibir, basta a mi suerte
Llevar la dicha por doquier se esconde
Una congoja de tiniebla o muerte.
Cualquier partriota que mi pecho sonde
Sabrá que es la ambición que me hace fuerte
Ver como único premio a nuestra hazaña
Libre América al fin de fuerza extraña".

Y se decreta a San Martín escudo
Ornado con magníficas leyendas,
Y hasta al soldado de cariz más rudo
Se le brindan espléndidas ofrendas.
Belgrano que mejor que nadie pudo
Tanta gloria apreciar, junto a sus tiendas
De Tucumán, ordena en su ardimiento
Que se alce "a Chacabuco" un monumento".

Siempre el más grande fué el más generoso
En prodigar de su alma centelleos,
Sintiéndose más grande y más dichoso
Al ver triunfar magnánimos deseos.
No es grande en realidad el envidioso
Aunque gane batallas y trofeos
Si de su pecho en la terrible lidia
Se siente derrotado por la envidia.

Suplica Chile en ínclita asamblea
Que gobierne a su pueblo el Argentino;
Mas el Héroe se opone, que es su idea
Unir con el chileno su destino,
Y llevar de ambos pueblos la febea
Legión hasta el Perú... ¡sueño divino!.
Hombres pide y más armas y más ropa
Y seguir siendo el jefe de la tropa.

Y después, que lo dejen; él no ignora
Lo que ha de hacer; lanzarse por los mares
Y clavar la bandera redentora
Del santuario del Sol en los minares;
Y gritar: "cuanto América atesora
Ya está libre de extraños tutelares:
Me voy, mas dejo para siempre escrito
De mi Patria el valor sobre el granito".

Tal obsesión lo absorve; un mes apenas
De su victoria transcurrido había,
Y otra vez con O'Brién va las arenas
Hollando de la enorme serranía.
Sólo se oyen de Estay las nazarenas
Pues va con ellos y el camino abría:
No se da cuenta el Andes humillado
Que es uno de esos tres el Gran Soldado.

Lejos buscando a Lima busca a Lima
Que es su tenaz y persistente halago,
Porque su genio con acierto estima
Que ella está en Buenos Aires y en Santiago.
La alianza va a estrechar, a ello lo anima
De su amistad con Pueyrredón el pago;
Y esquivando homenajes y ovaciones,
Trotan ya en Buenos Aires tres bridones.

El solo y Pueyrredón, dos veteranos
De una amistad con idealismos llena:
El solo y Pueyrredón, los dos hermanos
Más firmes de una unión que a la chilena
Enlace nuestra suerte; a los peruanos
Lleve la libertad, y allá en la arena
Do está de España el resguardado nido,
De Pizarro el pendón caiga rendido.

De Aguirre en el hogar casi escondidos
Todo lo piensan, lo deciden todo;
Los planes con O'Higgins convenidos
Consolidan por siempre de tal modo.
Aguirre marchará a Estados Unidos
Con Gómez, el prudente por apodo,
Para comprar bagajes y navíos
Con qué surcar los piélagos bravíos.

De San Martín el genio soberano
En Chile esperará el ansiado día
De divisar cual rompen el lontano
Las fragatas con férvida osadía.
Pronto tendrá su ejército, y a mano
Cuanto es forzoso a la ardua travesía,
Y argentinos pendones y chilenos
Juntos abriendo irán del mar los senos.

Todo con Pueyrredón comprometido
E indisoluble el pacto antes perplejo,
El general más grande y bien nacido
Hacia Chile dirige su entrecejo.
Al occidente marcha, esclarecido
Más que nunca un destino tan complejo,
Y con O'Brién y Estay por vez tercera
Contempla sin pavor la cordillera.

Mas esta vez el Andes se da cuenta
De quien sereno sus alturas pasa,
Y lejos de irritarse, experimenta
El gozo del misterio que lo abrasa.
No desata en sus cumbres la tormenta
Como antes; sabe bien quién lo traspasa,
Y lejos de amagarlo con ultraje
Como a señor le rinde vasallaje.

Todo adquiere hermosura y movimiento
Conforme va trepando las laderas;
Nubes de azul y armiño trae el viento
Que flotan en dosel de cien banderas.
Nunca del cóndor tuvo ronco acento
Tal eco al resonar, y mil quimeras
De luz, sobre los ríspidos picachos,
Parecen de un ejército penachos.

Cierta ocasión, al promediar el día
Estay le dijo: alce señor la frente
Y mire la soberbia compañía
De cóndores que llenan el ambiente
Volando sobre usted; alguien diría
Que forman su escuadrón, pues lentamente
En el espacio sobre usted volando,
Con atónito afán lo van mirando.

Y San Martín los vió, mas al instante
Todos en muchedumbre prodigiosa
Con música de vuelo resonante
Se adelantaron y en escarpa airosa
Se posan con el cuello hacia adelante
Sobre el camino abierto como fosa:
Llegó el Héroe y miró con hondo anhelo
También como los cóndores al suelo.

Y entre guijos deshechos y oprimidos,
De cóndores, vió huesos y plumones,
Y recordó que allí fué donde unidos,
Del terremoto en pos, los escuadrones
Rezaron por los héroes fenecidos
Al golpe de centellas y ciclones,
Y donde mientras él también rezaba
Cadáveres de cóndores pisaba.

Después, desde una cumbre más enhiesta
Volvió el rostro hacia atrás y la bandada
De cóndores hieráticos aun puesta
Estaba en el cantil como arrobada.
Quien sabe qué memoria de la gesta
En las aves, hallábase guardada,
Mas dijo O'Brién, "Señor, sobre la alfombra
De plumas, aun de usted veo la sombra".

Jamás dejaron de sentir de día
Ruido de armas y doble de tambores,
Y escuchar cual remota melodía
De marciales clarines los canglores.
De noche, el himno de la Patria unía
Su voz a los fantásticos rumores,
Y cada abismo en ansia peregrina
Gritaba: "¡Viva el Héroe y la Argentina!"

Cuando de cerca lo miró la cumbre
Del Aconcagua, vióse en su cimera
Posarse el astro de purpúrea lumbre
Marte, sobre el talud de la nevera.
Noche profunda; al tétrico vislumbre,
Vió el Héroe sacudir la cabellera
A un ser humano enorme y fulgurante,
Y comprendió el saludo del Atlante.

Y después de mirarlo largo rato
Tornó el rostro a su izquierda, y allá lejos
vió sumida también del Tupungato
La frente, en mar de vívidos reflejos.
O'Brién que estaba mudo en su arrebato
Dijo al fin: —"Me parece que los viejos
Veteranos, señor, que aquí han caído
A las cumbres por veros han subido".

Ya están en Chile; bajan la fragosa
Montaña por tercera vez vencida,
Hundiendo su mirada que reposa
Sobre valles, indómita guarida
De la casta de gente portentosa
Que aumentará su hueste en la partida:
Y mirando hacia atrás, el Héroe dijo
De cara al Ande su semblante fijo:

"Que jamás otra vez pisen tus frentes
De Chile o de Patria las legiones
Si no ha de ser para luchar valientes
Unidas con idénticos blasones.
Te he dado ejecutorias refulgentes
De gloria, de hermandad, de abnegaciones,
Y en tu granito como ley suprema
He dejado de unión grabado el lema".

A occidente volvió después la cara
Y cada pie apoyado en su estribera,
Se irguió y dijo: "Parece que bajara
Allá lejos el cielo o que subiera
La tierra, y que al subir se matizara
Con el blanco y azul de la bandera".
Respondió Estay: "Señor, es que han llenado
Toda mi patria del pendón sagrado".

Era en verdad así; como la fronda
Se ve, desde una altura, columpiarse
Cuando estremece el céfiro su blonda
Sobre infinita selva al dilatarse,
Tal era la visión: doquier se afonda
Del Héroe la mirada por posarse,
Sólo ve estremecerse los colores
Emblema de su Patria y sus amores.

Y era tal el tributo generoso
Que Chile al Argentino le ofrecía,
Pues de verlo en su seno estaba ansioso
Y que estaba en su seno conocía.
Doquier sintió el aplauso portentoso
San Martín que al aplauso siempre huía,
Y entre dianas de honor y cañonazos,
Entró en Santiago repartiendo abrazos.

Dos meses del adiós de la partida
No más pasaran y en tan corto trecho,
Más de mil leguas hizo de corrida;
Y tal espacio fuéle tan estrecho
Que al llegar, del corcel suelta la brida
Aun estaba, y el Héroe tan derecho,
Que tan sólo sintió al querer pararse
Ansia de ir hasta el mar y al mar lanzarse.

Mas, ¡ay,! en tanto San Martín su obra
Entreanida en su plan americano,
Al sur de Chile un español recobra
Nueva audacia; terrible es el hispano:
Ordóñez se le llama, en él hay sobra
De coraje, y mirando a Talcahuano,
Clama tenaz y en perspicacia solo:
—"Aquí encierro mis vientos como Eolo". (1)

"Luego los soltaré cuando convenga
Para que barran con su furia Chile;
Entretanto no habrá quien aquí venga
Sin que yo entre mis breñas lo aniquile.
El mar abierto hacia un costado tenga,
Sierra y foso del otro me acantile,
Y de cualquier ejército me río
El mar que va al Perú mirando mío".

Y era verdad; mirífica bahía
La que al poniente el cabo Tumbes cierra,
Y al este el promontorio Lobería
Como atalaya irguiéndose en la sierra.
Seis millas nada más de ancho se abría
La boca, y nueve de hondo hasta la tierra;
Y celando su entrada peregrina
Se alza fuerte la isla Quiriquina.

Al sudoeste escondiendo sus primores,
Del barrancal en un recodo plano,
Mecida por fantásticos rumores
Se tiende la ciudad de Talcahuano.
Dos millas más al sur, tras los alcores
Se encajona de nuevo el oceano
Con la vistosa rada San Vicente
Cual la de Concepción resplandeciente.

Y entrambas la península llamada
De Talcahuano o Tumbes hacia el norte,
Recia, abrupta, atrevida, encerrillada
Sin que un solo pradal su altura corte.
Donde acaba al sudeste la lomada
Y en médanos acuesta su recorte,
Se angosta a dos kilómetros apenas
Y extiéndese a sus pies llano de arenas.

Este frente tan solo el vulnerable
Pudiérase juzgar de la meseta,
Pero Ordóñez lo torna formidable
En cada escarpa y en cualquier caleta.
Todo lo artilla y vuélvelo espantable,
Hace boca de lobo en cada grieta,
Y puede polvo hacer con sus cañones
De un enemigo tropas y bastiones.

La rocalla de Tumbes más segura
Conocida por "Cerro Centinela"
Y es la que vence a todas en altura
Transfórmala en ciclópea ciudadela.
En la cresta inferior "Cerro del Cura",
Caños de muerte oculta con cautela,
Que puedan arrasar flancos y frente
Y defender la línea de su gente.

Como si fuera poca tal pujanza
En que el arte se mezcla a la natura,
Dos buques, el "Potrillo" y el "Venganza"
Ambos de guerra, ostentan su bravura.
Y cabe el mar, donde la vista alcanza,
Dos castillos destacan su foscura:
¿Quién ante tal guarida se atreviera
A enarbolar en alto su bandera?

Algo hacia el sur con faz de poderío
Muestra su ceño de esplendor bañada
Y dueña del fastuoso Bío-Bío
La real ciudad de Concepción llamada:
Antes que atropellar el roquerío
De Tumbes, ella debe ser tomada.
¡Oh cerros, oh quebradas, oh aguazales
Repletos de contiendas inmortales!

El inclito Las Heras, sin embargo,
Orden tiene de ataque y ya está cerca;
Pero Ordóñez atisba tiempo largo
Su marcha en cada paso que lo acerca.
No descansa, jamás tiene un letargo;
Y guarda empaque y contumacia terca,
Para medirse al argentino bravo
Y ver quien queda muerto o queda esclavo.

No en vano allá en España igual escuela
Tuvo que el Héroe de Héroes, batallando
Contra el Gran Bonaparte, y en Tudela
Hizo temblar al enemigo bando.
Más de una vez con San Martín la espuela
En el hijar hundió cargas llevando:
Pero el Gran Héroe es quien igual bandera
Levanta; libertar por donde quiera.

Ordóñez sale al fin de su guarida
Y a Las Heras soñando hacer pedazos,
Con la astucia que en él es fuerza y vida
Intenta sorprender en los ribazos.
La noche está en negrura tan sumida
Que ni una estrella vierte sus chispazos;
Y grita el español a su mesnada:
"Fuego de infierno y a blandir la espada".

Y Curapaligüé que el sitio era
De la acción, trepidó al tremendo ruido
De las descargas que en rojiza hoguera
Transformaron del campo el negro ejido.
Restalla al mismo tiempo la chispera
Mezclándose de sables el chasquido;
Que si el godo sorpresa dar pensaba,
Las Heras espiando lo aguardaba.

Cual avezado tigre que olfatea
Al cazador que se quedó acostado
En la entrada del bosque, y se recrea
Porque ya lo presiente asegurado,
Mas el hombre da un salto y lo foguea
Descarga tras descarga, y el osado
Animal al sentirse que está herido
Huye otra vez con tétrico rugido,

Así Ordóñez por más que da zarpazos
Con su brigada que valor vomita,
Al sentir de los héroes los balazos
Se encoje, se avalanza, se encabrita;
Pero al mirar los sanguinosos trazos
De sus huestes, huír con rabia grita,
Y otra vez se guarece en sus peñones
De su legión dejando los girones.

De igual victoria con el mismo trueno,
Como a tanta hermandad correspondía,
El tambor argentino y el chileno
Vibran en Concepción el mismo día.
Y Las Heras, sacando de su seno
Una oculta bandera que oprimía,
Dijo al izarla rumbo al firmamento:
Que de Chile el pendón cante en el viento.

Tragó Ordóñez, con bilis su derrota,
Pero no desmayó, nunca supiera
De flaquezas su espíritu que flota
Sobre la firme posición roquera.
Siempre contempla el mar por ver si nota
Acercarse el auxilio que pidiera,
Y al fin observa grímpolas hispanas
Que fuerzas del Perú le traen hermanas.

Entre las dos bahías que circundan
La península audaz por ambos lados,
Se extienden arenales que se inundan
Destacándose apenas los collados.
Sobre lomas y médanos que abundan
Son "Chepe" y "Gavilán" los más osados
Cerros, por robustez y por altura,
Y atalayas los dos de la angostura.

Las Heras tan sagaz en su mirada
Comprende ser su posición incierta
Ante tal fortaleza invulnerada
Y él en una ciudad del todo abierta:
Difícil por demás su retirada;
Ordóñez siempre listo y siempre alerta;
Mas le sobra el empaque, y al momento
Fortifica también su campamento.

Hace del "Gavilán" torreón y fuerte,
Transforma sus escarpas en bastiones,
Y desde allí vomitará la muerte
Situando sus obuses y cañones.
Díaz y Martínez guardarán la suerte
Del patriótico honor: dos batallones
A la derecha habrá de infantería,
Y oculta, la veloz caballería.

Ya de Ordóñez las huestes han crecido
Con el refuerzo del Perú llegado;
Ya el intrépido Ordóñez se ha sentido
Cien veces y otras cien resucitado.
Jura a sus fieles de confianza henchido
Que dará al fin un golpe despiadado,
En que destruya de venganzas lleno,
El orgullo argentino y el chileno.

Y al saber que jornada tras jornada
O'Higgins avanza a unirse a los patriotas,
Adelanta su plan, pues ve menguada
La hueste adversa ante sus nuevas cotas.
La estrategia de ataque a su mesnada
Comunica, con orden de ver rotas
Por retaguardia y flancos en conjunto
Las filas del contrario al mismo punto.

Morgado empujará por la derecha
Sembrando horror con su implacable brío,
Y el mismo Ordóñez rajará la brecha
Por la siniestra con furor bravío.
En igual tiempo atacará rehecha
La caterva del sur del Bío-Bío,
Y al verse en todas partes acosada
Caerá la hueste criolla acribillada.

Mil ochocientos diez y ocho; Mayo:
Día cinco del mes: aun de la aurora
Apenas surge en el oriente un rayo
Y Ordóñez con legión arrolladora
Ya está en Chepe: despierta del desmayo
El agua que dormía arrulladora,
Porque un tropel de cañoneras lanzan
Disparos cien que a Concepción alcanzan.

Los cañones patriotas que apuntaban
Del Gavilán desde la erecta cumbre,
Arrojan a las tropas que avanzaban
Humo, plomo, metralla, rabia y lumbre.
Las filas españolas no esperaban
Tanto vigor; tembló su muchedumbre,
Y en retazos, de miedo estremecidas
Tornan de nuevo atrás despavoridas.

Mas Ordóñez que está del humo ciego,
Las arenga, se rehacen y se agitan,
Y vuelven protegidas por el fuego
Que sus cañones sin parar vomitan.
Casi ya van a Concepción, más luego
Las Heras y sus bravos precipitan
Ataque tan feroz de frente a frente,
Que hace parar a la española gente.

Como la ola horrible que atropella
Cual si fuera montaña que camina
Dejando tras de sí horrorosa huella
Y aquí ruge, allí crece, allá se inclina;
Mas llega a un roquedal y en él se estrella,
Tal ante la falange de Medina
Se quiebra en cien pedazos el ibero,
Que el empaque es atroz del granadero.

Y es inútil que vierta espumarajos
Ordóñez de su boca, y se rehaga,
Dos veces más ya están hechos andrajos
Y en sus filas la muerte circunvaga.
Medina y Deheza corren por los bajos
Matando, que la muerte les embriaga,
Y el Gran Ordóñez, fuerte y desgraciado
A Chepe se repliega acorralado.

Entretanto Morgado, la derecha
De los patriotas con furor sacude,
Pero Freyre le sale, lo repecha,
Y a todas partes como un viento acude;
A balazos los arde, contrahecha
Ve la hispánica hueste, sin que escude
A los audaces hijos de Pelayo
De sus cañones el nutrido rayo.

Huyen a su guarida invulnerable
Los restos de las tropas destrozadas,
Y por detrás hudiéndoles el sable
Van de Argentina y Chile las mesnadas;
Hasta el acantilado impenetrable
De sus rocas, los rajan las espadas:
Eran las diez: ya sólo las hogueras
Brillan de las hispanas cañoneras.

Mas llega una vanguardia presurosa
A quien O'Higgins gritó: "Sus, por atajos
Volad a Talcahuano, que espantosa
Batalla ha de librarse y a destajos".
Ya está sobre la orilla rumorosa,
Y a pecho libre hollando los regajos,
No escapa a sus descargas ni una vela,
Y huye la flota sin dejar ni estela.

Como después que el huracán se crispa
Azotando la selva, están tendidos
Los árboles que al viento o a la chispa
Muertos quedaron o de muerte heridos,
Y hasta el chacal ante el horror se abispa
De ver montones de árboles caídos,
Así el campo quedó lleno de iberos
Muertos, agonizantes, prisioneros.

Tal de Las Heras fué el heroico canto;
Tal fué de "Gavilán" la heroica hazaña;
Tal fué de Ordóñez el heroico espanto;
Tal de la criolla sangre fué la saña.
¿Quién reluchar pudiera tanto y tanto
Sino el genio del Cid, la gran España?
Vibraron nuestros bronces todo el día:
Ordóñez fuego en lágrimas vertía.

Al fin se oyó como un turbión bravío
Que a lo lejos los campos sacudía,
Y se vió relumbrar un chisperío
De fusiles y lanzas que crecía.
Era de O'Higgins el tremendo brío
Que el duro sitio a reforzar venía:
Ansiosos de luchar los que aguardaban
Hurras sin fin a los llegados daban.

Exultó como nunca el campamento;
Se ensancharon doquier sus lontananzas;
Todo fué agitación y movimiento
Afilando los sables y las lanzas.
Con la nueva legión y el bastimento
Renacieron fogosas esperanzas,
Que un aliento no más lo abrasa todo:
El de ultimar en su guarida al godo.

El Héroe de los Héroes ¿qué hace en tanto?
El virus de Satán lo crucifica
En lecho de dolor con el quebranto
De enfermedad que a su alma sacrifica.
El médico Zapata siente espanto
Al verlo sangre vomitar, ni explica
Cómo así puede un hombre en tanta pena
Seguir con su alma de esperanzas llena.

"Quizás (exclama con su garbo teso
El médico Zapata) — esa carrera
De Chile a Buenos Aires y el regreso
Bañada en nieve ya la cordillera....
Quizás también el inclemente peso
De su preocupación la causa fuera"....
No ve que aunque su ciencia no es mentira,
Desde el averno Satanás conspira. (2)

No era tal el ardor de Prometeo
Al Cáucaso por Jove encadenado,
Como de San Martín era el deseo
De lanzarse hacia el sur, el afilado
Sable empuñar, mezclarse al centelleo
De sus ginetes, y con grito airado
Sumergir al realista en la onda amarga
A puro golpe de soberbia carga.

Tres veces lo intentó y otras tres veces
Del potro a las primeras cabrioladas,
Apuró de su mal las tristes heces
Desmayado y de sangre entre boqueadas.
Habla al dormir cual si en terribles creces
Batallase animando a sus mesnadas,
Y se le oye gritar: "Lanzas... cañones...
Que suene ya el clarín... a los bastiones".

Imposible delirio, sólo puede
Dar fervor a sus bravos desde lejos,
Como a distancia del cenit sucede
Dar el sol a las cumbres sus reflejos.
Bien lo saben sus huestes, su alma tede
Tan grande ausencia, pero no perplejos
Por ello están, que exalta su osadía
Saber que en ellos San Martín confía.

Tiene el hispano enormes fortalezas
Que se escalonan en pasmoso enfile
Alzando amenazantes sus cabezas
Hasta el Arauco por el sur de Chile;
Y es menester que a golpe de proezas
Tanto poder y orgullo se aniquile,
Pues a su sombra van las caravanas
Que alimentan las águilas hispanas.

O'Higgins le grita a Freyre: "es necesario
Que tú, que nadie más el rayo seas:
Que marches, y con ímpetu incendiario
Hagas de aquellos fuertes tus preseas.
¡Pronto, Freyre!, piquete legionario
Escoge a tu placer, según deseas,
Y vete, que ambas patrias con premura,
El fruto quieren ver de tu bravura".

Ya de Freyre desfilan los trescientos
Granaderos que en todos ha escogido,
Y sus dos inturbables regimientos
De infantes en ejército garrido.
El a su marcha imprime vibramientos
De cíclopes, y es tal el resoplido
De su pingo y su anhelo de partida,
Que sangra el befo a fuerza de la brida.

Y perínclitos salen y serenos
Fundiéndose al clarín cajas marciales:
Van lo mismo argentinos que chilenos;
Todos tienen mirar de generales.
No marcharon tan bravos los helenos
Avanzando a los campos inmortales
De Maratón, Cunaxa o de Platea,
Como estos al barrunto de pelea.

Apenas rompen marcha, a Freyre llega
De San Martín el Grande un asistente
Que se cuadra, saluda, y hace entrega
De una misiva del preclaro ausente.
El sobre al romper Freyre, al punto anega
Todo su rostro una emoción vehemente:
Treme su mano en tanto deletrea,
Y el potro piafa en tanto y escarcea.

"Freyre amigo, — le dice — nunca olvides
Que al pisar de los Andes el nevado
Por el Planchón entre azarosas lides,
Sentaste fama de inmortal soldado.
Siempre fuiste adalid entre adalides;
Nunca jamás tu honor se vió menguado;
Lucha, trepa, arremete por doquiera;
Mi alma va de la tuya compañera".

Con sesenta chilenos solamente
En audaz torbellino de ardimiento,
El Capitán Cienfuegos inclemente
Toma la fortaleza "Nacimiento".
Poco blasón para tan poca gente
Que envuelta va en glorioso aturdimiento,
Completa su victoria meridiana
Con los fuertes "San Pedro" y "Santa Juana".

Y es tan sólo el principio de la hazaña
Que parece leyenda de locura;
Cienfuegos se une a Freyre en esa extraña
Caterva de magnífica bravura,
Y de paso no más, como a regaña,
Se apoderan del fuerte de "Colcura",
Y al encimar de pronto un monte glauco
Fieros sonríen porque ven Arauco.

La guarnición del fuerte inexpunable
Ha visto a los patriotas, los otea,
Y a la lucha dispónese implacable
Sin que a uno solo asuste la pelea.
Cinta gualda y punzó en la cruz del sable
Todos penden, la besan, y jadea
Feroz su corazón, con juramento
De dar a los patriotas escarmiento.

Y salen los realistas, y en el río
Carampangüe se plantan con denuedo
Prontos allí a romper el albedrío,
De Freyre que jamás conoció el miedo.
¿Quién osará tamaño desvarío
De cruzar de un roquedo a otro roquedo
Bajo una tempestad de municiones
Y la tromba que lancen los cañones?

Hasta el demonio está con los realistas,
Y una lluvia infernal lo inunda todo;
El Carampangüe arrastra como aristas
Arboles descuajados entre lodo.
Ni un vado queda libre; enormes listas
De campo están bajo agua; ni un recodo
Hay donde pueda Freyre con su bando,
Cruzar, herir, atropellar matando.

Pero el criollo es atroz, toma a su cargo
Cincuenta de sus más bravos ginetes,
Y con cincuenta a grupas, a lo largo
Van los cien, granaderos y mosquetes.
Al fin encuentra en su percance amargo
Donde cruzar; "¡Oh di! ¿cómo arremetes
(Le grita un español) con tal coraje?
¿Eres chileno, di, o eres salvaje?"

Y ante el grito de ataque tremebundo
Que a su flanco rugir oye el hispano,
Ve el pelotón que envuelto en barro inmundo
Lo acomete con Freyre y Orellano.
Los que al frente quedaron, ni un segundo
Pierden, avanzan más por el pantano,
Y arrojan tal turbión de proyectiles
Que parecen quemarse sus fusiles.

Unos heridos caen, otros deshechos
En la ibérica hueste, otros escapan
Hacia el fuerte do en miedo están maltrechos
Los del torreón y allí resguardo atrapan.
¡Al Fuerte! — grita Freyre, — y en sus pechos
Que los ponchos mojados les gualdrapan,
Sin ver si quien los moja es el desangre
Sienten como en hervor bullir la sangre.

Y enterrando la espuela en los hijares,
A carrera tendida van al Fuerte;
Ya se tiñen de rojo los sillares,
Ya se cansa el acero de dar muerte.
Aquí se escuda alguno en los pilares,
Allí cae otro para siempre inerte,
Y de los potros tal es la ceguera,
Que hasta intentan trepar por la escalera.

¡Oh sublime visión! un sueño apenas
Parece y no verdad; en el rellano
Superior que circuido por almenas
Corona del torreón el altozano,
Freyre sobre su potro vierte llenas
De fuego sus miradas al lontano,
Y hace flamear del sol entre chisperas
Y en un asta no más, las dos banderas. (3)

CANTO VIII

CANTO VIII

El célebre general francés Bráyer, presenta un plan para tomar a Talcahuano; plan que no agrada a los jefes argentinos y chilenos, pero que lo siguen por altivez. Enormes hazañas. El Virrey del Perú, prepara una fuerte expedición para ayudar a los realistas de Chile. El Gran Héroe envía un delegado a tratar, pero que más bien es un espía. Sabedor ya el Gran Argentino de todos los pormenores de la expedición, ordena la retirada a los sitiadores de Talcahuano. Solemne declaración de la Independencia. Maniobras de ambos ejércitos y sorpresa de Cancha Rayada.

AS quién podrá decir combates tantos?
Si un pagano cantáralos ¿qué musa
Invocara, que uniese a sus encantos
La terrible expresión de una medusa?
¡Oh Dios! Tú sólo puedes a mis cantos
Dar la emoción histórica y no ilusa,
Pues eres Tú, verdad, fuerza, energía
Y terror y hermosura y armonía.

¿Cómo exaltar de Ordóñez el talento
Y la constancia siempre infatigable?
¿Y de Lavalle cómo el ardimiento
Y de Freyre el arrojo inalterable?
¿Y de Medina el raudo movimiento,
De Corvalán el tormentoso sable,
Y de Las Heras la inmortal mirada
Y el golpe siempre nuevo de Escalada?

¿Quién cien veces cantar la bizarría
De O'Higgins entre turbiones y aguazales
Quebrando del hispano la osadía
Cada vez que sus duros peñascales
Abandona, creyendo rompería
Del Patriota las líneas desiguales?
¿Quién su tesón inquebrantable y fiero
Osará renovar contra el ibero?

¿Quién los ardides que el hispano trama
Sublevando la indiada traicionera
Que el exterminio siembra como llama
Y de cada poblado hace una hoguera?
Si sólo un episodio, eterna fama
Por el sitio de Troya al griego diera,
Para gloria del nombre americano
Fuese más que bastante "Talcahuano".

Chile, Patria de honor, tu sangre uniste
A la Argentina en la inmortal contienda,
Y sin envidia, al argentino viste
Luchar, mandar, morir, alzar su tienda.
Y triunfaste con él; ¡oh!, cuanto hiciste
Dios lo aceptó como sublime ofrenda,
Pues ambas disteis sacrosanto ejemplo
Dando a la libertad un mismo templo.

Entre los oficiales extranjeros
Que a la América dan su contingente
Por libertarla así de los iberos,
Está Bráyer de historia refulgente,
Y Bácler D'Albe jefe de ingenieros:
Ambos franceses son; entre su gente
Palmas inmarchitables conquistaron
Cuando con Napoleón lindes cambiaron.

Después que el corso aquel su ejecutoria
Fué a escribir deszarpado a Santa Elena,
(Cuando Dios se aburrió de tanta gloria),
Y el inglés con el mar le hizo cadena,
A América del Norte huyó la ustoria
Constelación de generales llena,
Y desde allí vinieron contratados
Con otros oficiales renombrados.

En Hoelinden ¿quién fué más valeroso
Que Bráyer? ¿Quién más firmes cargas diera
Bajo el sol de Austerlitz esplendoroso
Cuando a un cuerpo de rusos la bandera
Arrancó con empuje proceloso
Como un ciclón que brama sin barrera?
Y en Prusia ¿quién más bravo, y en España
Una hazaña anudando en otra hazaña?

Y cuando en pos de Waterloo, la hora
Vibró de la desgracia inmensurable,
(Día que amaneció sin luz de aurora),
Impávido al destino inexorable,
Ante el Emperador que brama y llora
Se presenta, y con grito formidable
Le dice: "aunque usted, Sir, ya ni me escucha,
Tengo veinte mil hombres; ¡a la lucha!".

Y bien lo recordó en sus estertores
El mago de batallas, cuando hacía
Su testamento en rasgos de clamores
Que con pavor la Historia recogía:
"Yo hice mal (cuando al doble de tambores
Bráyer el bravo aquel se me ofrecía),
En no correr de nuevo al enemigo
En vez de mendigar traidor abrigo".

¿Quién puede resistir a tanta fama
Sin consultarle frente a Talcahuano?
¿Cómo no oscurecerse ante su llama
La de cualquier caudillo americano?
Y sin embargo, ¡triste panorama!
Su plan todo banal, su ingenio vano,
Su estrategia, solemne desacierto;
El quedó vivo, su renombre muerto.

"Un ataque formal contra el realista
Por su izquierda llevar, tomar el Morro,
Y por el centro y la derecha arista
Dos ataques fingir, formando corro.
La primera vanguardia sin ser vista
Echar el puente, y por allí cual chorro
Aturdidor, cruzar los granaderos
Despejando a degüello los senderos".

"Tomado el Morro — Bráyer continuaba —
Sólo hay que aprovechar de los cañones
Con que el mismo español atormentaba,
Para barrer la flota y los torreones.
Entonces la falange que montaba
Soltaría la rienda a sus bridones
Por cantiles, por cerros y por valles
Matando siempre hasta en las mismas calles".

"En tanto en la bahía San Vicente
Manning con nuestras ocho cañoneras
Contra el realista arreciará inclemente,
Al tope las patrióticas banderas.
De un golpe así no más, el insolente
Rendido quedará en sus madrigueras
Sin poder escapar, tal su desmayo
Como si herido fuese por un rayo".

No lo piensan así tan arrogantes
El Héroe a quien sus males tienen lejos,
Ni O'Higgins ni Las Heras, desbordantes
De valor como están, pero perplejos.
De un hombre con leyendas tan brillantes
¿Cómo despreciar planes y consejos?
Distinto era el plan de ellos mas ¿creería
El francés que era miedo lo que había?

¿Que no eran tan capaces los soldados
De América y sus duros granaderos
En dar golpes de audacia tan mentados
Como de Napoleón los coraceros?
Por eso al decir Bráyer, que mandados
Por Las Heras serían los primeros
Que izaran en el morro sus banderas,
"Lo tomaré", le contestó Las Heras.

Con O'Higgins luego el argentino en sola
Conversación, le dice: "no, no acierta
El francés al juzgar que la española
Hueste, si el morro es nuestro, caerá yerta.
Cimas más altas hay donde su ola
De fuego, verterá siempre a cubierta.
¿Qué me importa decir el Morro es mío
Si es cada cerro un morro aun más bravío?"

"Fuése mejor nuestra feroz batida
Por el centro llevar y nuestra izquierda,
Y una trinchera y otra acometida
Hacer que el español el polvo muerda.
Cuando quede a su puerto reducida,
La gente aun viva fugará si es cuerda...
Pero no digo más, que ya los dados
A luchar y dar muerte están echados".

Seis de Diciembre; dos de la mañana;
En tal silencio todo está sumido,
Que allá en la altura al cintilar lejana
La estrella, se dijese que hace ruido.
Y se apronta la hueste americana
En tres partes su mando dividido:
Las Heras en su puesto; Conde manda
El centro, y Manning en la izquierda banda.

Pide Beauchef, francés de sangre hirviente,
De Las Heras guiar en la pelea
La vanguardia, magnífico exponente
Del valor que a su pecho aguijonea.
En la hueste de Conde marcha al frente
Otro argentino indómito, Correa;
Y detrás, en el cuerpo granadero,
Freyre el que inmola hasta gastar su acero.

Alzó Las Heras a la inmensa altura
Sus ojos con piedad, juntó sus manos,
Y dijo esta oración: "Señor, segura
Sabes que es nuestra alianza, como hermanos
Mi Patria y Chile juegan su bravura:
¡Oh Dios!, que jamás puedan los hispanos
Motejar en irónicos alardes
De que fuimos caterva de cobardes".

"Es sólo libertar quien nos obliga
Sangre a verter en tanto sacrificio;
¡Oh Dios de la verdad!, nunca se diga
Que a nuestro esfuerzo fuiste Tú impropicio.
Ni capaz fué el infierno ni la intriga
De malograr tu inspiración y auspicio.
Que la Historia jamás pueda con lodo
Nuestra memoria salpicar. Es todo".

Ya Beauchef con los suyos se adelanta
En el misterio, sujetando la ola
De su respiración que se agiganta
Ansiando sorprender a la española
Hueste; mas, ¡ay!, que de improviso espanta
A quemarropa, adversa tercerola
De un centinela ibero que ve el trance
Y huye a dar cuenta del tremendo avance.

"¡A carrera! ¡a carrera!" Beauchef grita.
"¡Al Morro sin parar, todos conmigo!"
Y su legión en pos se precipita
Cada cual de su honor juez y testigo.
Las Heras que lo advierte, al punto incita
A su gente, y se larga... "Al enemigo"...
Y es de ver cómo van, su aliento es llama,
Mientras sobre ellos el cañón rebrama.

No son hombres, fantasmas son terribles,
Duendes que entre las nieblas se avalanzan
Buscando arremeter a las temibles
Máquinas que en el Morro plomo lanzan.
A su redor revientan con horribles
Estallidos las bombas, mas alcanzan
Un cerro y otro cerro y no se asustan:
Si aquí se esparcen, por allá se ajustan.

Y del Morro, Beauchef llega hasta el foso;
Pero ya sobre el borde del abismo,
Un diluvio de balas, horroroso,
Cae sobre ellos:... fragor de cataclismo;
Viento de muerte aúlla proceloso;
Balas y balas; duda Beauchef mismo;
"Adelante, a matar a quien nos mata"
Ruge Videla y todo se arrebata.

Y Beauchef y Videla dando un salto
Se arrojan en el foso, con el brillo
De centella fatal que cae de lo alto,
Y es tan sólo el fulgor de su cuchillo
Que oprimen en los dientes; al asalto
Le siguen los demás, y está amarillo
De miedo y rabia y de furor el godo (1)
Al ver que cruzan a pesar de todo.

Con el agua hasta el cuello, las cabezas
Apenas de la charca entresacando,
Hundiéndose entre el lodo y las malezas,
Y la lluvia de balas soportando;
Cual dantesca legión, en enterezas
La historia más absurda aventajando,
Mueren unos, pero otros al conjuro
De su audacia rebalsan hasta el muro.

Siete metros de altura, ¡Dios bendito!,
El barrancal se eleva, nada menos,
Y con troncos y puntas de granito
Sus cercados de arriba están rellenos.
Y Beauchef y Videla, dando un grito,
Sobre hombros argentinos y chilenos
Se encaraman y entreabren un portillo
Con uñas y con dientes y cuchillo.

Y dispónense a entrar; ¡oh suerte esquiva!
Revienta una descarga en el boquete
Que exánime a Videla lo derriba,
Y a Beauchef que impertérrito acomete
El brazo le destroza. La ofensiva
Parece desmayar, pero arremete
Las Heras que al peligro nunca falta
Y su penacho al ver todo se exalta.

Lanza el godo torrente de metralla;
Las Heras con sus bravos zapadores
Tiende escalas, y trepan la muralla
Con D'Albe que es un genio de furores.
La formidable empalizada estalla
En pedazos que caen con estertores;
Las bayonetas del patriota ensartan
Y sus facones, de meterse se hartan.

El hispano que muerto no ha quedado
O herido entre quejumbre lastimera,
Huye por donde puede al desbandado,
Se esconde, o mientras corre y desespera
Al mar se tira por morir ahogado.
En tanto, como bien lo prometiera,
Las Heras, sobre el Morro y sus bastiones
Levanta su pendón hecho girones.

"Viva la Patria"... clama; era la seña
Que se dieran a tiempo los patriotas
Para anunciar que la temida peña
Tomada estaba y sus defensas rotas.
"Viva la Patria"... en tanto se diseña
Terrible confusión; pero las notas
Del "Viva"... con que atruenan los soldados
Repercuten collados tras collados.

Mas, ¡ay!, los fugitivos tiempo hubieron
De izar en alto el puente levadizo,
Y aunque prodigios de valor hicieron
Los patriotas y aun más Las Heras hizo.
Imposible cruzar, y allí estuvieron
Soportando de balas el granizo,
Respondiendo en los bordes y cantiles
Al fuego del cañón, con los fusiles.

Nada importa que Conde a quien el hado
De implacable exterminio acicatea,
En un combate a fondo, el simulado
Trueque al ver indecisa la pelea:
Aquí toma un aproche, allí un vallado,
Pero de heridas lleno cae Correa,
Y a Conde al fin también derriba en tierra
Maldito proyectil que se le entierra.

Horroriza mirar cómo el patriota
Relucha ¿quién podrá jamás cantarte
Borcosque, Ramón Listas y Villota,
Quién a tí Villarreal y a tí Alemparte?
Mas, ¿cómo proseguir si sólo brota
La sangre, y ya sin jefes, y en gran parte
Piltrafas hechos? Sólo demostraran
Que de ser aquí el golpe aquí pasaran.

También el inglés Manning fué valiente;
No en vano en sus arterias se encendía
Sangre de Nelson; asaltó de frente
A la flota realista en la bahía,
Y al buque insignia aprisionó y su gente;
Los demás escaparon... ¡suerte impía!
Nada más pudo hacer ya que en el centro
Perdido estaba el doloroso encuentro.

Ya en el cielo de oriente en oro y rosas
Las ánforas del alba se rompían,
Y desde "Los Perales" fatigosas
Miradas escrutando dirigían
O'Higgins y Bráyer; balas estruendosas
A sus pies los peñascos deshacían,
Y hasta sus ayudantes a sus lados
Cayeron por el plomo destrozados.

Luis Flores, Juan Molina, se llamaban
Aquellos dos efebos, y a Las Heras
Como sus jefes contemplando estaban,
Del Morro batallar en las cumbreras,
Cuando al instante que ambos ensalzaban
La horrenda inmolación, de las esferas
Cae con hambre de muerte una española
Granada que en pedazos los inmola.

Aun Las Heras invicto en su apostura
Intentaba cruzar desde el roquedo;
Y aun recibió la negra cortadura
Entre otros muertos a Ramón Boedo.
O'Higgins viendo perdida la aventura
Orden da de volver: "Ya nada puedo —
Dice Las Heras — si es así, volvamos;
Que hemos libres de ser ya lo probamos".

Impávido recoge sus heridos,
Hace clavar del Morro los cañones,
Y retornan como héroes no abatidos
Al aire sacudiendo sus morriones.
Aun mientras vuelven lanzan alaridos
Y balas donde están los barrancones
En que Ordóñez protege su denuedo,
Para que nadie diga; huyen de miedo.

Y llegan al cuartel los hombres fieros
Que a morir no alcanzaron en la brega,
Y hasta llegan también los prisioneros,
Y el Jefe semidios con ellos llega;
Las Heras al mirar que sus aceros
Sudan sangre, en la rabia que lo anega
Dice a Bráyer que tiembla aún en su abrigo
"De lástima no más, no te maldigo".

Tal fué el remate de la enorme hazaña.
Vigorizar el temple americano
Para dar otro asalto contra España
Con Ordóñez circuida en Talcahuano.
Fuera bastante despreciar la extraña
Fama de Bráyer con su orgullo vano,
Y no quedara ya un solo agujero
Donde esconder pudiérase el ibero.

Lo sabe Ordóñez y hasta Ordóñez teme;
Lo sabe el criollo y su tesón aumenta;
Mira el hispano su reducto y teme;
Mira el criollo su sable y se acrecienta.
"Hasta que en otro asalto no los queme
A balazo y mandoble, mi sangrienta
Espada, triste está... (clama Las Heras);
Mas no estés triste, pues tan sólo esperas".

Mas como a veces cambia la natura
Súbitamente en otro un panorama
Bastando un lampo que a la nube oscura
Rompe y en abanico se esparrama,
O un nubarrón que ostenta su foscura,
O un vendabal que se destrenza y brama,
Así en Tumbes cambió todo de pronto,
El campo, el arenal, el cerro, el ponto.

Del Perú en los históricos solares
Era Virrey el general temible
Que hizo harapos las huestes militares
Del ínclito Belgrano. Aun más horrible
Jornada de dolor dió a nuestros lares
En Sipe-Sipe: genio inconfundible,
Militar de batallas y de escuela
Y hoy Virrey del Perú: ¡Joaquín Pezuela!

Apenas en el mando, determina
En Chile sofocar la gran cruzada;
Su arresto de impulsión con todo atina,
Y en su coraje no le arredra nada.
Todo en Perú a su decisión se inclina,
Soberbia expedición tiene planeada,
Que sobre Chile arrojará altanera
Apagando por siempre aquella hoguera.

"¡Ah!, no se burlará de mi entereza
(Que aun el recuerdo del olvido exhuma),
San Martín el de tanta y tanta proeza,
Díganlo Vilcapugio y Ayohuma.
Y cuéntelo Rondeau, triste destreza
Que de un golpe deshice como espuma.
¡Ah!, no se burlará"... y así clamando
Su fuerte armada sigue organizando.

Pero el Gran San Martín que en armonía
Todo lo advierte, inventa la manera
De sorprender los planes que tenía
El realista, así en Cuyo antes lo hiciera.
En la guerra fué siempre la artería
Del genio inseparable compañera;
Testigos, cuantos héroes en la Historia
De laurel se ciñeron y de gloria.

Quiso la suerte o Dios quizá lo quiso
Que el Comodoro Boules eligiera
Para anclar su bajel, Valparaíso,
Y allí con San Martín trato tuviera.
El Gran Jefe, convence al indeciso
Inglés, para que en Lima él mismo fuera
Quien arreglase ante el Virrey soldado
Recibir en audiencia a un delegado.

El fin que a un argentino llevaría
Ante el supremo dux de los iberos,
La guerra humanizar sólo sería
Y la permuta hacer de prisioneros.
Que nada de este plan conseguiría
Bien San Martín lo sabe, más arteros
Sus pensamientos son, y otros los fines
Que pretende del Inca en los confines.

Pezuela dice al fin: "venga el enviado".
Y al mayor Torres San Martín elige,
Cordobés de talento avizorado
Que sin aparentar, piensa y colige.
Una vez que en Perú haya penetrado
El plan de ofensa que el Virrey dirige,
Y establezca secretas relaciones,
¿Qué importa lo demás?... son ilusiones.

Ya la fragata "Amphion" ara el sonoro
Mar, y a su bordo marcha el argentino.
Alegre va el britano comodoro
Pues lo lleva simpático destino.
Torres llega al Perú, con gran decoro
Recíbelo el Virrey, ¡soberbio sino!
Y amigos se va haciendo en todas partes,
Valido de sus mañas y sus artes.

Lo ven tan bonachón, aunque patriota,
Que todo jefe le abre su oficina,
Y él oye y averigua, calla, acota,
(Siempre la gran confianza trajo ruina).
Roto ya el protocolo, y hasta rota
De la reserva toda disciplina,
El ansiado secreto está en su mano
De los planes y fechas del hispano.

Y después reduciéndose a la nada
La misión oficial que fué su escudo,
Pues el Virrey pretende que la espada
Decida todo en el combate rudo,
En el mismo bajel deja la rada
Del Callao y retorna, roto el nudo
Que con misterio el español ataba
Y al Héroe de los Héroes preocupaba.

Apenas el chileno albergue pisa
Torres, dejando atrás el inca puerto,
Sale la hispana flota con la brisa
Que hace en sus cuerdas musical concierto.
Mas el Gran Argentino una sonrisa
Irradia, pues conoce a punto cierto
Su formación, su temple, batallones,
Barcos, proyectos, jefes y cañones.

Son ocho sus fragatas y corbetas;
Tres mil y cuatrocientos los cruzados
Que con las mil seiscientas bayonetas
De Ordóñez, suman cinco mil soldados.
Dos batallones hay que son de atletas
El "Burgos" y el "Infante", bien forjados
A fuerza de dar golpes y reveses
En la nativa España a los franceses.

Vienen jefes bizarros, pero viene
Con el mando mayor de la campaña
Mariano Osorio, el que tan sólo tiene
Torpe irresolución, miedo en su entraña.
Ve la injusticia Ordóñez mas se aviene
Porque amó demasiado siempre a España,
Si es que el fuego a la Patria consagrado
Siquiera alguna vez fué demasiado .

El, cuyo inmenso genio a España diera
Gloria digna rival de la argentina...
El, que lo mismo planes concibiera
Que empuñara la lanza minervina,
El, que morir cien veces prefiriera
A mirar una España que declina,
Pospuesto a un jefe cándido, irrisorio,
General de cartón... Mariano Osorio.

El Gran Jefe Argentino orden remite
De levantar el sitio y concentrarse
Al norte a toda prisa, pues no admite
El tiempo dilación, y al replegarse
Víveres no dejar; así el desquite
Podrá con estrategia prepararse
Buscando campo abierto y hora clara
En que pueda lidiarse cara a cara.

Y el rostro como bronce, las viseras
En alto, al redoblar de sus tambores
Parten rompiendo en himnos las ringleras
De aquellos derrotados vencedores.
Les dan sombra sus lanzas y banderas;
Dan ellos a la sombra resplandores,
Y ven mirando atrás, ebrios de gloria
El ara de su sangre inmolatoria.

Era el plan del realista, en Talcahuano
Desembarcar, vencer a los patriotas,
Subyugar todo el sur con férrea mano,
Fortificar, rendir, hacer ilotas,
Reembarcarse, surcar el oceano,
Descender otra vez junto a las rotas
Ensenadas do está Valparaíso,
Y aplastar al ejército diviso.

Cuando desde sus cerros avistaron
La gran expedición, los que esperaban
Sus cañones al aire descargaron
En salvas cien que el piélago llenaban.
Los patriotas que a Itata al fin llegaron,
Retumbos y retumbos escuchaban,
Y contestando a aquellas alegrías
Descargaron también sus baterías.

Y oyó el realista cejijunto entonces
Los rugidos lejanos que llegaban,
Y música de pólvora y de bronces
Que al cruzarse en el aire se chocaban.
Rechinaron las puertas en sus gonces,
Asustadas las aves se miraban,
Y hasta las nubes de humo que subían
Para dejarse ver no se rompían.

Apenas descendieron en el puerto
Al saber del patriota las jornadas,
Su plan adivinaron descubierto,
Sus esperanzas todas fracasadas.
Pero Ordóñez se impuso: "no está muerto
Dijo, nuestro valor, ni están menguadas
La tradición de España y su osadía":
Osorio al escuchar palidecía.

De Rancagua acordábase queriendo
Ahuyentar el fantasma del fracaso;
Pero ni aquel laurel reverdeciendo,
(Laurel por cierto en gloria muy escaso),
Animo recobraba; revolviendo
Su obtusa mente, no acertaba un paso
A dar que fuera de coraje signo,
¡Indigno jefe, de su sangre indigno!.

¿Cómo alcanzar a la falange que huye?
¿Cómo cumplir su plan que era seguro?
¿Cómo la audacia y el valor destruye
De gente que él creyó linaje impuro?
¿Qué nuevo pensamiento ahora construye?
De todo vacilante e inseguro,
En Concepción se mete a la deriva,
Negra bilis tragando y no saliva.

Pero Ordóñez y Primo de Rivera,
(Bravo oficial que con Osorio vino),
Le convencen marchar, pues ¿quién espera
Cuando es luchar lo que demanda el sino?
Y al fin baten el parche en tolvanera
De arrojo, que si Osorio es un cretino,
Hay cien y cien con fama acrisolada
Escrita sobre el brillo de su espada.

Y al fin llegan al Maule; ¡Oh sacro río
Que viste tantas veces en tu orilla
Sosegado o en ímpetu bravío
La bandera flotar rojo-amarilla:
Con saña hacia el hispano poderío
Lo invitas a bañarse, y mientras brilla
Tu onda mansa que en rizos disfrazaste
A los diez que se echaron los ahogaste!.

Detúvose el hispano, y campamento
Tendió; de pronto llega hasta su oído
Música de estridor que esparce el viento,
Cañonazos que alargan su bramido.
Es que en Talca se lanza el juramento
De Independencia al de Santiago unido,
Y un año en esa aurora se cumplía
Que en Chacabuco San Martín vencía.

¡Qué prodigio en Santiago!; el pueblo bulle
Con el primer albor de la mañana;
Todo en azul y blanco se diluye;
Rompe en mil ecos la argentina diana.
El batallón de guarnición afluye
Y se alínea; la plaza se engalana,
Y el pueblo arremolínase y espera
Mientras la luz difúndese en la esfera.

Con cien randas chilenas y argentinas
En urdimbre de mágica bandera
Que enardece memorias peregrinas
Y como inmenso paño reverbera,
Junto a un palacio godo casi en ruinas
En la plaza se forma una testera,
Que cual blasón ostenta giganteo
El retrato del Héroe en camafeo.

¡Cómo Chile palpita al contemplarlo!;
¡Cómo el chileno a su placer se exalta
Y así en el sitio céntrico al mirarlo
De gozo y de emoción su rostro esmalta!
Siente su instinto que él ha de librarlo
Para siempre; se agita y sobresalta,
Y a la primera lumbre matutina
En vítores exulta a la Argentina.

La cúspide de oriente está cubierta
Con su mantel de congelado lino,
Como un ara alumbrada, mas desierta,
Que aguarda el sacrificio matutino.
De pronto el sol bajo la arcada abierta
Del cielo, se presenta purpurino,
Hostia inmortal de sangre sobre el ara
Pidiendo que una voz la consagrara.

Y al instante en la plaza se enarbola
Sobre un soberbio mástil la bandera
De la nueva nación, y se arrebola
Con el carmín que el astro reverbera.
Mil y mil niños cantan, y la ola
Del himno crece, y al hendir la esfera,
Del astro rey consagra la hostia pura,
Y se estremece el sol, se alza y fulgura. (2)

Y junto a la inocencia el pueblo canta;
Y junto a la inocencia el pueblo grita;
Y la ciudad entera se agiganta,
Y en el espacio el lábaro se agita.
El anciano llorando de unción santa
Dice al nieto "por fin cesa mi cuita;
Ya puedo sin pesar cerrar mis ojos;
No serán de extranjeros mis despojos".

Llegan las nueve; el Director legado
Luis de la Cruz y egregia comitiva,
Con firme paso suben al tablado
En actitud gallarda y decisiva.
Levanta Guido, el argentino enviado,
La bandera chilena siempre altiva,
Y la enseña argentina refulgente
Alza del Municipio el Presidente.

Otra vez y otra vez así hermanados
Quedaron para siempre en sus destinos
Los chilenos de pechos esforzados
Con los libertadores argentinos.
Perjurio fuera de siniestros hados
Si esos lazos de gloria diamantinos
A través de los siglos fuesen rotos;
¡Oh... vinieran mejor cien terremotos!.

Entre la comitiva, esplendoroso
De tan modesto, el Jefe Magno se halla;
El vértigo del pueblo proceloso
Al verlo, en grito inextinguible estalla.
De Santiago el alcalde, con brioso
Acento, voz de anuncio y de batalla,
Acta inmortal de libertad recita:
Palpita el mundo, el corazón palpita.

Acta de honor, sublime documento
Que O'Higgins en Concepción dejó firmado
Antes de abandonarla en cumplimiento
Del plan que San Martín le había enviado.
Sobre los Evangelios juramento
Primero emite el Director legado,
Y el Obispo después, que no hay anhelo
De libertad sin Dios; patria sin cielo.

Y se adelanta San Martín; millares
De ojos lo miran de emoción repletos,
Y desde sus ciclópeos balconares
Contémplanle los cóndores inquietos.
"¿Juráis"? — grita una voz; — (viejos pilares
Tiemblan como caducos esqueletos);
Y dice el General: "Por ello lucho,
Lo juro, ah, sí, lo juro... mucho, mucho".

La multitud al suelo de rodillas
Como ante un rayo cae, tiembla la tierra,
Y el llanto cae mojando las mejillas;
Que la emoción si es grande no se encierra.
"¡Pueblo de Chile! tantas maravillas
Vale tu sangre, sacrificio y guerra:
¿Juras la libertad que proclamamos?"
Y un grito inmenso respondió: "Juramos".

¡Cómo entonces del sol reververaron
Todos los surtidores en el cielo!,
¡Cómo en el Cabo de Hornos se abrazaron
Todos los mares con sublime anhelo!:
Incas y Tabaré resucitaron,
A galope cruzaron por el suelo
De América, y sus pueblos ya la hora
Vieron cercana de la nueva aurora.

Y tan extraños los rumores fueron
De cuantos mares hay rodando a solas,
Que por doquier sus olas se rompieron
Desgranábanse en cánticos sus olas.
Las costas más lejanas se pusieron
A escuchar, y en las playas españolas
Porfiaban pescadores y marinos
Sobre aquellos acentos peregrinos.

Santiago... los tropeles ardorosos;
Talca... los batallones indomables;
Todos juran ser libres y gloriosos
Y vencer o morir inquebrantables.
Así batallarán, y así grandiosos
Triunfos han de tejer inmarchitables.
Mas, ¡ay! de Satanás no desespera
La infernal turba y el momento espera.

Está en duda el Gran Jefe Americano
Si el español la marcha seguiría
Con que rompió al salir de Talcahuano
O un desembarco al centro intentaría;
Su ejército cien veces veterano
Establece en "Las Tablas", y así espía
Al enemigo por doquier viniera,
Pronto a darle escarmiento donde quiera.

Y aquí hace puentes sobre raudos ríos,
Establece en los cerros centinelas,
Fortifica calzadas y desvíos,
Inspecciona, corrige, manda esquelas,
Todo lo apronta, infunde a todos bríos,
Consulta, manda, entona cantinelas,
Asegura futuros movimientos
Y completa almacenes y armamentos.

Pero al mirar que el Maule traspasaban
Las hispánicas huestes, ya su intento
Comprendió, pues resueltas avanzaban
Agitando sus grímpolas al viento.
Entonces San Martín, mientras miraban
Sus ojos hacia el sud, gritó contento
Con un vigor firmísimo y sonoro:
"Mi instante se aproxima; los devoro".

Cruza por Talca el español y avanza
Como si fuera un tercio legendario;
Cancha le brinda el Héroe, pues alcanza
Que es mejor fatigar al adversario.
El realista comprende sin tardanza
Que ha sido en el avance temerario,
Y contramarcha al sur, y el argentino
Corre por ver si córtale el camino.

Como a veces del Atlas dos leones
Llevados por recíprocos agravios
Se enfurecen, sacuden los vellones
De sus melenas, vierten por los labios
Espumarajos, arden los lampiones
De su mirar, y con instintos sabios
Cada cual busca la mejor postura
Para hacer su victoria más segura,

Así Ordóñez, (que Osorio nada puede),
Y San Martín, se atisban, se preparan,
Una maniobra a otra se sucede,
Ambos bandos el triunfo se deparan;
El Héroe pica, Ordóñez retrocede,
Se acercan, se contemplan, se separan,
Y todos ven que el golpe es inminente
Pues el acero revibrar se siente.

Llega a Talca el hispano, y tras él llega
De San Martín la hueste prodigiosa,
Y frente al Claro que los campos riega
Acampa; la llanura es barrancosa.
"Cancha Rayada"; aquí en otra refriega
Tiempo hace quedó España victoriosa.
¡Montes, quiebras, pradales, frescos ríos,
El luto no os quitéis, aun más, cubríos!

El español en Talca está perdido,
Ni puede retardar más la batalla:
A su frente un ejército aguerrido
Con firme posición en la rocalla;
Detrás el Maule, obstáculo temido
Para escapar; cayó en la espesa malla
Que el astuto argentino le tendiera:
Rendirse o batallar quiera o no quiera.

Mas entre la maleza impenetrable
De salvaje maraña, donde ruge
El torrente con ímpetu espantable
Y el vendabal se despedaza y muge,
Marduc con otro espíritu execrable
Está en consejo, gesticula y cruge:
"Hay que aplastar al Héroe, hay que aplastarlo,
Y aunque Osorio es cristiano hay que salvarlo".

Dice Marduc y sigue: "nadie duda
Que el único capaz de un atropello
Que salve a España de su suerte ruda,
Hunda al patriota, y nuble su destello
Es Ordóñez ¿qué importa que en tan cruda
Situación nos hallemos, (que el resuello
Tengamos que oprimir), a un buen cristiano
Librando de otro y dándole la mano?

"Es verdad que piadoso es el ibero,
Mas nunca fué traidor; el Argentino
En cambio, traicionó de nuestro fuero
La ley, pues en su arranque peregrino
De libertad, en vez de alzarse fiero
Contra todo pináculo divino,
Adoró a Dios, y proclamó a María
Protectora en Mendoza; ¡infausto día!".

"Ve tú a Ordóñez e inspírale que apenas
Tienda la noche su enlutado manto,
Lance sus huestes cual tropel de hienas
Sembrando muerte, confusión y espanto.
Por vez primera sentirá en sus venas
Miedo el Gran Jefe, escalofrío tanto,
Que ni tiempo tendrá para ordenarse
Su gente, y mucho menos de salvarse".

"Si al Gran Patriota hundimos, la victoria
Nuestra será en los tétricos avernos,
Y podremos entrar a la luctoria
Región con un laurel en nuestros cuernos.
Y dejaremos Chile y esta historia
Fatal que da vergüenza a los infiernos.
Y después nada importa lo que pase;
Ya nadie nos dirá burlona frase".

"Ve raudo, que los tintes de la lumbre
Mortecinos se apagan al poniente;
Yo te contemplaré desde la cumbre
Más cercana, y uniéndome a la gente
Ibera, cual de enorme muchedumbre
Gritos daré y aullidos, e inclemente
Al Gran Jefe haré creer mientras se aterra,
Que están contra él los cielos y la tierra".

Ordóñez entre tanto comprendía
Que era la situación desesperada,
Y que aguardar la luz de un nuevo día
Era ver a su España aniquilada.
En eso parecióle que sentía
Quemar todo su ser furiosa oleada
De enorme decisión que lo enardece
Y le grita: "no esperes, ya anochece".

Y va Ordóñez a Osorio: "No hay remedio
—Le dice— es menester una sorpresa;
Si a mañana esperamos, sólo el tedio
De la muerte tendremos en la empresa.
Dame el mando, y verás cómo un gran predio
De este campo te haré, con gloria ilesa,
Lleno de palmas, mirtos y laureles
Con que podáis ceñiros tú y tus fieles".

Osorio al escuchar palabras tales,
Desde el cráneo a los pies tiembla azorado:
"Consultaré a mis nobles generales",
Dice por fin con rostro simulado.
Llegan a la reunión, todos iguales
Opinan, esperar es ver trozado
El poder español, pues bien se advierte
Que San Martín más bravo está y más fuerte.

"Ya que Ordóñez y Primo de Rivera
Son los de la arrogante iniciativa,
—Dice Osorio al final— nuestra bandera
Pongo en sus manos como siempre altiva.
El mando entrego a Ordóñez en la fiera
Atropellada; surja decisiva
La victoria, al brillar de mis aceros
Que aun de noche dan luz a los iberos".

Todo un instante fué, Ordóñez, bravo,
Alínea sus falanges, las arenga,
Que jamás en su vida fuera ignavo
Ni hay nadie que sus ímpetus contenga.
"Matar, morir, o para siempre esclavo,
—Les dice— nuestro honor es quien nos venga;
Yo y La Torre con Primo de Rivera
Mandando iremos siempre en delantera".

San Martín entre tanto órdenes daba
De cambiar sus tomadas posiciones,
Pues como insigne jefe no ignoraba
Que jamás en las diurnas lineaciones
Se debe pernoctar, cuando hay quien clava
Su ojo adversario y manda batallones.
Tiempo traidor, ¡envidia le tuviste
Y el tiempo necesario no le diste!

Negros nublos el viento desplegando
Va por la inmensidad, todo es sombrío:
Noche... noche oscurísima; temblando
El pajonal está, la loma, el río.
Ni un tuco cruza el aire iluminando;
El mismo viento tiene escalofrío;
Mas hacia lo alto crugen las hogueras
De los patriotas; llamas traicioneras.

Sólo la primer línea había cambiado
De posición, cuando una compañía
De ginetes que acecha hacia el poblado
Por donde el fiero vendabal rugía,
Brusca descarga da; pampa y collado
Temblaron; la avalancha se venía,
Y San Martín al ver truncos sus sabios
Planes, mordió sus comprimidos labios.

Ordóñez al sentirse descubierto
"Avance — grita — avance decisivo":
Mas un minuto se detiene incierto
Pues la primera línea del nativo
En su sitio no encuentra. Con acierto
La segunda de O'Higgins, a lo vivo
Tal plomo arroja en fuegos granizados,
Que cien realistas caen achicharrados.

Y Deheza que trotaba en ese instante
Para ocupar las nuevas posiciones,
Tal descarga con rabia delirante
Arroja a las hispánicas legiones,
Que vacila el furor del asaltante,
Se detienen sus férreos batallones,
Y hubo un espacio de pavor tremendo
Entre el furor, la niebla y el estruendo.

Ordóñez clama: "sable y bayonetas;
Acosar y matar de cualquier modo
Asaltando cañones y mesetas
Siempre adelante, atropellando todo".
El potro de O'Higgins cae con cinco grietas
Mortales y hasta de O'Higgins sangra un codo.
¡Triste percance!, al ver el jefe herido
De confusión se expande el alarido.

Estos corren dejando sus cañones;
Aquellos se despiertan azorados;
Por aquí se dispersan los bridones;
Por allá muchos caen bayoneteados.
"Ahora fuego doquier", grita a sus leones
Ordóñez, y se arrojan endiablados
Lanzando plomo y plomo a los patriotas
Cuyas filas ya están sangrando y rotas.

Huyen los batallones en retazos
Como pueden; mas ¡ay! cuando refluyen,
Los de atrás los reciben a balazos
Y al conocerse todos juntos huyen.
Fragor de tiros, duendes, llamarazos;
Manda Ordóñez que maten y que aúllen,
Y en medio de la noche y del quebranto
Todo es delirio y confusión y espanto.

¿Y el Jefe? ¿qué hace el Jefe? ¿es que se ha hundido
Entre el dolor de la derrota amarga?
¿Ha muerto? ¿ha disparado? ¿se ha perdido?...
Sobre una loma que su gesto alarga,
Manda, pero al no ser obedecido
Sucumbir quiere y a la lid se lanza
Solo con su reserva; mas no puede
Ni morir ni avanzar, y retrocede.

Su ayudante Larrain, mozo chileno,
De excelso corazón, noble apostura,
Junto al Jefe cayó de sangre lleno
Ante bala mortal que lo tortura.
Como un roble cayó rasgado el seno,
Y su última palabra fué en la oscura
Noche: "Mi general, esto no es nada,
Viviendo usted, la Patria está salvada".

San Martín sin querer va en retirada:
O'Higgins sigue de cerca en sangre tinto;
Son las once y con rostro de asustada
Surge la luna en desolado plinto.
Sólo Las Heras aun no desgarrada
Mira su división, y en claro instinto
Otros dispersos a su hueste aduna,
Y ordena todo al rayo de la luna.

Cuenta sus hombres; son tres mil quinientos.
"Somos aun muchos" — dice — y fuego exhala:
"¡Blanco Encalada! ¿hay balas y armamentos?"
—"De cañones, mi jefe, ni una bala".
—"¡Ca...nejo! ¿y no nos quedan regimientos
Tampoco de ginetes?" — "Fué tan mala
Mi jefe, y tan terrible la aventura
Que ni un pingo quedó ni una montura".

"Pues fusiles al hombro y retirada":
Fué la voz; los patriotas se miraron.
"Hacia Santiago; marcha acelerada":
Dice y todas las sombras se formaron.
¡Oh Dios!, sólo Tú sabes la jornada
De aquellas gentes cuando así marcharon!
Entanto el español los perseguía,
Y de gozo el demonio se reía.

CANTO IX

CANTO IX

Invocación a Dios. San Martín, O'Higgins y Las Heras se han salvado en el desastre de Cancha Rayada, y al saberlo, el pueblo de Santiago recobra entusiasmo, acrecentado con una arenga del Gran Héroe. San Martín reune a los jefes y decide defender la Capital. Ordóñez después de su victoria persigue inutilmente a los patriotas. Arrogancia y mandobles de Cajaravilla. Campo de batalla de Maipú; disposición de ambos ejércitos y desarrollo de la colosal batall.a

¡H Dios! me estoy cansando; dame aliento
Para seguir; principio ya otro canto,
Y aunque no desfallece mi ardimiento
¡Tanto es lo que me falta, tanto y tanto...!
Te lo pido por Tí, por el cruento
Sacrificio del Gólgota, por cuanto
De más cariño tengo yo en mi vida
Que es mi Patria y mi madre tan querida.

Después que ponga fin a mi poema
Hazme morir, ¡oh Dios!, si así lo quieres.
Pero antes no, Señor, Tú eres emblema
De bondad, y Tú curas cuando hieres.
Amo cuanto Tú hiciste, y si me quema
El amor de estos cantos, bien infieres
Que es porque el mundo entero necesita
Que tanta gloria en verso quede escrita.

Todo en Santiago en pos de la derrota
Era horror y congoja; quién llorando
Va, y su garganta la presión embota,
Quién noticias absurdas va gritando;
Quien prepara la fuga; quien denota
Su pavor maldiciendo. A San Fernando
Por fin llega el Gran Héroe; va sereno;
Y O'Higgins llega también, el Gran Chileno.

Sereno está porque el deber lo manda,
Aunque su alma retuérzase salvaje;
No es propio de los hombres en la infanda
Hora de adversidad, su vasallaje
Rendir al miedo. San Martín la banda
Que aun le queda organiza, y su coraje
Cual del profeta el soplo tiene excesos
Que hace surgir la vida aun de los huesos.

Mensaje viene en pos, de que Las Heras
Tras marchas impetuosas de heroismo,
Sus huestes pudo en formación y enteras
Salvar del turbulento cataclismo.
Y acampa en Chimbarongo; sus banderas
Tremola, y al saber entonces mismo
Que San Martín y O'Higgins se han salvado,
Alúmbrase su rostro demacrado.

El Héroe de Héroes sale a recibirlo;
¡Qué abrazo el que se dieron de igual modo!;
Y exclama San Martín: "Puedo sentirlo
Pero expresarlo no, gracias por todo".
—"Mi jefe, vi el deber, supe cumplirlo,
Nada más hice: ¡a combatir al godo!"...
La fiebre en tanto a O'Higgins lo devora,
Mas sueña en la revancha vengadora.

O'Higgins parte a Santiago; en cabestrillo
Lleva el gigante un brazo lacerado;
Pálido está, mas esparrama brillo;
Cansado va y su pingo va cansado.
Al verlo así tan grande y tan sencillo
Su fe recobra el pueblo alborozado.
Al otro día San Martín entraba
Y Santiago de júbilo exultaba.

Viste con su uniforme granadero;
Roto falucho cubre su cabeza;
Desgarrado el gabán; su rostro austero
Lleva un rictus de lúgubre tristeza.
La ciudad se transforma en un reguero
De entusiasmo que cunde, y la grandeza
Del argentino surge nuevamente,
Y así le dice a la chilena gente:

"No importa, no, el contraste, y nada importa
Que vacilarais al primer momento;
La Patria vive y todo lo soporta.
Yo os juro por mi fe, que el escarmiento
Pronto al godo daré; mi honor comporta
Salvaros; queda tropa y armamento,
Y queda sangre y fuego en nuestras venas
Para fundir las últimas cadenas".

La multitud en vítores estalla
Y se desborda sin que encuentre coto:
"¡Al combate de nuevo, a la batalla!"
Grita; se acerca emocionado un "roto"
Y da un abrazo al Héroe; ya no hay valla
Para tanta emoción, y un maremoto
Parece por el ruido con que atruenan,
Rómpense en olas y las calles llenan.

El mismo día San Martín convoca
Junta de jefes, y al hablar les pide
Declaren su opinión por propia boca
Pues la mejor razón es quien decide.
Todos su juicio dan, mas se provoca
Gran discusión que el parecer divide,
Hasta que el Adalid con voz pausada
Dice paseando en torno la mirada:

"Unos juzgáis que esta ciudad dejemos
Y de Aconcagua en la región fragosa
Ejército y valor reconcentremos;
Otros, que aquí la lucha es ventajosa.
Venga el fraile Beltrán y preguntemos
Si hay balas: "Luis Beltrán, en tí reposa
La decisión, ¿hay armas y pertrechos?"
—"Hasta arriba, mi jefe, hasta los techos".

"Yo lo sabéis, mis bravos generales,
Con tal noticia mi firmeza halago;
No dejaremos, no, a las tropas reales
Esta ciudad heroica de Santiago.
Mañana mismo allá en los calizales
De Loma Blanca cobertizos hago,
Y plantamos el nuevo campamento
Que dará en Chile el último escarmiento".

El dato de Beltrán fué de comedia
Pues a diez mil los tiros no llegaban;
Mas su febril empeño lo remedia;
Sus hombres día y noche trabajaban.
No descansa el martillo, huye la acedia;
Las fuerzas de Beltrán se redoblaban,
Y bien pronto llenaron los galpones
Sables, lanzas, fusiles, municiones.

Cuando el alba meciendo en arreboles
Sobre las cumbres su escarchada frente
Alumbró a los soldados españoles,
No fué cual esperaba tan sonriente
Su gesto; a los primeros tornasoles
La confusión miraron de su gente,
Y que Las Heras con su hueste intacta
Logró escapar en formación compacta.

Mientras Osorio a Talca se retira
Manda a Ordóñez persiga al enemigo,
Y Ordóñez que de guapo ni respira
¿Qué mejor ocasión de dar castigo?
Mas ni ese instante por el cual delira
Ve el hispano: "Es inútil, lo persigo
(Prorrumpe), mas me lleva la ventaja
Y ni el diablo lo cansa ni lo ataja".

Cuando llega en su avance a Quechereguas
El Lontué ya Las Heras ha cruzado
Sin dar a sus valientes ni las treguas
Que el cuerpo exige cuando está cansado.
Del argentino apártanlo unas leguas;
No es prudente seguir al otro lado,
Y detiene su impulso y su desgaire
Sin haber castigado más que al aire.

Con todo el grueso de la tropa hispana
Viene Osorio y se adunan escuadrones;
Despacio avanza, en la ciudad cercana
De San Fernando entra; sus legiones
Recuenta, y una guardia veterana
Con ginetes y alígeros bridones
A explorar hacia el norte al punto envía,
Pues le acucia saber qué es lo que había.

Piquete de vanguardia esplendoroso
Cruza del Cachapoal a diestra orilla,
Y allí encuentra al patriota valeroso
Que le impide avanzar con su guerrilla.
El español recula cauteloso,
Mas lo ve el capitán Cajaravilla (1)
Argentino terrible en el combate,
Y lo reta, persíguelo y lo bate.

Sólo tiene sesenta granaderos
El argentino y cuando ve que huyen
Los hijos de Pelayo, y sus aceros
Envainan y su fama así destruyen,
"No escapéis, no escapéis nobles iberos
(Les grita), cual los ríos aquí fluyen
Sangres que vienen de la misma entraña;
Luchad como hijos de la Madre España".

"También nosotros en el pecho habemos
Sangre de España, revolved los potros
Y cara a cara nuestro ardor probemos
Dignos rivales unos de los otros.
Será hermosa la justa, igual tenemos
Armas y gente cual tenéis vosotros.
Venid, no disparéis de estos aprietos,
Sean iguales los hijos a los nietos".

Mas viendo que no vuelven, fiera carga
Ordena el capitán Cajaravilla:
Un turbión de mandobles les descarga,
Los persigue tenaz, los acribilla,
A la reserva llega; aun más alarga
Allí su riesgo; hiere y acuchilla;
Mata al jefe español que se destaca
Y a San Martín le envía la casaca.

Esta fué la noticia que tuvieron
Los españoles y ella fué bastante.
La fe de los patriotas comprendieron
Y su valor más duro que el diamante.
El Cachapoal y el Maipo transpusieron
Los hispanos ejércitos. Tremante
Estaba el pobre Osorio como un viejo
Resguardado en la Hacienda del Espejo.

Sólo cuatro kilómetros distaba
Un campamento de otro, e indeciso
Osorio como siempre, argumentaba
Que era mejor buscar Valparaíso.
Mas Rivera y Ordóñez, sin gran traba
En lenguaje dijéronle conciso:
"Aquí hemos de luchar"; unos callaron,
Pero los más valientes aprobaron.

Y este fué así el palenque de batalla
Donde ambas huestes en feral contienda
Torturadas de sable y de metralla
Alzaron a su honor eterna ofrenda.
Al oeste el Mapocho entre rocalla,
El Maipo al sur cantando su leyenda,
Al norte sierras de variado manto,
Y al este el Ande mudo y sacrosanto.

¡Campo de Maipo o de Maipú!... las cumbres
Podrán hundirse y resurgir más altas;
Apagarse podrán todas las lumbres
¡Oh Eterno Dios!, con que tu cielo esmaltas.
Terremotos podrán en muchedumbres
A Chile hundir; más tanto, ¡oh Maipo!, exaltas
Su nombre, su esplendor, su bizarría,
Que aun muerto chile al mundo alumbraría.

Aun muerto; porque en lampo peregrino
El sol dijese al recorrer la esfera,
Que el chileno enlazado al argentino
En Maipo de otro sol prendió la hoguera.
Que en su llama templó el nuevo destino
De la América libre, y la bandera
De San Martín ungida en tanta gloria
Pudo seguir su inmensa trayectoria.

Donde acaba al oeste Loma Blanca,
Separada se encuentra por un bajo
De otra lomada triangular que franca
Sus perfiles arresta sobre el tajo.
De noreste a sudoeste va, y enanca
Su vértice final agudo y majo
En la hacienda llamada del Espejo
Donde juntara Osorio su consejo.

El Gran Jefe, su ejército sagrado
En tres cuerpos divide: la derecha
A Las Heras el Inclito le ha dado
El que sabe romper y abrirse brecha.
Manda la izquierda el fúlgido Alvarado
El que mira el peligro y lo desecha;
Y la reserva, quien bargoso allana
Todo con su altivez: de la Quintana.

¡Qué comandantes Dios!, aquel Zapiola
Que a puro bote de su limpio acero
Arremetió a la grímpola española
Y la ensartó en su corvo granadero.
Thomson y Bustamante, ni una sola
Vez, miró sus espaldas el ibero.
Blanco Encalada, que ama los turbiones
Y a ellos se lanza al son de sus cañones.

Martínez, el que manda la negrada
Que esclava fué y de nuevo se redime.
Borgoño, el de una historia bien ganada,
Y también Ramón Freyre, aquel sublime
Que en Arauco atosiga a la mesnada
Ibérica, en sus fuertes la comprime,
La mata, y es tan bárbaro ginete
Que aparece en la torre sobre el flete.

También López, alzada la visera,
Y Conde el que a cincel moldeó su traza,
Y aquel Jefe que canta a la bandera
Y hace arder al cañón: el gran La Plaza.
¿Habrá quien batallar contra ellos quiera?
Mas ¡silencio! que Ordóñez es la raza
Hecha rampante en él por sangre y crisma
Sangre española allí... y aquí la misma.

¿Y el "Burgos"? ¿no está allí con sus blasones
En diez y ocho batallas conquistados
Contra los indomables Napoleones
Sin ver jamás sus ímpetus menguados?
Los Primo de Rivera, los dragones
E infantes de los Morlas y Morgados,
Los Rodil... ¡oh estupor, que Osorio haya
Podido estar con tan sublime laya!

San Martín aun genial en lo prudente
Imparte sus medidas minuciosas;
Que no basta en la guerra ser valiente:
En el combate no hay pequeñas cosas.
Se dotará cada hombre combatiente
Con cien tiros y seis piedras filosas,
Y un vaso beberá del fuerte vino
Capaz de derretir el hielo andino.

Cada oficial arengará a su hueste,
Y quien el sitio deje de su hilera,
Aunque audaz enemigo lo denueste
Y él combatirlo o ultimarlo quiera,
Sin respetar el rango ni la veste
Muerto será sin respirar siquiera;
Y si alguien retrocede acobardado,
Por la espalda no más será ultimado.

En las alas los férreos batallones
No se desplegarán sin orden suya;
No se alzarán heridos, ni prisiones
Se harán hasta que el triunfo se concluya.
Mantendrán la ofensiva en pelotones
Hasta que al adversario se destruya.
Los de arma blanca, en sus distintos casos
Se lanzarán a los cincuenta pasos.

Y cuando se levanten tres pendones,
Argentino, chileno, y otro rojo,
Nadie descargará más municiones,
Sino que todos con el mismo arrojo
Desenvainen los sables y facones,
Enristren lanzas, y en terrible enojo
Griten "Viva la Patria", y al ibero
Atropellen con furia de pampero.

Y el Gran Jefe señala hasta el vestuario
De cada cuerpo ibero, sus hazañas,
Sus jefes de valor, su modo vario
De luchar, sus defectos y artimañas.
"Este lance — les dice — el ultimario
Será en Chile de todas sus campañas.
De América la suerte hoy aquí gira,
Y la victoria nos alumbra y mira".

Cuatro de Abril, la noche está tranquila;
Víspera hermosa del atroz combate:
Quien limpia su fusil, quien sable afila,
Quien finge arremeter, nadie se abate.
Fogatas prenden, y a la luz que oscila,
En proyectos y chanzas rueda el mate,
Pues de yerba ha llegado carga ingente
Que la Argentina envió, ¡rico presente!.

Cuando Freyre y Melián cuenta se dieron
Que el enemigo hacia el noroeste avanza
Y al Gran Jefe la nueva le trajeron,
Contestó: "¡Bravo!; entramos en la danza".
Un poncho se caló que le trajeron,
Y un chambergo de campo, y se avalanza
Floja la brida al punto más cercano
Donde puede observar el campo hispano.

Mira, y las manos con placer se frota;
Mira, y estudia el íbero palenque.
Ya le parece ver en la derrota
Al guapo Ordóñez y al Osorio enclenque.
Habla a D'Albe y a O'Brien, gozo borbota,
Acaricia la crin con el rebenque,
Y exclama: "La victoria está conmigo;
Pongo a ese sol que sale, por testigo".

Y al sol miró, y el sol iba despacio
Desflocando su blonda cabellera
De sonrisas, de luz y de topacio
Como si un surtidor de encantos fuera.
Con armiño y azul en el espacio
El cielo desplegaba su bandera.
San Martín al tranquito se volvía,
Miraba a O'Brien y a D'Albe y sonreía.

Las diez y media: el Jefe de Héroes manda
Enfrentar de una vez las posiciones
Del español a la noreste banda
Del bajo que hay entre ambos mesetones.
En eso Bráyer facultad demanda
Para ausentarse; diz que por razones
De enfermedad, a su pesar se inclina
A ir a tomar los "Baños de Colina".

"Puede ausentarse con igual licencia
A la que tuvo en el preciso instante
En que el campo de Talca su Excelencia
Abandonó, y... callé... callé bastante.
Mas como está Colina a diferencia
De trece leguas y esto es apremiante,
Si su mal lo permite y no se niega
Puede quedarse que el momento llega".

"Yo no puedo quedarme, pues mis males
Me tienen dolorido y agobiado".
"¿Es general usted, o es de arrabales
El último cobarde desalmado?
No es digno usted de estar entre mis leales,
Más honor tiene mi último soldado;
Queda usted de mis tropas suspendido,
Y váyase a bañar, pues lo ha querido". (3)

La noticia corrió por todos lados,
Las tropas exultaron de alborozo,
Y rompieron a pasos redoblados
Lo mismo el viejo heráclita que el mozo.
Después, firmes, enhiestos, enfilados,
De Loma Blanca en el sudoeste trozo,
Sólo el tiempo sentían prolongarse
De escuchar el clarín para lanzarse.

Osorio al ver la posición aliada
Manda que el bravo Primo de Rivera
Ocupe un mamelón que a destacada
Alza su comba en posición señera.
Juzga un triunfo de táctica, amagada
Ver un ala patriota en tal manera.
Son las doce; se miran de hito en hito
Las dos huestes. El cielo en luz ignito.

Sólo falta la voz que los provoque.
No es la lucha de dioses y gigantes;
Son dos olimpos que en horrible choque
Van a medir sus rayos crepitantes.
Cada cual de su altura está en el bloque:
Arrestos tiene cada cual rampantes:
Impávidos los dos; los dos se miran:
Los dos se observan y a compás respiran.

Aun no han luchado y ambos ya jadean.
Ya cargados apuntan los cañones.
Moharras y sables ya chisporrotean.
Los fusiles ya están con municiones.
Los soldados nerviosos olfatean
Cual si ya oliesen sangre; y los bridones
Muerden con gana el sonoroso freno
Empapando de espuma boca y seno.

Juntó sus manos San Martín y al Cielo
Su corazón alzó todo emociones:
"Dios de mi Patria y del chileno suelo,
Que hoy de ambas patrias triunfen los pendones".
Orden al punto dió; como señuelo
Hizo bramar La Plaza sus cañones:
Y como los realistas contestaron,
Su sitio los patriotas acertaron.

El Gran Jefe según lo convenido
En su campo levanta tres pendones;
Los dos que tantas veces se han unido
En su misión de atropellar leones,
Y en medio el que parece que teñido
Con fuego está de excelsas ambiciones;
La roja insignia que al surgir sangrante
Una llama parece palpitante.

¿A qué esperar? Las Heras en su bayo,
¡Quién otro hubo de ser! con gran destreza
Baja a la quiebra, ardiente como un rayo
Del "Once Batallón" a la cabeza.
También de granaderos a caballo
Le sigue un escuadrón, ¡brava proeza!;
Vibran del mamelón los estampidos,
Muchos del "Once" caen muertos y heridos.

¡No importa!, avanza, avanza, y ya le siguen
Del Coquimbo los duros cazadores,
Y porque su coraje no mitiguen
Los "Infantes de Chile" no menores
Tras de Las Heras a su vez prosiguen.
Blanco Encalada arroja vengadores
Cañonazos por cima los patriotas,
Su avance afirma y caen cien vidas rotas.

Crece y crece el combate: de Rivera
Por defender su trágico collado,
Que arroje sus ginetes a carrera
Ordena al impertérrito Morgado.
Cierra Las Heras su legión y espera:
Manda a Zapiola cargue a su costado,
Y galopan abriéndose boquetes
De Escalada y Medina los ginetes.

Es un vértigo atroz; las caballadas
Se meten ambas en contrarias filas;
Rojas están de sangre las espadas,
Rojas de sangre y rabia las pupilas.
Grita y parte cien cráneos Escalada;
Medina exclama: "¿Cómo así destilas
Tanta sangre caliente sable mío?
Te has trocado de sangre en algún río?"

Mas, ¡ay!, mientras su gente así espolea
Uno y otro adalid; mientras ensartan
O cortan hombres sin mirar quién sea,
O si es cabeza o vientre lo que partan,
De Rivera hecho un tigre los foguea.
Mueren patriotas, mézclanse, se apartan;
Lo ve Zapiola, lánzase a la pista
Y como lluvia cae sangre realista.

Ya de Morgado las hileras rotas
Huyen en dispersión a retaguardia:
Quedan aquí cabezas, allí botas
Con piernas embutidas; la vanguardia
De los aliados salta por las motas
Causando horror, en tanto que la guardia
De Encalada quemando artillería
Extermina en su cruenta puntería.

En un pequeño farallón, Las Heras
Se ataja; y Primo de Rivera aislado
Queda de las demás tropas iberas:
Tal fué la disparada de Morgado.
En tanto alguien se increpa: "Dí, ¿qué esperas?"
Y el que se habla a sí mismo es Alvarado;
Trepa el perfil con su ligera gente
Y comienza su táctica envolvente.

Mas aquí emprende Ordóñez su ofensiva;
El "Infante Don Carlos" veterano
Y el "Concepción", en rauda iniciativa
Se arrojan a su encuentro; el otro hispano
Morla, también a combatir se aviva,
El "Arequipa y "Burgos" en su mano
Están: "Vamos, les dice, leones fieles,
Hoy de Bailén renazcan los laureles".

Aumenta el estridor, el nudo crece:
Osorio intenta dar a esta batida
Vigor supremo; a su orden aparece
Un turbión de ginetes de embestida.
De Alvarado a cien metros resplandece
Ordóñez colosal como una trida,
Y Alvarado a cien metros forcejea
Digno también de la guirnalda aquea.

El "Número Ocho" batallón de esclavos
Libertos en Mendoza, la hondonada
Quiere cruzar y mueren como bravos
La mitad, y huye la otra en desbandada.
No permanecen los del "Dos" ignavos,
Calan la bayoneta, y ya calada
Cruzar intentan; ¡líricos soldados!
Sangran, mueren, o fugan dispersados.

Alvarado no ceja, se enfurece
Y se despliega en desigual combate;
El humo vence al sol y se oscurece;
Luchan entre un crespón, nadie se abate.
La muerte danza entre ambos y perece
Un tropel y otro, ¡bárbaro dislate!;
Lo ve Alvarado y grita enseguecido:
"Me voy Ordóñez pero no vencido".

Con sus tres mil quinientas bayonetas
Morla y Ordóñez corren hacia el bajo
En cruel persecución; vibran cornetas,
Gritan triunfo, desbordan por el tajo,
Pisando van aceros y ginetas
Y heridos que se arrastran con trabajo.
Mas Borgoño a cañón los aniquila
Y del Rey el ejército vacila.

Ordóñez los increpa, los rehace,
Les recuerda sus glorias, los abrasa
En tal valor que ya ni caso se hace
Del hierro que raleando va su masa.
Martirio inútil en inútil trance,
El cañón de los libres los abrasa,
Y retroceden otra vez a lo alto
Diezmados y en horrible sobresalto.

Las Heras opinando buen momento
Para entrar en la heráclita contienda,
De "Infantes de la Patria" el regimiento,
Manda que a Morla por el flanco ofenda.
También fué inútil el sagaz intento,
No hay quien a ese español las líneas hienda
Y el "Infante" que ve su audacia nula
Quiere empacarse... mas al fin recula.

San Martín que se hallaba a la derecha
Escuadrones rehaciendo, órdenes dando,
Al ver que por la izquierda, ya deshecha
Casi la fuerza de uno y otro bando,
Luchan y mueren sin abrirse brecha,
Hace tocar clarin; sale bufando
La reserva y él mismo va a la lucha,
Y la voz de avanzar sólo se escucha.

Impávido Hilarión de la Quintana
Descuelga su bizarro contingente (4)
Y en busca va de la falange hispana
Corriendo por el bajo oblícuamente.
Se reorganiza el "Ocho" con más gana
De morir o matar; el "Dos" su gente
Rehace también; también los cazadores
Forman líneas radiantes de esplendores.

Y Quintana aparécese en la altura,
Suenan de su corcel las ataujías;
Va sin quepís, perdiólo en la angostura,
Su cabeza esparrama altanerías.
Entre la densidad del humo oscura
Flotan ante él radiantes chisperías,
Sin ver en su arrebato, que la fuente
Está en las cicatrices de su frente.

Para no ser copado, De Rivera
Deja su mamalón en retirada;
El "Once" lo persigue a la carrera
Y el "Infante" también, pues su mesnada
Reorganizó; ya es de ellos la pradera,
Sorprenden del realista la lomada
Y comienza el combate postrimero
Que rendirá al patriota o al ibero.

A Freyre y Bueras San Martín les manda
Que se lancen y arrollen a porfía
La ginetada de la ibera banda
Y despejen así la infantería.
Cada cual atropella con su banda
De bárbara y atroz caballería:
Da cara al español, lucha y resiste
Y de escarlata el suelo se reviste.

¡Oh Freyre! ¡oh Bueras! ¡qué terrible estuvo
Cada cual; cómo rompen escuadrones!
Nada en su carga a fondo los contuvo:
Los "Lanceros del Rey" hechos jirones
Están, mas su furor no se detuvo:
Sigue el combate, aun quedan los "Dragones",
Por cada aliado que el ibero mata
Cada aliado seis vidas arrebata.

Pero mientras que Buera rodeado
Se halla por diez y contra diez pelea,
Y brinca el potro, y Bueras agrandado
Rasga entrañas, rechina y cintarea,
Silba un plomo y le da; ¡plomo malvado!,
Aun muriendo a su potro acicatea
Y alcanza a ver cual huyen a distancia
Los hijos de Sagunto y de Numancia.

Quedan no más las dos infanterías;
A quemarropa están, se están quemando
Con balas, con furor, con osadías
Los de la Patria y los del otro bando:
Quintana, renaciendo en energías,
Morla y Ordóñez fuerzas redoblando:
Si Quintana atosiga y acomete,
Ordóñez como un tigre lo arremete.

—"Aquí está el "Burgos" —los del "Burgos" gritan—
El que aplastó a Bailén a los franceses: (5)
Sus diez y ocho victorias no marchitan
Rendiciones, vergüenzas ni reveses:
"Venid", y la española insignia agitan
Como un reto preñado de altiveces.
Y al grito de uno y otro combatiente
El choque sigue atroz, bárbaramente.

"Viva la Patria"; los aliados braman:
"Viva el Rey"; los de España les responden:
Todos delante batallar reclaman,
Y si hay heridas todos las esconden.
Momento tras momento más se inflaman;
Quizá los muertos el furor ahonden,
Pues se trenza, y se anuda y se convierte
La batalla en orgía de la muerte.

La división de izquierda de Alvarado
Trepa a la loma en formación rehecha;
También las ocho piezas ya han trepado
De Borgoño el que apunta y raja brecha.
También Blanco Encalada que ha arrasado
Con metralla al ibero a la derecha,
Del mesetón escala las aristas
Y coge a retaguardia a los realistas.

Mas ¿qué le importa a Ordóñez todo eso?
Tiene tal fe en su genio y en su sino
Que todo lo repara con exceso
Soberbio de encarar al Argentino.
En su quepís "Bailén" con sangre ha impreso;
Más que un hombre parece un desatino:
Tanto vapor de sangre al cielo sube,
Que el sol se horrorizó y tendió una nube.

Si argentinos no fuesen y chilenos
Los que una y otra vez se precipitan,
Tiempo hace ya que de victoria llenos
Los realistas se viesen; resucitan
Los furores hispanos; como truenos
"Aquí está el Burgos" los del "Burgos" gritan:
Rodil y su "Arequipa" matan, bregan;
El "Concepción" e "Infantes" los refriegan.

¡Valor sublime y a la vez mortuorio!
Era extraño que Osorio aun estuviera,
Y en eso deja el campo y huye Osorio
Sátrapa fanfarrón de baja esfera.
Ordóñez toma el mando inmolatorio;
Y un soldado español que a Osorio viera
Más que correr volar, con un esgarro
Al rostro le arrojó un montón de barro.

Intenta Ordóñez desplegar su gente
Y no puede, el palenque le es estrecho.
El "Siete de los Andes" refulgente
Y el "Primero de Chile" sin dar trecho
Cargan a bayoneta; de repente
Vacila Ordóñez, mas de nuevo rehecho
Resiste y mata y sigue la pelea
Y corre y manda y por doquier jadea.

¡"Sus; con mi escolta" ¡dícele a Pacheco
El Héroe de Héroes, y Pacheco sale
Con su pléyade augusta abriendo hueco
Donde más el realista sobresale.
Y también Freyre va; revibra el eco
Del batallar, sin que ninguno exhale
Una voz de congoja ni un gemido,
Sin que ninguno diga: "estoy vencido".

San Martín sobre el potro serpentea,
Brinca a la altura, desmenuza el suelo:
"Seguidme grita" y el hijar sangrea
Y es un hilo de sangre cada pelo.
Da un golpe con su sable de pelea,
Vuela el sable en pedazos por el suelo:
"Otro pingo, otro sable" y con más bríos
Increpa al español: "¿Qué hacéis?, rendíos".

El "Burgos" siempre en indomable traza
Forma horroroso cuadro y no se rinde;
Cuantas cargas le llevan las rechaza;
Los cadáveres de ambos son el linde.
¿Quién dudar puede que es igual la raza?
¿Quién habrá que el valor aquí deslinde?
No ganó en Maipo el número o destreza
Que eran iguales; fué la gran cabeza.

"Que todos los tambores repercutan;
Que toquen carga todos los clarines"...
Y el palmo de terreno se disputan
Y se expande el canglor por los confines.
¡Música horrible y tétrica! se enlutan
Los cielos todos, aúllan los mastines,
Y dice el campesino en su cabaña:
"O muere San Martín,, o muere España".

Ya el ejército real casi rodeado
Comienza a desbandarse y dar despejo:
Las Heras persiguiendo va a Morgado
Que se envalla en la hacienda del Espejo.
Ordóñez, ¡oh estupor! aun destrozado
Retrocede frunciendo el entrecejo,
Olímpico y marcial hacia la Hacienda
A gran tambor, como héroe de leyenda.

O'Higgins por la fiebre consumido,
Cuando supo empeñado el lance fiero,
Acude sin sentir el brazo herido
Sólo ansiando mezclarse al entrevero.
Ya en la mitad del trecho recorrido
Le dicen que ganando está el ibero,
Y en los hijares clava el acicate
Para llegar más rápido al combate.

Mas pronto pudo ver que victorioso
Estaba San Martín; dió otro espolazo,
Llegó al Gran Jefe y noble y generoso
Al cuello le tendió su izquierdo brazo.
¡"Viva de Chile el Salvador glorioso"!
Clama O'Higins y el Héroe en un abrazo
Le responde: "Jamás Chile propicio
Olvidará de usted el sacrificio".

Eran las cinco ya; el sol se hundía
En occidente; a su postrer reflejo
Ordóñez aun la lucha disponía
Refugiado en la hacienda del Espejo.
Las Heras desde un cerro lo veía
Y ordena no lanzarse en el callejo,
Hasta que los cañones, la eminencia
Trepen y rompan toda resistencia.

No opina así Balcarce y animoso
Manda al "Coquimbo" atropellar; en vano:
Trescientos muertos caen al impetuoso
Fuego que vierte el furibundo hispano.
Ruge el cañón patriota fragoroso.
Las Heras un repique soberano
Hace vibrar a su mejor corneta,
Y se lanzan bufando a bayoneta.

Saltan tapias, destrozan valladares,
Hieren, ensartan, mellan los aceros,
Pelotones de fuerzas auxiliares
Tiran lazos y sacan prisioneros.
"No más sangre; ya basta; que ejemplares
De valor, son al mundo esos iberos":
Las Heras dice; Ordóñez se adelanta
Y echa el sable inmortal ante su planta.

Las Heras tiende a Ordóñez sus dos manos
Que tanto pundonor llevan consigo:
Ordóñez da las suyas; dos hermanos
Parecen en aquel siniestro abrigo.
—Ni españoles podrán ni americanos
De vos avergonzarse; sois mi amigo
Desde hoy, hombre sublime en la derrota"
—Gracias por nuestra estirpe, ¡oh gran patriota!.

¡Oh jefes inmortales de la hispana
Legión, los que la enseña sostuvisteis
Y honrrasteis la epopeya americana
Con tanta gloria como a España disteis!:
Rivera, Morla, centellante plana
Con Morgado y Rodríguez; os rendisteis,
Mas ¿qué importa? Jamás nadie os rindiera
Si San Martín un semidiós no fuera!

Generales, cañones, tercerolas,
Tesoro, equipo, parques, atambores,
Lanzas, sables, banderas españolas,
Todo en poder quedó a los vencedores.
Toda la noche resbalando en olas
De vítores lejanos, los rumores
Cruzaron, y las cumbres parecían
Antorchas que los astros encendían.

Y Bolívar que estaba en la otra parte
De América del Sur dando batallas.
Soberbio y valeroso como un Marte
Siempre en marcha hacia el sur rompiendo vallas.
Exclamó: "Loco estoy o un estandarte
De inmensa luz se agita en las murallas
Montañosas de Chile y La Argentina
Que hasta Ecuador lo menos ilumina".

CANTO X

CANTO X

Después de la gran victoria de Maipú, el Héroe de los Héroes emprende viaje a Buenos Aires. Llega de incógnito esquivando los homenajes. Combinaciones con el Director Pueyrredón a fin de conseguir dinero para la expedición al Perú. El demonio trata de impedir la vuelta del Gran Libertador a Chile, transformando los Andes en una colosal nevera; pero ante la plegaria que el Jefe Inmortal alza a María, un ángel ordena al Sol que derrita las nieves. El Gran Conductor se despide en Mendoza de su esposa, y enfermo emprende la travesía. Conforme se acerca a Chile, se siente mejor. Blanco Encalada y Tomás Cochrane.

A San Martín triunfó; más no ha triunfado...
Que aun le queda más vasta lejanía:
Sólo cuando el Perú esté libertado
El dirá que triunfó, sólo aquel día.
La tierra aun en su monte más osado
Ha besado sus pies con pleitesía:
Falta montar en barcos sus ginetes
Y llevarlos del Inca a los almetes.

Otra vez al sentirse victorioso
Buscando va las cúspides andinas
Con rumbo a Buenos Aires, anheloso
De atravesar las pampas argentinas.
Allí dirá al gobierno cuán forzoso
Es comprar naves, y aun hasta en las ruinas
Buscar dineros; es fuerza y es derecho;
Si no se va al Perú ,nada se ha hecho.

Cuando Osorio dejando su bandera
En duro trance huyó de la batalla
Sobre riscos saltando y sobre glera
Como la liebre si un balazo estalla,
Perdió o tiró su caja y su cartera;
Tal era su pavor, así su talla;
Y O'Brien que a marcha igual lo perseguía
Se apoderó de todo el mismo día.

Cien cartas de traición en la gabeta
Del infeliz Osorio; ¡cuántos hombres
Creyendo estar en ruina ya completa
La Patria, las firmaron con sus nombres!
Cancha Rayada pareció la meta
De la revolución; ¡oh, no te asombres
Chile!; y al español al punto enviaron
Su adhesión, y a la Patria apostrofaron.

El Gran Héroe vencidos los hispanos
En Maipú, y ya él con rumbo a la montaña,
Se sienta a descansar en los rellanos
Del Salto, y entre tanto la calaña
De muchos que dijeron ser hermanos
Va leyendo con lástima y con saña:
Por momentos su rostro palidece,
Por instantes de rabia se enrojece.

E instantes llegan en que brota alguna
Expresión de sus labios: "Da vergüenza
Gente infeliz, sin lealtad ninguna
Y cuya fe cualquier derrota venza".
Y va leyendo cartas una a una...
¿Qué más prueba que su ánimo convenza?
A nadie lo dirá, no habrá testigo,
Ni para tal baldón habrá castigo.

Sólo O'Brien lo contempla y lo comprende.
Más San Martín que en todo es argentino
Junto a sus pies una fogata prende
Con ramas y hojarasca de un espino.
"Guarda siempre el secreto que hoy me ofende"
Le dice a O'Brien, y en ademán divino
Tira al fuego las cartas hechas trizas:
"Queden tantas infamias en cenizas".

Ya las cumbres sin pasmo lo veían
Pisar sus enigmáticos crestones;
Ni los cóndores ya envidia sentían
Ni los abismos raras contorsiones;
Como a su vencedor parias rendían,
Y hasta como el mejor de sus blasones
Juzgaban ver del Héroe la figura
Proyectando su sombra por la altura.

Y una mañana limpida y hermosa
En Buenos Aires (era once de Mayo)
La ataujía del Héroe sonorosa
Vibrara al descender de su caballo,
Un sueño dió noticias a su esposa
Que el amado llegaba al primer rayo.
Y como es fácil creer si el sueño agrada,
Ella estaba esperándolo en la grada.

"¡Esposa"! "¡Esposo"!... y en abrazo unidos
Estuvieron los dos por largo rato;
Lazos de luz flotaban suspendidos
Ambas frentes besando con recato.
¡Enorme sacrificio! desunidos
Y amándose, vivir por sólo el grato
Destino de la América grandiosa! ...
Y en los ojos besó el Héroe a su esposa.

Tal esquivó como otra vez lo hiciera
La apoteosis a su honor guardada;
No así los héroes a quien Roma viera
Bajo arcos penetrar con su mesnada,
Adelante la turba prisonera
De jefes enemigos, y endiosada
Del Imperator la marcial figura
Lloviéndole laureles de la altura.

¡Y cuantas veces hasta guerra hicieron
A su patria en soberbio y loco ultraje
Y los campos de Italia enrojecieron
Por negar el Senado el homenaje!
¡Oh, qué temple distinto el que tuvieron
Los que a América dieron su linaje!:
La Patria honrar a San Martín quería,
Y él huyendo al aplauso, se escondía.

La sombra del laurel sobre su frente
No permitió, mas ¿qué? todo fué en vano;
Los bardos hechizaron el ambiente
Con canciones; el fraile Cayetano,
Laffinur, Luca, López, el vehemente
Juan Cruz Varela... hasta en el cielo incano
Do estaban aun las arpas oprimidas
Resonó la canción de los liridas.

Otra vez los despachos le llegaban
De Brigadier que él otra vez volvía:
Todos los congresales lo aclamaban
En nombre de la Patria; se diría
Que de las pampas cármenes brotaban,
Tantas flores su esposa recibía;
Mas el vive obstinado en otra idea
Y a Pueyrredón comprime y forcejea.

Horas y horas y el mes de Junio entero
Del Director el alma enardecía.
Pueyrredón que es su amigo y compañero
Piensa igual, mas, ¿de dónde sacaría
Para tan gran empresa tal dinero?...
¿Y por su falta todo moriría?
Imposible parece; a tanto llega
El poder de una mísera talega.

Y Puyrredón amárgase y cavila:
La Patria... si es tan pobre... si agotados
Sus recursos están... así intranquila
Su mente vela en planes intrincados.
El ansia de recursos lo aniquila;
Mas dice al fin al Héroe; "Pues los dados
Hay que echar otra vez; irá su gente
Al Perú, y luego... el diablo que reviente".

"Un empréstito más; ¿qué importa ello
Si un mundo es libre?; media millonada
Tendrá usted, General, luzca el destello
Sobre el Perú, de redención ansiada".
Y concertado el plan, y puesto el sello
Al pacto, sin que nadie sepa nada
El Gran Jefe otra vez va hacia Mendoza
Y en sublimes visiones se alboroza

Mas ¡ay!, ya en la ciudad esbelta estaba
Que al pie del Andes donosuras tiende,
Cuando un golpe fatal que no esperaba
Como un puñal sus esperanzas hiende.
Puyrredón abrumado desmayaba
Según le escribe, pues aunque él pretende
El préstamo encontrar, nadie ofrecía
Ni un centavo a pesar de su porfía.

Oh, ¡qué momento aquel! todo yacía
En silencio espantable aquella noche,
Y la funesta carta releía
Sin lanzar ni una queja ni un reproche.
Sudor glacial sus músculos enfría;
Imposible mirar su último aproche...
Y se angustia al ver truncos sus destinos
El Jefe Esplendoroso de Argentinos.

Tan pronto yergue en alto la cabeza
Sumergiendo en la sombra la mirada,
Como la alcoba a recorrer empieza
Con la testa hacia el suelo doblegada.
En eso restalló la honda fiereza
de algo que era silbido y carcajada:
—¿"Qué es eso O'Brien, que por el aire cruza?
—"Parece el diablo en forma de lechuza".

Coje la pluma el Inclito y escribe:
"Director: si la Historia trunca queda
Por carecer de medios con que arribe
A disponer de un saco de moneda,
El que estas líneas mándale, se inhibe
Y renuncia, alce tropas el que pueda;
Nombre otro jefe y quedo satisfecho,
Si no puedo hacer más, bastante he hecho".

Aquello fué un estruendo pavoroso
En Buenos Aires. Puyrredón bramaba,
Pues como el mismo San Martín, ansioso
De libertar y libertar estaba.
Trémulo y afiebrado y sudoroso
Contestó que renuncias no aceptaba,
Y el empréstito a criollos y extranjeros
Haría cubrir con bienes o dineros.

"Oro maldito — el Director decía —
Si no ha de ser para las grandes cosas
Aunque pan no comamos, tendrá Usía
Los quinientos mil pesos, pues forzosas
Cuotas pondré; la Patria moriría
De vergüenza y sus tropas valerosas,
Si hasta de pan y sol no se privase
Y por ello el Perú esclavo quedase".

San Martín a pesar de los dolores
Que su cuerpo y su espíritu abrumaban,
Sintió la sangre en todos sus ardores
Por las venas correr; ya le llamaban
Otra vez con sus límpidos canglores
Los clarines, los parches resonaban,
Y retemblar la tierra presentía
Y gritaba "al Perú!"... cuando dormía.

Mas el báratro sigue aun en su sueño
De ver al Jefe de Héroes impotente:
Aun Marduc no abandona el loco empeño
De matarlo o rendirlo moralmente:
Aun no le basta que señor y dueño
Lo aclamen con un himno sorprendente
Los cielos, las llanuras, los cañones,
Las cumbres y castillos y merlones.

¡Maldito Lucifer!, dos y aun tres veces
El Inclito a los Andes se encamina;
¡Imposible!, las cumbres son las creces
De un océano de nieve que se empina.
Nieves... hielos... macabras palideces...
El sudario aquí sube, allá se inclina;
Hasta llegar de Chile a las laderas
Sendas, cumbres y abismos son neveras.

Y Marduc no contento todavía,
La enfermedad de San Martín agrava;
Cien dolores postrado noche y día
Lo tienen, su mirar se amortiguaba.
"Si muero en Chile, sea — repetía —
Junto a todo mi ejército" su brava
Ansia de ir aun más lejos contemplando,
Y de cara al Perú que está esperando.

¡"Oh Madre del Gran Dios!, ¿no eres acaso
De mis huestes la excelsa protectora?
Pues ¿qué le cuesta a Dios abrirme paso
Tal como siempre me lo abrió hasta ahora?
¡Oh Madre!, si mi amor jamás escaso
Fué para Tí, compénsalo; es tu hora;
Va aquí tu honor también que al mío iguala;
Yo el General, más Tú la Generala".

Fué del Héroe tan honda la plegaria
Que un arcángel con vuelo soberano
Del Sol se aproximó a la luminaria
Y le increpó con gesto sobrehumano:
"¿Tú con Luzbel unión haces precaria?
¿Tú de intento retardas el verano?
¿No sabes que en Mendoza está y espera
El que apresó tu faz en su bandera?"

¡"Vamos!... a dar más fuego... que tu lumbre
Vierta ya sus igníferas cascadas;
De la nieve la enorme pesadumbre
Ruede en agua por valles y quebradas.
Te ha engañado Marduc; desde su cumbre
Vierta tu globo tales llamaradas,
Que derritan el piélago de hielos;
Así lo ordena Dios desde los Cielos".

El Sol obedeció; ¿qué más quería?
Y tuvo con Marduc tales enojos
Porque así lo engañó con artería,
Que lanzó un mar de fuego a sus antojos.
En reciales enormes noche y día
Rodaban de la nieve los despojos,
Y hasta la luna, la de luz plateada
Era en los Andes roja llamarada.

El Jefe esplendoroso apenas viera
Los peñascos puntear entre fulgores
Esmaltando la inmensa cordillera,
Apesar de sus tétricos dolores
Determinó marchar, aunque tuviera
Que cruzar en camilla los fragores;
Y cuando de partir llega la hora,
De su mujer despídese que llora.

"Esposa, no te aflijas, tu marido
Se va por libertar otras naciones:
La misión de mi vida aun no he cumplido,
Aun quedan en América leones.
Debo rendirlos todos, tal ha sido
La voluntad de Dios: yo sus pendones
Te traeré alguna vez, y tú gozosa
Serás entonces, y cual yo gloriosa".

"No te aflijas. mujer, que tú tan mía,
De lejos has de ser como hasta ahora,
Y yo tan fiel a tí que no sería
Mi alma lo que es, si a tí fuese traidora.
La enfermedad que me atormenta impía
Ha de cesar apenas la sonora
Voz escuche de cajas y clarines
Contemplando a mis fieles paladines".

"Aun mi caballo ha de pisar más tierras,
Aun tu marido ha de vencer más gentes,
Aun nueva libertad en nuevas guerras
Lejos he de llevar con mis valientes.
Aun mares cruzaré... ¿por qué te encierras
En tu pesar? ¿Las glorias no presientes?
Acalla, pues, mujer, tantos sollozos,
Que para una argentina han de ser gozos".

"Y si muriera, esposa, y si muriera
Quién sabe dónde, más de tí alejado,
Sólo podrá exclamar el que te viera:
¡Esta es la viuda de aquel gran soldado!...
Y tú tendrás orgullo, ¡oh compañera,!
De que haya sucumbido así tu amado
Transformando su aliento postrimero
De redención, en inmortal reguero".

"Me parece que América se agranda
Del fulgor de mi sable ante el hechizo;
Déjala tú, ¡oh mujer!, que ella se expanda,
Recuerda que argentina Dios te hizo.
Alma de mi alma, esposa veneranda,
Ni una prenda me des, ni un solo rizo,
¿Para qué?, si te llevo toda entera;
Me arrebatan los hados donde quiera"

"Adiós... adiós... me voy; la cordillera
Parece que nos mira y que se engríe;
¿No ves cómo la cubre una bandera
De cielo y nubes blancas que sonríe?
Adiós Remedios, la impalpable esfera
En lluvia de laureles se deslíe;
Siento un clarín que llama al otro lado"...
"—Véte, soy argentina, esposo amado"...

¡Oh, qué cruce el de entonces!, el sol brilla
Como nunca al bruñir los peñascales,
Y el Jefe Esplendoroso va en camilla
Que llevan cuatro atletas de sus leales,
Levanta la cabeza en su angarilla,
Mira abismos, conoce roquedales,
Y dice: "Pronto, pronto, más aliento;
Conforme vamos, mejorar me siento".

Las noches eran claras como el día,
Pues suspendido en el oscuro espacio,
Cóndor de luz inmenso se veía
Avanzando como ellos, muy despacio;
En su pico un lucero sostenía,
En su pecho la luna era un topacio,
Y en la tendida punta de cada ala
Un sol que en derredor los aires cala.

Apenas descendió al valle primero
De las andinas cuestas de occidente,
Ya montaba un caballo granadero
Y a lo lejos miraba sonriente.
Y una vez sofrenó su parejero
De súbito; acució por el ambiente
Y dijo: "Esos clarines que vocean
Son los de Curimón; benditos sean". (2)

Mil ochocientos veinte; el mes de Enero
Y ya en Santiago San Martín estaba,
Cuando un jefe mitad aventurero
Y héroe sin discusión, triunfante entraba.
Tomó a Valdivia, sorprendió al ibero
Con unos cuantos hombres que mandaba,
Y aun más glorioso que Jasón divino
De su hazaña traía el vellocino.

Era Tomás Cochrane, el almirante
Soberbio, audaz, a quien la Europa viera
Como un fantasma místico y rampante
A su antojo hacer presas; el que hiciera
Arder en Aix con botes, la arrogante
Armada de la Francia, y el que oyera
Cantar de sus arrestos la osadía
Doquier el mar sus olas extendía.

Dejó Inglaterra, patria de sus lares
Llenándola de amargas maldiciones
Y ansioso de luchar en nuevos mares
Por calmar sus voraces ambiciones
Vino a poner sus genios tutelares
Al servicio de Chile y sus pendones:
Hombre genial mas de soberbia lleno;
Héroe vivaz, romántico sin freno.

Antes de él don Manuel Blanco Encalada
La escuadra a pura gloria había creado,
Una andanada en pos de otra andanada
Un abordado en pos de otro abordado.
Así desde una barca afortunada
De Chile vió el poder acrecentado,
Aquel gallardo, intrépido marino
Que aunque en Chile luchaba, era argentino.

¡Oh, cómo fué al combate temerario
Cuando al saber que en Talcahuano estaba
La nave hispana tipo legendario
"María Isabel" que insignia levantaba!
Frunció el ceño de indómito corsario,
Los dos barcos microbios que mandaba
Metió por la bahía a todo embate
Y se acercó a distancia de combate.

De la española nave los cañones
Tronaron; desde tierra le ayudaban
Su furor vomitando, los bastiones
Que en los fuertes castillos negreaban .
De fuego y humo y agua entre turbiones
Los dos barcos chilenos batallaban,
Y los iberos por salvar su quilla
Huyeron encallándola en la orilla.

Llegó la noche y se luchó en la oscura
Sombra llena de duendes y crujidos;
El castillo español desde la altura
Arrojaba la muerte en estampidos:
Del cielo acompasaba la fragura
A la de mar y tierra en renegridos
Nublos de lluvia: todo lo envolvían
Trombas de agua y de fuego que rugían.

Viene la aurora y ambos contendientes
En sus puestos prosiguen batallando;
Impávidos los unos, inclementes
Balas arrojan; otros forcejando
Por llevarse la nave, uñas y dientes
Aprovechan, los cabos sujetando.
El sol en tanto, fúlgido ilumina;
Son ya las diez y el lance no termina.

Se levanta oportuna ventolina
Y Blanco manda echar todas las velas;
La "María Isabel" siempre marina
No resistió a seguir a sus gemelas:
Se estremece, resbálase, camina,
Ya son tres y no dos las carabelas,
Y parten argentinos y chilenos
Con la gran nave de victoria llenos.

Así el arranque, apareció el garrido
Tomás Cochrane, el héroe resonante
De fabulosa fama precedido,
A servir con el grado de almirante.
Blanco no se sintió disminuído
Al someterse al extranjero errante;
Que los americanos si colosos
Eran, aun más que todo, eran virtuosos.

No desdijo Cochrane de su historia,
Y al punto tesonero y arrojado,
El Gran Oceano fué la trayectoria
Que a sus barcos trazó su genio osado.
Las olas del Pacífico, su gloria
Aun cantan con acento renovado;
¡Lástima que su orgullo contrastara
De San Martín con la virtud preclara!.

Con sus bajeles que eran como el viento
Rápidos y atrevidos, paseaba
Dando combate o dando apresamiento
A cuanto buque ibero divisaba,
Desde Ecuador hasta do el mar su acento
Sobre islotes del sur rumoreaba,
En tanto que en los puertos se escondía
La escuadra hispana y momia se volvía.

Cinco veces metióse en la bahía
Del Callao en su nave capitana,
De quinientos cañones que allí había
Sin asustarle la feroz andana.
En desigual encuentro nunca huía.
Sin apresar o hundir fragata hispana.
Temerario, impertérrito, arrogante,
Siempre que daba un golpe iba adelante.

Tan enorme era el jefe destinado
A conducir las naves salvadoras
En que iría el ejército aliado
Argentino-Chileno, redentoras
Dianas llevando al pueblo subyugado,
Al país de las mágicas auroras.
Pero sin respirar canté ya tanto,
Que seguiré el poema en otro canto.

CANTO XI

CANTO XI

La Expedición Libertadora sale de Valparaíso. Plegaria de O'Higgins. El Infierno suscita una horrorosa tempestad con el fin de hundir las naves. El arcángel San Miguel que ve la obra del Infierno, suplica a María proteja la Expedición Libertadora. Dios le autoriza para que venciendo a los demonios, serene los cielos y los mares. El Perú. Atahualpa, y castigo de quienes lo ajusticiaron.

RA la tarde de un hermoso día,
Tarde inmortal; mil ochocientos veinte;
Valparaíso de estusiasmo ardía
Aun más que por su cielo refulgente.
Veinte de Agosto; estaba la bahía
Desbordándo de gritos y de gente:
Difícil fuese resolver si era
Más imponente el mar o la ribera.

Hombres robustos que a lo bajo exclaman:
"¡Oh, si no fuesen mis pequeños hijos!..."
Ancianos que a lo lejos esparraman
Su vista, allá en el mar sus ojos fijos.
Turbas que aquí y allá corriendo braman
"Vivan los héroes": otros que escondrijos
Buscan de algún batel de las orillas
Por ir remando hacia las grandes quillas.

Las mujeres se empinan, bullanguean
Agitando las manos y pañuelos;
Ríen, lloran, empujan, forcejean
Con cintas de la Patria entre sus pelos.
En las altas barrancas culebrean
Como raudales rumbo hacia los cielos
Muchedumbres que trepan jadeantes
Por ver mejor los mástiles distantes.

Del mar toda la espléndida herradura
Con que pórtico Dios a Chile ha dado
Parece de un gran arco la abertura
Que se hubiera a propósito tumbado
Para enarcar de nuevo su hermosura.
Allá en Perú, donde el destino ansiado
Marque al Gran Jefe cual marcara a Alcides
El sitio de bajar y armar sus lides.

Valparaíso la ciudad brillante
Que con las luces de su seno riente
Parece de los Andes un diamante
Que resbaló hacia el mar desde su frente
Y se detuvo allí, porque el gigante
Océano que la besa reverente
Le pidió que engarzada en su ribera
Por siempre orgullo de su costa fuera.

También O'Higgins está; mira las naves
Donde van los sublimes argonautas,
Aves de ensueño, fabulosas aves
Que al nuevo mundo dan sus nuevas pautas.
Tendidas ya las velas a las suaves
Caricias mil de ventolinas cautas,
Esperan nada más llegue el momento
Preciso de elevar su ansoramiento.

La chilena bandera las cobija.
O'Higgins la ve, sus ojos se humedecen;
Esa escuadra es su gloria, ella es la hija
De sacrificios mil que asi florecen.
Mas de pronto sonríe, es porque fija
Su mirada en dos franjas que se mecen
Blanca y azul; bandera es heroina
Cubriendo a San Martín, es la argentina.

En esas naves marchan sus hermanos
Chilenos y argentinos; van aquellos
Hombres de hierro, intrépidos "cuyanos"
Con quienes él sangró por los roquellos.
¡No poder él también cruzar oceanos
Con el Jefe de Jefes, y con ellos
Arrancar de las naves un obenque
E ir a marcar el último palenque!...

Truenan de pronto salvas de cañones,
Vibran de pronto y sudan las campanas,
Se arremolina el pueblo en los playones,
Agítanse banderas soberanas,
Se elevan rechinando los anclones,
De púrpura se visten las lontanas,
Y arando el mar las atrevidas proras
Se van entre canciones redentoras.

La O'Higgins do está Cochrane va delante,
La escoltan la "Lautaro" y "Galvarino",
Detrás doce transportes en rampante
Línea do va el chileno y argentino
Ejército. Les sirve el tremolante
Pendón de seis bajeles que el marino
"Moctezuma" lo escolta hacia un costado
Con el bravo "Araucano" al otro lado.

Después el "San Martín"; lleva flotando
Blanca y celeste la bandera hermosa,
Y el Héroe de los Héroes alentando
Desde él, la expedición maravillosa.
Aunque es verdad su sueño aun va soñando
En tanta y tanta hazaña portentosa.
Del "San Martín" junto a la henchida vela
La "Independencia". Atrás... sólo la estela.

Ya el pueblo disgregándose marchaba
A sus hogares al morir el día,
Y O'Higgins como en éxtasis miraba
El mar hacia la inmensa lejanía.
Era que a Dios su corazón alzaba
Y en su oración patética decía:
¡"Oh Dios!, a mis palabras sé propicio,
No sea inútil tan grande sacrificio".

"Que esas naves que van rumbo lejano
Sin más ardor que libertar naciones
Y arriar doquier el pabellón hispano
Enarbolando libres pabellones
Cumplan con su destino; sea un hermano
Para ellos el mar, y los turbiones
Al verlas encadenen su fiereza
Tanto ideal respetando y tal grandeza".

"Señor, no van en busca de un tesoro
Como tantos y tantos se aventuran;
No son conquistas lo que buscan ni oro
Aun más que el oro en su ambición fulguran.
"Libertad, Libertad", cantan en coro
Los héroes que esas naves apresuran:
¡Señor!, ellos veneran tus altares,
Llévalos, pues, sobre apacibles mares".

"¡Señor!, sé el paladión de sus hazañas
Ya que sólo ante Tí doblan su frente:
Que las ondas del mar no sean hurañas,
Que el Sol los acaricie refulgente:
Que en las cumbres y selvas más extrañas
Un valiente enardezca a otro valiente:
¡Señor!, pues que tantas veces me has oído,
No desheches la voz con que hoy te pido".

Tal de O'Higgins la férvida plegaria.
Mas, ay, que ya Luzbel todo lo ha visto
Y otra vez la cruzada temeraria
Renegando de Dios y Jesucristo
Quiere hacer abortar; en su incendiaria
Cárcel de envidia y humo, todo listo
Lo tiene ya y marcadas ya las horas
En que hundirá las naves redentoras.

Juntó diez mil demonios veteranos,
Cantidad doble que la aliada tropa,
Y les dijo: "Afilad bien vuestras manos,
De humo el más negro fabricaos ropa.
Es menester marchar, volcar oceanos,
Atronar, incendiar como una estopa
Aquella escuadra y abismar sus trizas;
Que ni siquiera lleguen las cenizas".

"No culpéis a Marduc si no ha podido
Quebrantar los rigores del destino;
Cualquier hombre se hubiera ya rendido
Que no fuera ese bárbaro Argentino.
Yo mismo iré esta vez y a mi rugido
Vosotros, mi escuadrón luciferino,
Triunfos conquistaréis a vuestras frentes
Manejando tizones y tridentes".

"Debemos sublevar tan gran tormenta
Cual no vieron jamás tierras ni mares;
Ciclones verteremos, luz sangrienta
De rayos que a millares y millares
Todo lo arrasen. Monstruos a la cruenta
Escena lanzaremos, gorgonares
Que traguen a los hombres, y en astillas
Las que no abrase el fuego hundan las quillas".

"El desquite será de aquel combate
En que desde el Empíreo aquí caímos;
Veremos lo que dice el botarate
Dios a quien tanto odiamos y sentimos.
Que entonces venga y nuestro orgullo mate
Esa Virgen de Amor que maldecimos
A quien el Héroe San Martín invoca
Y nuestra rabia con su amor provoca!"

Era la tarde del noveno día,
Las corvas naves rápidas marchaban
Al son de la mirífica armonía
Con que velas y quillas rumoreaban;
Bandada de gaviotas se diría
Que al sol sus albicantes alas daban,
Ansiosas de llegar a su ribera
Antes que oscuridad les sorprendiera.

Mas un silvido vibra de repente
Largo y tenaz que hinchar hace las velas;
"¡Maldición!... clama la marina gente
"Viento del septentrión; amainar velas".
Al silvo cada vez más estridente
Se estremecen las bravas carabelas,
Y un nublado negrísimo allá lejos
Vomitando aparece mil reflejos.

El sol huye del todo, el mar se altera
Y olas chasqueantes por doquier azotan.
Al este, al oeste, al sur, toda la esfera
Fosca se cubre; por doquier borbotan
Sangrientas chispas de horrorosa hoguera
Que a los hombres más fuertes alborotan:
Crecen ondas y vientos, y de pronto
Un trueno atroz dilátase en el ponto.

Aun Cochrane como un grumete estaba
De su nave en un mástil empinado,
Y con linternas de color marcaba
Maniobras, cuando un golpe huracanado
De viento y mar el mástil quebrantaba,
Y cae el héroe al mástil abrazado
Sobre cubierta; al mar rodado hubiese
Si tan hecho a los mares no estuviese.

Ignora cada barco donde se halla
O donde está otro barco compañero;
Cuando un rayo fatídico restalla,
Sólo se ve en fantástico entrevero
Trombas que tejen pavorosa malla,
Ecuoreos montes en avance fiero,
Horribles nubarrones que se cruzan,
Puentes que en estridor se desmenuzan.

Los montes de agua quiébranse, o se hinchan;
El cielo crepitante y pavoroso;
Los ciclones se estrellan, se aberrinchan;
Sube el piélago o rájase estruendoso;
Los caballos de guerra ni relinchan,
Tendiéronse de miedo, o al acuoso
Abismo caen donde su masa engullen
Monstruos que aquí y allí saltan y bullen.

Ya ni siquiera luchan los marinos;
Están en las bodegas encerrados
Aguardando los tétricos destinos
De quedar en el fondo sepultados.
Los soldados chilenos y argentinos
Rezongan: ¡"Triste suerte de soldados
Morir sin batallar, sin que de nada
Sirva el fusil, la lanza ni la espada"!.

Por ver si se distingue alguna orilla,
Por ver si tan feroz aun está el cielo,
Los de un bajel entreabren la escotilla
Y ¡oh Dios, qué angustia! sin saber si es vuelo
O salto lo que dan, como en traílla
Ven con el alma llena de desvelo
Atroz caterva que sacude el casco
De monstruos que pavor dan, y dan asco.

Y gritan los valientes: "Lanza en mano
Y hundirlas con furor hasta el contero;
Veremos si son monstruos del oceano
O engendros de Luzbel; ¡sus!, al acero!:"
Clavan su lanza entera, mas en vano,
En los monstruos no queda un agujero,
Y cada bestia enorme lengua saca
Burlas lanzando, chorros y resaca.

Ni tripulantes saben ni pilotos
El momento en que en agrios peñascales,
¡Lúgubre escarnio!, los bajeles rotos
Quedarán; o si allá en las orientales
Playas del Asia, en lindes tan remotos
Se han de estrellar, o en círculos fatales
Se hundirán con infausto vilipendio
El mar debajo y por encima incendio.

El Héroe de Héroes entre tanto estaba
Meditabundo, comprimido el ceño,
Cuando quiso mirar si le quedaba
Sobre cubierta tan siquiera un leño.
Impávido subió, casi cegaba
Tanto rayo su vista, mas su empeño
No fué en vano; ¡oh escena venturosa!
¡Oh Clemencia divina y bondadosa!

Cuando un negro crespón con otro, en nudo
Sobre el bajel lanzaba sus centellas,
Un ángel oponíales su escudo
Y al chocar dispersábanse las huellas.
Luchaba el ángel valeroso y mudo,
Y sin quemar, cual polvoreo de estrellas,
Eran las chispas sólo susto y gala,
Inofensivas luces de bengala.

Bajó de nuevo San Martín y dijo:
"No temáis porque Dios es con nosotros.
Nos combate el infierno, mas de fijo
Apenas si podrá matar los potros.
A cada cual como a cristiano hijo
Dios nos ampara; ya vendrán los otros
Momentos de luchar que tanto ansiamos;
Los demás estarán como aquí estamos".

Todo en verdad fué así; cuando de veras
Vió el arcángel Miguel que los turbiones
Poblaban de bramidos las esferas
Y el mar con su melena hecha girones
Se encrespaba; bajó, vió las arteras
Cóleras de Luzbel, sus escuadrones,
Y al Empíreo voló sin ser notado,
Como un astro entre nubes embozado.

Estaba Dios en un sitial sentado
De luz tan bella que el mirar no hería;
Jesús radiante a su derecho lado,
Y ¿quién al otro? ¡oh Madre! ¿quién habría?
Llega Miguel, al punto prosternado
De hinojos cae al lado de María,
Y clama: ¡"Oh Reyna eterna de venturas,
En peligro se encuentran las criaturas"!.

"Los que amas, ¡oh Reina!, están a punto
De sucumbir entre olas infinitas.
Las bravas naves que sublime asunto
Al mundo iban a dar, llenas de hoplitas
Casi zozobran ya; el infierno junto
Contra ellas fué, vertió rabias malditas,
Y, ludibrio del mar, nubes y viento,
Sólo de Dios esperan salvamento".

"Recuerda ¡oh Reina!, que en Luján postrados
Ante tu imajen sacrosanta y pura
Muchos de esos perínclitos soldados
Juraron no olvidarte; a su cintura
Suspendieron los sables consagrados
Sobre tu altar, presagio de ventura,
Y en el mar están hoy casi muriendo
Porque morir no pueden combatiendo".

"Recuerda que de Méjico lejano
En alas del amor, a la Argentina
Guadalupe llegó y es soberano
Tu amor, en la región santafecina.
Allí el niño, y el joven, y el anciano
Ante tu efigie con piedad se inclina,
Y muchas madres hoy mismo te ruegan
Por los que en esos piélagos navegan".

"Tu amor a Santa Fe fué tan patente
Que otra vez de tu efigie inmaculada
Como si fuera cristalina fuente
Comenzó a brotar agua: la exaltada
Multitud lo miraba reverente;
"Virgen de los Milagros" fué llamada
Tu advocación, y, prueba del portento
Guardan firmado el áureo documento". (1)

"Recuerda que también a Catamarca
En valle de irisadas hermosuras,
Tu dulce amor que el universo abarca
Mostró sus privilegios y ternuras,
Y con fervor pronuncia su comarca
Tu nombre apenas pueden sus criaturas
Una voz balbucir; no hay quien lo calle
De Catamarca honor... ¡Virgen del Valle!"

"Recuerda que en Rosario, en la ribera
Del Paraná, donde Belgrano alzara
Argentino pendón por vez primera
Y que será ciudad grande y preclara,
Te consagró Belgrano su bandera
De Dios y de la Patria sobre el ara,
Pues que tu templo es su mejor larario
Madre de héroes y Virgen del Rosario".

"Recuerda que allá en Córdoba te llaman
La "Virgen del Milagro" y tal has sido;
Siempre que en un pesar tu nombre aclaman
Al punto su dolor ven socorrido.
Con tu piedad su corazón inflaman;
Jamás tu amor echaron en olvido,
Y muchos que sus hijos partir vieron
¡"Oh Madre del Milagro!, ahí van" dijeron.

"No olvides que "la joya correntina"
En Itatí te llaman tus devotos
Y ante tu imagen con su fe pristina
Cumplen promesas y renuevan votos.
¡Santuario de Itatí! fresca piscina
A donde los sedientos, de remotos
Lindes concurren a saciar su alma
Y al verte a Tí su corazón se ensalma".

"Recuerda que Belgrano en fausto día,
De hinojos ante Tí que tanto puedes
Te nombró Generala, ¡oh Reina mía!
Bajo tu advocación de las Mercedes,
Y el Héroe de Héroes Protectora y guía
En tu efigie del Carmen; no te quedes
Sin salvar a argentinos y chilenos,
Que en sus barcos están de angustia llenos".

¡"Oh! recuerda también que en las regiones
De Chile no hay paraje solitario
Desde el cual no aleteen oraciones
Hacia Tí, como aromas de incensario.
Bastaran los chilenos corazones
Que en Andacollo alumbran tu santuario,
Para que esparramados por la esfera
Otra constelación enorme ardiera".

Calló. La Emperatriz de lo creado
Dirige hacia el Eterno una sonrisa,
Y exclama Dios: "Estás ya facultado
Para abatir la cólera insumisa
Del infierno". Con gesto sosegado
Retiróse el arcángel; su divisa
Alzó, y era de ver al mismo punto
Un ejército alado a Miguel junto.

Y del caudillo era de ver la traza:
Yelmo de oro en su testa relucía,
Sobre su pecho límpida coraza,
Y una lanza en su diestra comprimía.
Terrible su mirar como el que emplaza
A combate feroz; cuando movía
Su cabeza que a un faro semejaba,
Blanco penacho en hebras se agitaba.

Y raudos descendieron; a unos manda
Miguel que con su escudo atajen rayos;
A estos, que de un bajel guarden la banda,
A otros, que den valor si ven desmayos.
A huracanes y nubes les demanda
Aplaquen su furor: "Viles lacayos
A los demonios grita: hoy nuevamente
Hollaré vuestro orgullo y vuestra frente".

Su lanza sobre el bárbaro oleaje
Tiende, y las olas mansamente ondulan;
Con la izquierda hace un gesto de coraje
A los vientos, y sólo ya modulan
Blanda canción: el cielo es un encaje
De tenues nubecillas que se enrulan
Dando gracia a las luz de los luceros
Que empiezan a filtrar sus reverberos.

Entre tanto Luzbel sólo maldice;
Los puños quiere alzar pero se agacha;
Tan pronto una orden da, la contradice,
Y aun más su confusión así remacha.
Por fin aullando a los demonios dice:
"Todos juntos a él como una racha
De rabias y uñas y veneno y muerte;
Veremos de Miguel cual es la suerte".

Mas al punto el arcángel, peregrina
Apostura tomó, derecho mismo
A un haz de luz flotante y argentina
Que un astro desflocaba hacia el abismo,
A puñados la lumbre diamantina
Cogía y arrojaba en cataclismo
De rayos que incendiando las esferas
Dispersaba a las turbas altaneras.

Cuando a Luzbel consideró domado,
Hacia la altura dirigió su vuelo,
Y por todos los ángeles rodeado
Diseñó un corazón mirando al suelo;
De luz celeste estaba festoneado,
De él surgía una cruz con rumbo al cielo,
Y cruz y corazón hechos estaban
De ángeles que sus alas desplegaban.

Todo en calma quedó y todo tan claro
Que media noche ser nadie diría;
Era un claror consolador y raro
Distinto del claror que vierte el día.
Pudieron los bajeles a su amparo
Mirar lo que en redor de ellos había,
Y hasta algunos lograron acercarse
Y con alegres gritos saludarse.

Luego la luz se fué, pero rondando
A lo largo de la híspida ribera,
Enorme asta cada cual alzando
Y en la punta una nube toda hoguera,
Cien gigantes sin tregua paseando
Montaron guardia aquella noche entera
Para evitar chocase algún navío
En costa brava, en sirte o en bajío.

Eran sombras de cien reyes incanos
Que al permiso de Dios raudos vinieron
Ansiosos de que a puertos peruanos
Llegaran los que al fin gloria les dieron.
"¡Pizarro, criminal jefe de hispanos!..."
Muchas veces las sombras repitieron;
"La sangre de Atahualpa aun está inulta;
El crimen de Pizarro aun nos insulta".

Llegó la aurora y en la mar tranquila
La luz tegió sus arabescos de oro.
Quien bocina tocaba, quien esquila,
Quienes clarines en mezclado coro.
Cochrane esparramaba su pupila
Buscando cada nave cual tesoro;
Y entre charlas y alegres cantinelas
Se van irguiendo mástiles y velas.

Como suele bandada de gaviotas
En alta mar si el huracán revienta
Romperse y cada cual hacia remotas
Rutas se esparce y cada cual se ahuyenta;
Mas de pronto otra vez de sus ignotas
Regiones aparecen, la tormenta
Pasada ya y se juntan y voltean
Y aun más hermosas con el sol blanquean.

Así por fin las naves se juntaron
En igual orden que antes estuvieron;
Las ondas apasibles las besaron;
Las brisas con amor las impelieron.
De Argentina y de Chile resonaron
Los himnos, por el aire se esparcieron,
Y a su compás el mundo parecía
Hecho para los hombres que allí había.

¡Perú, Perú!; el imperio sacrosanto
De los Incas, magnífico destello
Del almo Sol que transformó en un canto
El gran Manco Capac con Mama Oello.
Mientras al Sur la América era espanto
De salvajismo, refulgente y bello
El gran Imperio de Capac brillaba
Con civilización que envidias daba.

Era la excelsa estirpe afortunada
De un atlante que en tiempos olvidados
Llegó tras odisea enmarañada
Por tierras y por mares ignorados.
Vió esa región de Dios privilegiada,
Y él y su esposa en tierra prosternados,
A Dios juraron en cuzqueña cumbre
Adorarlo en el Sol que es vida y lumbre

¡Perú, Perú!; el de templos seculares
En piedra erectos, recamados de oro:
El de un sol que al romperse en alamares
De cada monte o valle hace un tesoro:
El de vírgenes "acllas", singulares
En suprema belleza y en decoro,
El de raymis, amautas,, mamaconas
Incas, palacios, mantos y coronas. (2)

Una familia inmensa y un convento
Era por su orden el imperio incano;
A ninguno faltábale el sustento
Pues al pobre, al inválido al anciano
Sabias leyes teníanle contento,
Pues el Inca era padre y soberano:
Y así dichoso cada cual vivía
Trabajando en su clase y gerarquía.

Cumbres, flores de luz, valles risueños,
Todos los climas, todas las riquezas,
Torrentes de fragor, ríos sedeños
bordando con diamantes las malezas,
Nacen saltando en rívulos pequeños,
Cantan luego heroismo o ternezas,
Y a veces de una grieta en los vacíos
Al hundirse, se cambian de oro en ríos.

Pero, ¡ay!, aquellos hombres olvidaron
Que ante el Sol al postrarse sus mayores
No al astro en sí sus almas adoraron,
Sino que al contemplar sus resplandores
El símbolo mejor en él hallaron
De Dios Padre de gracias y de amores,
Cual lejos de la Patria el desterrado
Ve su bandera y bésala extasiado.

Y era ley, que la Ley del Nazareno
Su redención a América traería;
Lástima que los hombres en su seno
La perviertan a veces; fué una orgía
De sangre y de impudor; el Perú lleno
De escándalo se vió y de altanería
Con que aquellos valientes españoles
Mancharon su misión manchando soles.

Violaron **acllas,** degollaron gente,
Y un simulacro haciendo de justicia,
Con falso testimonio, inícuamente,
Añadiendo la farsa a la impudicia
Al Inca sentenciaron inocente
Del crimen que inventara la avaricia;
La justicia con él quedó sepulta
Más Dios no toleró quedase inulta.

Pizarro el juez; los almagristas fieros
"Muera el Inca — gritaban — dale muerte";
Suplicaba Atahualpa a los iberos,
Pero inútil, ya echada era la suerte.
El agua del bautismo en plañideros
Hilos corrió sobre él... y quedó inerte
Suspendido del lazo que le ahogaba
Mientras su alma hasta Dios se remontaba.

Como de Grecia antigua los hermanos
Malditos por los dioses sucumbieron
Uno del otro a las sangrientas manos
Olvidando los senos que exprimieron,
Tal el odio recíproco de hispanos
Fué entre sí, se atacaron, se vencieron,
Y atados de la horca por el nudo
Ni les valió su audacia ni su escudo.

Almagro fué el primero; el juez, el mismo
De Atahualpa, Pizarro, el camarada
De todos sus anhelos de heroismo
Desde el albor de la primer jornada.
No de agua, de perdón pidió el bautismo;
Mas de Pizarro el alma agangrenada
No se lo dió, y en triste sacrificio
Murió Almagro de la horca en el suplicio.

Llegó un día después en que almagristas
Cumplieron de su jefe la venganza;
Atropellaron con sus armas listas
La mansión de Pizarro; la pujanza
No abandona a este hombre, como aristas
Cruzan lanzas y sables, mas lo alcanza
Un mandoble en el cuello que abre herida,
Y un golpe más, arráncale la vida.

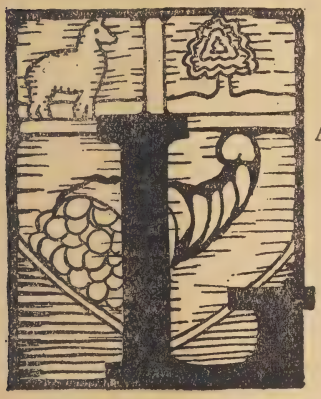
También de Diego Almagro el joven hijo
Cayó la cabeza cercenada;
Y también contemplando el crucifijo,
De Gonzalo Pizarro la extasiada
Testa fué al suelo, en tanto que un rendijo
De mazmorra siniestra y endiablada
Daba en España luz y maldecía
A otro Pizarro que en Perú fué un día.

Sólo Pedro Lagasca, noble hispano,
Sacerdote de Dios, sacra figura,
Con poder pleno del monarca hispano,
Más que con armas pudo con dulzura.
De prudencia y lealtad y amor cristiano
Dar paz durable, espléndida ventura
A ese Perú tan lleno de fulgores
De ruinas, de leyendas y de flores.

CANTO XII

CANTO XII

Los libertadores desembarcan en la bahía de Paracas y toman la ciudad de Pisco, donde establecen su campamento. El Gran Conductor de Ejércitos arenga a sus tropas. El Virrey Pezuela propone que se realicen conversaciones entre delegados para intentar la paz: llévanse a efecto en Miraflores, pero fracasan las conferencias. El Gran Libertador encarga al general Arenales la campaña de la Sierra, crea el escudo y la bandera del Perú, y emprende la navegación al norte. Después de enfrentar al Callao y aprovisionarse en Ancón, desembarca en Guacho. Acampan en el valle de Huaura. Heroísmo de Pringles. Hazañas de Arenales.



A expedición ya enfrenta la bahía
De Paracas; olvidan lo pasado
Sus titanes, y cada cual ansía
Con nuevos triunfos verse coronado.
Y en la mañana de un radiante día
Las Heras, el de siempre, el gran soldado,
Baja con sus invictos paladines
Al ritmo de tambor y de clarines.

De Septiembre el octavo día era
Y apenas por la tarde el Sol su disco
Iba ocultando, izaba su bandera
En la redenta población de Pisco.
Tan sólo fué saberlo, y ver la ibera
Guardia sin defender siquiera un risco
Escapar por montañas y pradales;
Tal era su pavor, sus miedos tales.

Cinco albas más, y retemblaba el suelo
De los libertadores bajo el paso.
Un sueño pareció más que un anhelo
Cumplido al fin; alzáronse hacia el raso
Como jiras rasgadas en el cielo
Los aliados pendones, y era el caso
Ver al bravo Virrey cómo temblaba
Mientras en Pisco el gran cuartel se alzaba.

Y era el Virrey Pezuela, el indomable,
Que a Belgrano y Rondeau con tres derrotas
Los aventó con ímpetu espantable
Sus altiveces y su fama rotas.
Hoy no es el mismo ya ante el formidable
Huracán legendario de patriotas
Que libró a Chile y en peruana cancha
Lo reta a dar combate de revancha.

El Héroe de Héroes dice a sus soldados:
"Hemos llegado a la bendita tierra;
Sólo nos falta vernos alumbrados
Con nueva libertad en nueva guerra.
Recordad que venimos empujados
No por conquistas, no, que no se encierra
Nuestra ambición en cerco tan pequeño;
Tan sólo redimir es nuestro empeño".

"En estos lares de ínclitos peruanos
Mirad tan sólo como en Chile visteis
Pueblos que son de nuestros pueblo hermanos
Y que abrazar soñasteis y quisisteis.
Bien sé que seréis siempre los humanos
Libertadores que doquiera fuisteis;
Mas ¡guay! del que se atreva a algún abuso;
Caro lo pagará. Funesto intruso."

¡"Oh mis fieles soldados argentinos!,
América os contempla toda entera
Y aguarda que se agiten vuestros linos
Como hasta hoy se agitaron donde quiera.
¡Oh mis chilenos, hombres diamantinos!,
Aquí también está vuestra bandera
Que es coraje y honor, luz y arrogancia
Y cien besos le da vuestra constancia".

Y una corriente mágica electriza
A su falange de entusiasmo llena.
Y en ansias de heroismo rivaliza
La argentina ambición y la chilena.
Cada cual quiere reducir a triza
Del gran Perú la postrimer cadena,
Y cada cual más fuerza y más deseo
Siente en tierra al pisar como un Anteo.

No pierde el Jefe de Héroes ni un minuto;
Víveres abundantes acrecienta
Y corceles de lidia, que aun su bruto
Lo arrebató en el mar la gran tormenta.
Liberta esclavos de cabello hirsuto,
Plaza les da, sus cuadros tal aumenta,
Y renueva en Perú su gran escuela,
Y no pasa el asombro de Pezuela.

Veintitrés mil soldados hay de España
Bajo el pendón; ejército tremendo
Con generales cuya historia entraña
De talento y valor himno estupendo.
La Serna, Canterac, Valdés... extraña
Explosión, cada uno es un estruendo;
Y sin embargo el triunfador Pezuela
Ve un fantasma que asústale y desvela.

Y cinco mil no más los legionarios
Son del Gran Jefe; ¡oh Dios!, ¿cómo se atreve
A retar en tan vastos escenarios
De páramos, de prados y de nieve
A tan enorme hueste de contrarios
Que un mar de hombres semeja si se mueve?
¡El águila en el cielo no pregunta
Dónde la tierra con lo azul se junta!.

Pezuela ordena que en Lurní y Cañete
Veterana legión esté en espía,
Y arremeta tan sólo si promete
El lance un triunfo que les dé valía.
Quimper observa, Camba no acomete,
Tampoco el otro jefe que es García;
Cada español sus arrogancias mide
A solas, mas ninguno se decide.

Pezuela entonces, trémulo, indeciso,
Suplica a San Martín mande legados
Que con los suyos pacten un conciso
Plan que una "a los antes separados".
Acepta San Martín, que no es preciso
Por ser valiente despreciar los hados,
Y convienen tratar en Miraflores
Guerra o paz unos y otros contendores.

El sagaz Tomás Guido y el prudente
García del Río van como emisarios;
Los de Pezuela son Villar de Fuente
Y Dionisio Capaz, dos visionarios
Que juzgan en la malla reluciente
De palabras y honores incensarios
Maniatar de la América el concino
Lenguaje y su grandeza y su destino.

Todo allanar ofrecen los legados
Españoles, y en gracia duradera
Todos los militares en sus grados
Quedarán sin desmedro en su carrera;
Que son duchos, prudentes y avisados
Los dos hispanos dentro de su esfera.
Para ellos tan sólo no se puede
Que el Perú libre de la España quede.

Del Gran Héroe los dos representantes
Exponen la lealtad de su conciencia:
Jamás buscaron glorias deslumbrantes
Si no es de un mundo ver la independencia.
"Libre quede el Perú", son terminantes
Palabras que pronuncian con vehemencia,
"Libre quede el Perú, todo se acaba;
Si no, venga la lucha heroica y brava".

"Pedid todo si no es la independencia".
"Sin ella nada lo demás importa".
Y conferencia así tras conferencia
Sólo un fracaso en realidad comporta.
Línea insalvable, sacrosanta esencia
De la lucha que América soporta.
¡Oh Sol!, nunca alumbraste tal autruismo
Engendrando tan épico heroismo.

Imposible a Pezuela parecía
Pundonor tanto en la insurrecta gente,
Y apareció en persona a hablar un día
Con los comisionados del fulgente
Caudillo americano; tontería
Fué todo su talento ante la ingente
Grandeza de los dos americanos
Sólo al pedir ver libres sus hermanos.

Como inútiles vibran los lamentos,
Los baladros, la saña pavorosa
Del mar cuando pretende en sus cimientos
Conmover el peñón a quien acosa
Y lame en erosión de blandimientos
O rómpese con ira fragorosa,
Mas el crestón inconmovible queda
Y el mar lo ve y exhausto y triste rueda.

Así al Virrey antójase utopía
Lo que está viendo; toda su clemencia,
Amenazas, bondad, hipocresía,
Toda su habilidad y su elocuencia
Deshacerse ante el gesto que se erguía
Invocando no más que la conciencia,
Apoyado no más que en el destino,
Dispuesto a batallar como argentino!...

Declaráronse al fin del todo rotas
De paz las tentativas; los iberos
Marcharon por su lado; los patriotas
Por el suyo. Cual dice a caballeros
Fueron corteses las postreras notas
De despedida, que los grandes fueron
Brillan más si sus bravos defensores
Son también en nobleza contendores.

"Ya que el destino impone ir a la guerra
(San Martín al Virrey luego escribía),
Ya que el combate enlutará la tierra,
Gozo de ver como adversario a Usía:
Pues que en su pecho la piedad se encierra
Sabrá abreviar la angustia y la agonía
Que aun la guerra más santa trae consigo,
Y en tal aspiración cuente conmigo".

"La guerra haré — Pezuela le contesta, —
Con todos los posibles lenitivos
Que en mi alma y en la suya es manifiesta
Voluntad, como cuadra a los nativos
De igual raza que somos, nunca infesta
Por rencor de reptil; el ser altivos
Es orgullo y blasón de los iberos
Y de sus hijos, pero no ser fieros".

Como prenda de mutuas hidalguías
El español remítele una espada
Tan fulgente que vierte chisperías,
Tan flexible que un aro hace encorvada.
Mató en España muchas morerías,
En la imperial Toledo fué forjada,
Y lo menos cien nombres tiene escritos
Desde el Cid a Isabel, nombres benditos.

La exorna San Martín con puño de oro
Y la devuelve al general hispano
Diciendo: "como prenda de decoro
Recíproco y de honor americano,
Guarde esa espada, espléndido tesoro,
Con ella no ha de dar mi propia mano
Muerte a tanto realista cual presiento
Pues muchos han de ser aunque lo siento".

"Y más fueran si usara yo esa espada
Que ni Vulcano mismo la forjase;
De ella valerme yo, fuese menguada
Acción que mi conciencia condenase.
Luche con ella usted, a su mesnada
Será de aliento cuando el aire abrase,
Y a mí me servirá para buscarlo
Mejor, y distinguirlo y atacarlo".

Después: ¡"Peruanos! — clama el Argentino —
Los proyectos de paz se han agotado;
Batallar es el único camino;
Da pena, mas no hay otro reservado.
Romper vuestra cadena es mi destino;
La sangre de mis héroes lo ha probado;
Cuando en Perú amanezca el nuevo día,
Irme sabré, ya nada importaría".

Dilátase su voz, y nadie sabe
El modo, mas la lleva el mar y el viento,
Y en ardor el peruano ya no cabe
De batallar y de vencer sediento.
Hasta Trujillo al norte, hasta la clave
De montañas al este, un surgimiento
Borbota de lanzarse a la pelea,
Y el corazón de todos dice: "sea".

Como torrente que al rodar esconde
Por ríspidos peñascos y maleza
Su intrépido recial a quien responde
Sólo con muda voz naturaleza;
De dónde viene ignórase y a dónde
Su cauce ensanchará, y con gran presteza
Cancha se abre taludes arrollando
Selvas rompiendo aquí y allá saltando.

Mas luego se abrirá en crenchas rampantes,
Triunfos llevando y triunfos esparciendo,
Y músicas enlaza resonantes
A las que aves y fronda están vertiendo,
Y surgen sinfonías crepitantes
Que el sol llena de besos, refulgiendo
Sobre las cuerdas de la enorme lira
Que tiembla, canta, yérguese y suspira,

Así Arenales el grandioso hispano
De austero rostro y alma encandecida
Que consagró a la América su arcano
Empuje, y sus amores y su vida;
El que era en el combate un león hircano
Y triunfó tiempo atrás en La Florida,
Así con su legión de impertubables
Se internó hacia las sierras formidables.

Lo envió San Martín cuando le dijo:
"Con esa división haz tus proezas,
Vence el desierto, la montaña, el quijo,
Huella de los cimborios las cabezas:
El abismo, la quiebra, el escondrijo,
Crúzalo todo, vence las fierezas
Del realista opresor y de natura,
Que ya tu gloria heráclida fulgura".

"Cual huracán que entre sus alas lleva
Nublos, truenos, bramidos y desmayos,
Mas con su misma agitación renueva
La atmósfera gastada y nuevos rayos
Trae nuevo sol, así vaya tu leva,
Alce la rebelión, crispe en restallos
Hasta que tus clarines ya triunfales
Escuche yo en el norte, ¡oh Arenales"!.

Días después, el Gran Conductor mismo
Con los otros valientes que han quedado,
A surcar preparábase el abismo
Proras al norte, al sitio codiciado.
Mas antes testimonio del bautismo
Del gran Perú, dejar quiso firmado;
Y el escudo decreta, y enarbola
Nueva bandera que al cefir tremola.

Un mar rendido, una montaña enhiesta,
Y un sol apareciendo por su cumbre,
He ahí el escudo: la grandiosa fiesta
De la tierra, del mar y de la lumbre.
Blanca y punzó es la insignia que en la orquesta
De los vientos se mece, muchedumbre
De emociones y anhelos desplegando,
Ave, que ya al nacer vuela cantando.

Y después los bajeles van, camino
Abriéndose en el mar; ondas sonoras
Los empujan con blanco y azulino
Tapiz que enganchan en las raudas proras.
También flota en la altura el argentino
Pabellón de las nubes voladoras,
Y así entre dos sublimes pabellones
Más que surcar resbalan los galeones.

Ya están frente al Callao, de una enfilada
Ocho quillas de guerra hay adelante;
Diez y siete transportes otra hilada
Forman detrás en actitud rampante.
Sobre cubierta tropa uniformada
De un claro cielo al sol reverberante,
Y en los mástiles flotan rumorosas
De tres patrias las grímpolas hermosas.

Creyéranse los mástiles lanzones
Quién sabe de que místicas fronteras
Ostentando en la punta como airones
Los lienzos de sus épicas banderas,
Y que mirando a los terribles leones
En su guarida, sólo con hogueras
De gloria pretendieran ahuyentarlos
O al combate final allí emplazarlos.

Desde la arena donde el mar dormita,
Sube la costa en lomas y resaltos
Hasta donde la sierra precipita
Sus escurrimbres en graciosos saltos.
Aquí y allí la población se agita
Avida de mirar desde los altos
Recuestos, cómo son aquellos hombres
De cuyos jefes saben ya los nombres.

Se miraban los dos, el que llevaba
La redención sobre tajantes quillas,
Y el que llegar al fin lo contemplaba
De placer azorado en las orillas.
El cañón de los fuertes no alcanzaba;
Traquean de gozo, cascos, jarcias, tillas,
Y júntanse en el aire confundidos
De unos pechos y de otros los latidos.

Ya no sólo de armiño eran y azules
Lan banderas aliadas como otrora;
De cielo en plenitud a aquellos tules
Juntábanse retazos de la aurora.
Y eran sueños de libres estambules,
Y era una inmensidad arrobadora
Lo que en el cielo de Perú se abría
Y en la marisma retratar se vía.

Mas tan sólo un patético saludo
El Jefe de Héroes al pasar quería
Dejarles como prenda de que el nudo
De la opresión en breve rompería.
En una jarcia sujetó el escudo
Del Perú, y con soberbia gallardía
La bandera agitó blanca-encarnada
Cual de un amanecer fimbria rasgada.

Y doblan atezados timoneles
El bauprés de los barcos, y adelante
Sigue al norte el cantar de los bajeles;
La costa los contempla delirante.
"¡Venid, bajad! — les gritan — los laureles
Os esperan aquí"; pero el Gigante
Les contesta; "esperad, vendré muy pronto,
Bien os lo dice el cielo, el aire, el ponto".

Llegan a Ancón: "A realizar mi intento
(Dice el Gran Jefe a Reyes); pues peruano
Eres, también serás quien el sustento
Acopies a despecho del hispano.
Tú, Brandzen, ve con Reyes y al momento
Con cuarenta ginetes, soberano
De tu valor, ya que eres argentino
A los infantes ábreles camino".

Y doscientos cuarenta son, y ondean
Entre clapas y quiebras y senderos,
Y largas filas de ganado arrean
De Chancay por los fértiles linderos.
Su firme paso con su gloria atean,
De Valdés atropellan los iberos,
"De cara a ellos" Brandzen grita, y mata,
Y a lanzazos los corre y desbarata.

Luego a paso tranquilo como dueños
A las naves se acercan triunfadores;
Infantes y ginetes van cenceños
Habituados a ser dominadores.
Húndense de los barcos los diseños
Con el pingüe botín, y a los rumores
De las nuevas maniobras y alegrías
Otra vez hacia el norte abren sus vías.

Entre tanto el clarín llegó muy lejos
Y en Guayaquil al resonar sus voces,
De un golpe el pueblo cercenó los viejos
Poderes; tal la hierba ante las hoces.
"Libres somos — gritaron — los reflejos
De San Martín nos llegan", y veloces
Su gobierno eligieron: gran atleta
Olmedo el gobernante y el poeta.

Ya en Guacho están las redentoras naves,
Ya desciende el ejército glorioso,
Y al avanzar sus pasos son tan graves
Que cada hombre seméjase a un coloso.
Recruge el arenal, chillan las aves,
Rebrama el vendabal vertiginoso,
Y de la selva que su fronda aviva
Un eco sale que prorrumpe "¡Viva!..."

Veinticinco caballos sólo tienen,
Se internan a redoble de tambores,
Las lontananzas a buscarlos vienen
Y hacia ellas van cual van los vencedores.
En el valle del Huaura se detienen
Y alzan sus campamentos, entre flores,
Y verdes gramillares y arroyuelos
Que dan su linfa y su esplendor de cielos.

De las ninfas hespérides más bellos
No fueran los jardines; hay cien rutas
Bajo árboles que tienden sus cabellos
Y en florestas se pierden y entre grutas.
Gordos ganados, pingos de altos cuellos,
Claras vertientes, abundantes frutas;
Los soldados se sacian y se aprestan
Aquí y allá los pájaros orquestan.

De rostro al Huaura el campamento enfila;
A su izquierda la sierra lo defiende,
Y a lo lejos se enfoca su pupila
Hacia Lima que el aire hermosa hiende.
Del Huaura al otro lado una tranquila
Región de arena y páramo se extiende,
Defensa natural, firme represa
Si intenta el español una sorpresa.

Pezuela en Anaspuquio se atrinchera;
Sobre el Chancay vanguardias eslabona,
Y de púrpura y oro la bandera
Clava de un cerro en la áspera corona.
La indecisión le abruma, mira, espera.
Atisba, y se estremece y desazona:
Tal miedo San Martín doquier infunde
Que se azora el Virrey y se confunde.

Entre los batallones del hispano
Está el "Numancia" que en secreto sueña,
(Hijo al fin del esfuerzo colombiano),
Del Héroe de Héroes arbolar la enseña.
Para darle ocasión y dar la mano
A la noble legión que así se empeña,
Hacia al sur Alvarado se encamina
Con vanguardia chilena y argentina.

Y destaca diez y ocho granaderos
Con Pringles custodiando al emisario
Que por medios equívocos y arteros
Se aproxime hasta el jefe legionario
Del "Numancia". Entre ríspidos senderos
Devoran la distancia, al tumultuario
Estampido del mar en la rocalla
Que de los potros el tranquido acalla.

Llegaron al playal de "Pescadores",
Y partió el emisario, mas de pronto,
Como tromba de rabias y estridores
Que hasta ensordece el rebramar del ponto,
Del Rey una falange hecha furores
Se lanza, y sin mirar cuál es su monto
Pringles la ataca y lucha, pero herido
Huye con sus diez y ocho perseguido.

Otra partida entonces por el frente
Le acomete: cual puma a quien asalta
Caterva de mastines, rabia siente
Y corre y da zarpazos, muerde y salta.
Mas aunque hiere y mata es tan ingente
La jauría que al fin ciego se exalta
Y ruge y se avalanza a un precipicio
Prefiriendo este azar a aquel suplicio.

Tal Pringles con los cinco que aun le quedan
Sobre sus potros, sangre derramando
Entre las olas lánzanse, que ruedan
Sus combas espumosas purpurando.
Monstruos parecen que al abismo puedan
Subyugar, aun heridos van aullando,
Y ellos también entre el oleaje ondean,
Aquí se pierden, por allá serpean.

Han de morir así, que americanos
Son, y de San Martín son paladines:
De Pringles cae el potro, y aun las manos
Alza el ginete con airón de crines.
"No muráis, no, — les gritan los hispanos —
Bien merecéis vivir, héroes afines";
Y los roban al mar, logran sacarlos
Y de muerte sublime rescatarlos.

Y tanta fué la sangre que vertiera
Pringles y sus valientes, tanta herida,
Que con la blanca espuma pareciera
Una bandera del Perú extendida.
Rojo y blanco también el cielo era,
Y entre una y otra enseña estremecida,
Contemplaba el Perú su alba naciente
Un lucero engarzándose en la frente.

Del mar los rescataron, y pavura
Sintieron los del Rey, aun más que enojos
Ante la decisión y la bravura
Que contemplaban sus turbados ojos.
No era valor aquello, era locura
Que les causaba miedos y sonrojos,
Y de Alvarado ya el clarín se oía
Que un lance a toda costa pretendía.

Vuelta atrás los hispanos emprendieron
Entonces, comprendida su arrogancia,
Y a retaguardia el batallón pusieron
Que Hares mandaba, el batallón "Numancia".
El instante fué aquel en que se unieron
Hermanos que alejaba la distancia.
Colombia, Perú, Chile y Argentina;
¡Cuánta bandera tremoló divina!...

¿Qué de Arenales fué? ¿dónde cabalga
El mogro paladín de barba oscura,
Y tan cerrada como su alma hidalga?
¿Rodó en abismos? ¿sucumbió en la altura
Preso entre nieves sin que nada valga
Su empaque, su tesón ni su apostura?
¡Ah, no, que combatiendo y galopando
Va ejércitos realistas destrozando!.

Del Gran Jefe argentino, la bandera
Aprendió a tremolar sobre las cumbres,
Y así escaló la blanca cordillera
Con su tropa, sin pasmo ni quejumbres,
Y a Huamango ocupó; brava quimera
Verlo de los vivaques a las lumbres
De Jauja contemplar el verde valle
Entre adelfas abriéndole su calle.

Ya sobre el Río Grande, cruge el puente
Bajo el rudo piafar de su caballo;
Un torrente encimado a otro torrente
Semeja, y se apodera de Huancayo.
Ni se atreve el realista a hacerle frente,
Y se replega y huye, y siente el callo
Del pingo de Lavalle que sin tregua
Lo persigue tenaz legua tras legua.

Y al fin lo alcanza en Jauja y lo acomete;
Forzado el español acepta el duelo,
Pica espuelas Lavalle y arremete,
Y en tolvanera se levanta el suelo.
Cada pecho realista es un boquete
Que sangre mana, y su clamor al cielo
Alzan los que descuélganse vencidos
De sus caballos, o huyen pavoridos.

Jauja ya es de Arenales, y la alarma
Cunde veloz, el comandante Rojas
De un empellón aduéñase de Tarma
Con tan sólo gritar; ¡"las bridas flojas"!.
Mellados sus aceros, por cada arma,
De Albacete y Toledo hallan cien hojas;
Que el botín es enorme, y más preciado
Cuanto más oportuno y no esperado.

Pero O'Reylli ya en Pasco está y espera
El trágico momento en que Arenales
Se acerque, como aguarda una pantera
Que a deshacer se apresta en sus ferales
Garras a quien contra ella se atreviera.
Mide el campo, barrancas, aguazales,
Y dice con destén: ¡"Pobres faluchos (1)
Pasto serán de cuervos y aguiluchos"!.

El jefe osado de la tez enjuta,
De impávido mirar y ceño austero,
Del incansable brazo y barba hirsuta
Que a la América sirve aunque es ibero,
Bien lo sabe y se apresta a la disputa
En que el coraje y el filoso acero,
De O'Reylli a la falange haga pedazos
Abriéndose camino a cintarazos.

¡"Bravos de San Martín! — grita a su gente, —
Pensad que al otro lado de la sierra
Nuestro Gran Jefe vuestro honor presiente
Por libertar a esta querida tierra.
El pendón que nos dió, resplandeciente
Aun conservamos, paladión de guerra
Que invicto tornaremos a su lado
Más grande y bello cuanto más rasgado".

Arenales espía el campamento
De O'Reylli, y de Aluachín a la cimera
Trepa entre horrible tempestad de viento
De balas y de nieve; la ladera
Trepida, se percibe el juramento
Del que rueda, se yergue o desespera.
Mas el agrio picacho escalan todos
Con pasmo y rabia de los jefes godos.

De pronto cual si Dios de entre sus manos
Rodar dejase el Sol encandecido.
La nevisca cesó y sobre los llanos
Y montañas el disco suspendido
Apareció: abajo los hispanos
Alineaban sus huestes, y en movido
Paisaje era de ver cuál preparaban
El combate y sus lienzos agitaban.

Del patriota cañón los estridores
Anuncian que comienza la batalla;
En marciales redobles de tambores
El campo entero del realista estalla.
La nieve se derrite a los ardores
Del sol, del fogonazo y la metralla.
Y de Aluachín los héroes avanzando
Bajan en formación y van cantando.

¡Oh Dios, qué arrojo!, lánzanse al combate
Acaudillando sendas compañías
Lavalle, Rojas, Deheza y Aldunate
En ciclón de estupendas bizarrías.
Se enfurece el hispano, y tal empate
Opone de valor y gallardías,
Que imposible resulta a los patriotas
Los esteros cruzar sin filas rotas.

¡"Adelante y vencer"! — grita Arenales, —
Y a galope los potros chapotean
Sus pezuñas hundiendo en aguazales
Que el sol, la sangre y el arrojo atean.
Los infantes luchando entre barriales
Aquí hacen fuego, por allá vadean,
Y ya en la orilla donde está el hispano
Cargan de igual a igual y mano a mano.

Fué horrorosa y sangrienta la trenzada:
Soldados ya no son sino chacales
Los patriotas que rompen la estacada;
Espadas y fusiles y puñales
No dan abasto en ver despedazada
La realista legión, corren canales
De sangre, O'Reylli mismo es prisionero
Y huye el que aun queda sobre el campo ibero.

Todo fué del Patriota; en Pasco entraron:
Y hubo un día en que ansiosos se agachaban
Los baqueanos que en Huaura se quedaron,
Y al suelo sus oídos aplicaban.
El pisar de tropeles escucharon
Que instante tras instante se acercaban,
Y a San Martín dijéronle azarosos;
Se acercan escuadrones impetuosos.

Se alistó San Martín a lo que fuera;
Mas de pronto las brisas matutinas
La música trajeron mensajera
De las dianas chilenas y argentinas.
Después, de un cerro en la triunfal cimera
Envueltas en las luces matutinas,
Distinguiéronse grímpolas hermanas,
Argentinas, chilenas y peruanas.

Y llegaron, llegaron como andrajos;
Sus vestes y su cuerpo eran iguales;
Harapos, desgarruños, sangre, tajos,
Patinados de polvo y de señales.
Eternos fuesen de laurel los gajos
Que merecieran, hombres sin rivales.
El Gran Jefe y sus tropas se cuadraron,
Y en su honor las espadas levantaron.

Se adelantó Arenales; su bandera
Presentó tan deshecha como ellos,
Y como ellos invicta en la carrera
De luchas, de trabajos, y degüellos.
Una gloriosa pascua el aire era
De ráfagas gloriosas y destellos,
Y vibrando, al espacio cristalino
"Oid, mortales" subió el himno argentino.

CANTO XIII

CANTO XIII

El Virrey Pezuela es substituído por La Serna. Fracasa la negociación del comisionado Abreu. Los realistas abandonan Lima, y el Jefe Inmortal entra sencillamente al Palacio de los Virreyes. El Inmortal, reune en asamblea a los notables. Se jura la Independencia. Sitio del Callao y hazañoso ataque de Las Heras. El Sublime Argentino presta auxilio a Sucre, gran general de Bolívar. Río Bamba.

EL Rey de España están desesperados
Los jefes porque no hallan la manera
De triunfar o de ver solucionados
Los trances, cual su honor lo requiriera.
En Anaspuquio entonces congregados
Firman, por la lealtad a su bandera,
Un acuerdo exigiendo que pronuncie
Su palabra el Virrey y que renuncie.

Pezuela, aunque mermado su decoro,
La ocasión juzga por demás propicia,
Y entrega el mando y sus cordones de oro
A La Serna esperando que justicia
Le hará el tiempo: no es que esté insonoro
Su valor, ni es ignavia ni estulticia;
Es fatal el destino, y él razona
Que de España se triza la corona.

Cochrane, el almirante visionario
Que hace triunfos según sus albedríos,
Llevando a Miller jefe legionario
Sobre el casco brujal de sus navíos.
Toma Pisco y Arica; tan corsario
Como almirante en sus audaces bríos,
Doquier coge botín, renombre y glorias,
Como Miler doquier gana victorias.

España en tanto por demás sangrada
Quiere salvar su honor, y en nuevo intento
Manda al legado Abreu con la sagrada
Misión de hacer la paz; casi un lamento
De impotencia parece la embajada.
Más que arresto gallardo, es ardimiento
De ver cómo su gloria se armoniza
Con su derrota sin seguir en liza.

Mas ni el héroe ni Abreu hallan la forma;
Suda el Virrey pero tampoco la halla;
Que el Gran Jefe Argentino como norma
Inquebrantable y por la cual batalla
Fija la independencia; y se transforma
La reunión en un duelo en que avasalla
La gentileza y el fraterno modo;
Pero como antes era, queda todo.

¡Oh Dios!, ¡qué triste suerte la del mundo!
Tener el arma con su filo insano
Que marcar la razón, y no el jocundo
Brillo del pensamiento soberano.
Cae la sangre de Remo en el profundo
Surco al golpe de Rómulo su hermano,
Y sólo así en tan bárbaro cemento
Fabrica Roma su inmortal cimiento!

Inútil de La Serna fué el comando:
Inútiles también su trazas fueron,
Que Arenales de nuevo está incendiando
La Sierra con hazañas; comprendieron
Los realistas que entre uno y otro bando
Serían copados, y de Lima huyeron:
¡Lima, ciudad de sombras y virreyes,
Cuna y sepulcro de fastuosas greyes!.

Allá van del Cabildo los legados:
¡"Oh San Martín!, ya la ciudad te aclama
Y te espera — le dicen — penetrados
Los pechos todos con tu misma llama.
Aguardan verte entrar con tus soldados:
Que íces en sus fastigios tu oriflama,
Y de tu sable a la triunfal egida
Sus cantos entonar de bienvenida".

¡Oh, América! sacude la melena
De tus vírgenes selvas milenarias
Palpitantes de gozo y en la arena
Tiende, ¡oh mar!, tus canciones libertarias.
Y mares, selvas, rios, en la plena
Eclosión de rapsodias legendarias,
Digan al mundo siempre quella hora
De un diez de julio al despertar la aurora,

Esquivando cual siempre el estallido
De homenaje triunfal que lo esperaba,
Cruzó temprano el silencioso egido
De la ciudad que apenas despertaba.
Su ayudante mirábalo embebido,
El caballo del héroe ni trotaba,
Y así el Libertador llegó despacio
Hasta el dintel del virreinal palacio.

Mas dos frailes que viéronle apearse,
Desembozar el rostro, alzar la frente,
Y sintieron sus ojos deslumbrarse
Del Héroe ante el mirar resplandeciente,
¡"El él"!, gritaron: pronto dilatarse
El eco se escuchó y la masa ingente
Del pueblo en borbotantes remolinos
Circundaba al Gran Jefe de Argentinos.

Quien le besa las manos, quien le abraza,
Quien le espeta un discurso o vitorea,
Quien al mirar su extraordinaria traza
Quiere hablar y no puede y lagrimea.
Una madre que tres hijos embraza
Se arrodilla a sus pies y balbucea:
"Aquí están, tuyos son, ellos lo quieren,
Dichosa yo si por la Patria mueren".

Cae sobre San Martín lluvia de rosas,
Olas de gente sin cesar se empujan,
¡Y es de ver cómo llegan ardorosas
Vivando al General y cómo pujan!.
Levanta el Inmortal en temblorosas
Manos, pálida niña a quien estrujan,
Y un grito en torno da: ¡"Pueblo valiente,
Beso a todo el Perú en esta inocente"!.

Todo el día las olas renovadas
Por las calles y plazas irrumpieron,
Y de los frontispicios y ferradas
Puertas, escudos de armas desprendieron.
Las torres y paredes tapizadas
De banderas patrióticas se vieron,
Y hasta muchos ancianos ese día
Murieron de emoción y de alegría.

Y en la tumba de Rosa, la limeña
Más pura y más gentil y más hermosa
De espíritu de luz y tez sedeña
(siendo todas tan bellas), Santa Rosa,
Una flor por la noche se diseña
Con pétalos de luz, que en la espaciosa
Nave del templo se remonta, crece,
Y en alas se deshoja y desvanece.

Era muy tarde ya, los campanarios
Cansados de vibrar se adormecían,
Y a galope entre campos solitarios
San Martin y los suyos se volvían.
Estaban en "Mirones" los gregarios (1)
Tropeles de su ejército, ¿qué hacían?
Medir desde sus tiendas de "Mirones"
Del Callao la distancia y los torreones.

En el camino vieron los reflejos
De una antorcha que ardiera a sus espaldas,
Y su rostro al volver, allá a lo lejos
El cielo era un hornal de nubes caldas.
En estupor quedáronse perplejos;
Mas un rumor salió de entre las faldas
Del monte dilatándose en el llano:
"La sangre de Amarú cubrió al hispano". (2)

Ya en el Palacio Virreinal se agitan
Rachas de libertad, ya los blasones
Y tapices y lábaros palpitan
En sus muros de piedra: los lampiones
Del Sol que por doquier se precipitan
Bañan de luz los tétricos salones,
Y San Martin con majestad austera
Aun más en propia gloria reverbera.

¿Qué tiene el Héroe que su frente inclina?
¿Qué ansia en su pecho el corazón devora?
¿No está ya en la ciudad que en la Argentina
Soñó bañar con lumbre redentora?...
Se yergue y al momento determina
No demorar más tiempo, ni una hora
En decretar se adune una asamblea
Que la expresión de los peruanos sea.

Hombres de probidad acrisolada
Que sólo a Dios inclinan su cabeza,
Varones de virtud firme y probada
Que es la mejor insignia de grandeza,
En torno al Arzobispo, de endiosada
Fe, y alma de purísima entereza,
De San Martin bajo el glorioso egido
Y al amparo de Dios se han reunido.

"Quiero escuchar la voz de vuestro anhelo,
—El Inmortal les dice — mi alma espera.
Oiga vuestra demanda el mismo Cielo,
Y expresad claro, en libertad sincera,
Si decide el Perú, el heroico suelo
De los Incas, que vibre por la esfera
De independencia el sacrosanto grito,
Y en fe, jurarla con solemne rito".

Dijo, y los padres del Perú sintieron
En sus venas sublime escalofrío,
Y uno en pos de otro todos prorrumpieron
Con igual emoción y el mismo brío:
"Llegó el instante ya que predijeron
Los mayores, de hacer nuestro albedrío;
Quiere el Perú jurar su independencia
Ante Dios, y ante el mundo y su conciencia".

El veintiocho de Julio; rompa toda
La Humanidad en himnos que restallen
Crepitantes de amor; libre se apoda
Otra nueva nación; después acallen
Su incontenible afán que nada enloda,
Y su entusiasmo en el silencio explayen,
Para escuchar, ¡oh, mágico portento!
Del Perú el sacrosanto juramento.

Todo es gloria triunfal; marchan delante
Los ministros de Dios, sublime gente.
En seguida la pléyade radiante
De la Universidad. Nube fulgente
De jefes militares en rampante
Constelación, oidores, intendente,
Y en medio de la excelsa caravana
Todo el fulgor de la nobleza indiana.

Espumarajo haciendo en los bocados
Y de espuma blanqueando los pretales,
Cuarenta pingos vienen bien montados
Por cuarenta ginetes inmortales.
Entre ellos San Martin; sus entorchados
Parecen los fragmentos ciderales
Con que el sol desgarró su fotosfera
Por coronarla allá en la Cordillera.

Y en tanta flor de gloria y gallardía
Dos capitanes hay de escaso bozo,
Que a Mendoza llevaron su efebía
Con tanta brillantez como alborozo:
Juan Martínez, de brava altanería,
José Aguirre a la par, terrible mozo:
No es de extrañar su estampa de argentinos
Recordando que son santafecinos.

Rataplán... rataplán... vibran las cajas
De la cívica guardia que en pos llega,
Y los alabarderos con sus fajas
De carmesí que aún más su sangre enfuega:
Y de húsares la escolta con sus majas
Gualdrapas y armas que el clarín congrega:
¿Quién viene atrás después? ¡oh! lo que viene
Asusta el alma y el cantar detiene.

El de los Andes batallón Octavo,
El que de negros se formó en Mendoza
Trocando en legionario a cada esclavo
Y en Chacabuco sangra y se alboroza.
El que en Maipú por no quedar ignave
Destrozando realistas se destroza,
Y por llenar sus filas con integros
Sublimes rotos fusionó a sus negros. (3)

Estremecen las calles sus ringleras,
Y exultan a su marcha los incanos,
De Argentina y de Chile las banderas
Viendo flamear en tan callosas manos.
Vienen al fin las tropas artilleras
Con aquellos cañones veteranos
Que ora alumbraron, ora hicieron brumos
Mar, cielo y tierra con sus fuegos y humos.

En la plaza de Lima un apretado
Mar de pueblo se oprime y rejadea,
Y erguido en un magnífico tablado
El Gran Libertador la enseña ondea
Que había tiempo atrás enarbolado,
Para que en siglos de los siglos sea
Cielo de amor, bandera promisora,
Blanco y punzó retazo de la aurora.

¡Cómo debió traslúcida la esfera
Del cosmos exultar cuando a su hora
Entre la brisa que ondeó primera
Flotó la luz de la primera aurora!
Tal cuando vió esparcirse su bandera
Aquel gran pueblo en ovación sonora
Rompió de aplausos y hurras delirantes
¡Cruel ironía de los tiempos de antes!.

El Fulgurante Jefe alzó su brazo
Izquierdo al aire y se apagó la grita,
Y clamó hacia el espacio en un abrazo
Con la bandera en libertad bendita:
"Desde hoy es libre de extranjero lazo,
El Perú que su pueblo aquí concita,
Porque así con derecho lo pretende
Y porque su justicia Dios defiende".

"¿Juráis la independencia que aclamamos?"...
Y como trueno que prolonga el viento
Un grito inmenso retumbó "juramos"...
Que la tierra llenó y el firmamento.
¡"Viva la independencia que hoy nos damos"...!
¡"Viva"!... respondió el pueblo en su ardimiento;
Flotaron por doquier libres pendones
Y en salvas reventaron los cañones.

Mas cual negros espectros que estremecen
Con siniestra y macabra catadura,
Tal los torreones del Callao parecen
Sembrar horror y difundir pavura.
Fantasmas que dan miedo y se adormecen
Con mil ojos abiertos, la llanura
Mirando: mil cañones que foguean
A veces cuando horribles parpadean.

Y por sus negras garras protegida
La ciudad del Callao quieta reposa.
Es menester cazar en su guarida
De los fuertes la guardia belicosa.
Armas de sitio no hay, la arremetida
Cruenta además de ser, fuese infructuosa;
¿Cómo avanzar de pecho a los castillos
Fosos atravesar, tumbar rastrillos?

Por hambre nada más. Como en tenaza
Oprimidas sin tregua sus legiones,
Cuando ya no les quede ni una hogaza
Con que matar el hambre a esos leones,
Cuando ya no les quede ni una traza
De resistir, al tope sus pendones
Saldrán capitulando, no rendidos,
Dignos de ser por San Martín vencidos.

Pero Las Heras de sitiar cansado
Al realista impertérrito aunque hambriento,
Ante el Gran Jefe se presenta armado
Y le propone un plan de asaltamiento.
Del "Real Felipe" en un ataque osado (4)
(Causando en la sorpresa aturdimiento)
A un galope tan sólo con su gente,
Cuando bajado esté, tomará el puente.

"Usted Las Heras, es capaz de todo;
Inténtelo nomás, aunque bien veo
Que no es tan manco ni tan lerdo el godo;
Pero... en fin, Dios le premie su deseo",
Y Las Heras dispuesto de tal modo,
Como en cuádriga audaz el dios febeo,
Escoge lo mejor de entre su gente
Y... ¡"allá"!...—les dice—hay que tomar el puente".

Como un incendio que arremete y vuela
Insuflado por furia de pamperos,
Así, casi en el aire, a toda espuela
Volaron los ginetes granaderos.
Los infantes detrás como la estela
Corriendo por los mismos derroteros:
Mas, ¡ay!, casi al pisar el puente mismo
Cruge, se alza, y... tan sólo está el abismo.

"¿Por qué no lo bajáis y mano a mano
Nos mediremos?" dice el argentino:
"O si quereis, que el más valiente hispano
Salga a determinar nuestro destino:
Yo lucharé con él, y si el arcano
Triunfo le da, respetaré su sino
O acabaré mi vida con mi saña
Y otro blasón de gloria tendrá España".

Inútil; del torreón nadie responde
Si no son las descargas de balazos
Que da la guarnición mientras se esconde
O huye a la ciudad como en retazos.
¡"Oh mis bravos! — Las Heras grita — monde
Cada cual sus aceros, y a sablazos
Por la ciudad hagámonos venganza;
Nadie escape al mandoble o a la lanza".

Y así lo hicieron. Muerta la intentona
De tomar "Real Felipe" por sorpresa,
A pura lanza y a golpe de tizona
Por la ciudad irrumpen, ¡brava presa!.
La hueste perseguida se arrincona
O a medir su coraje se atraviesa;
Inútil, muertos caen o prisioneros
Botín de los veloces granaderos.

No volvió nadie como había ido
Solo en su pingo; cada cual traía
Algún realista que cayera herido
Al pretender heroica hazañería.
Entre ellos Ricafort era traído,
General que hizo atroz carnicería
De independientes cuantas veces pudo,
Y viene herido, avergonzado y mudo.

Junto a la misma carpa donde estaban
San Martín y Las Heras se pararon;
Y mientras sus trofeos presentaban,
Los hurras por el campo resonaron.
Algunos en su lanza enarbolaban
Escudos españoles que ensartaron,
Los hicieron girar por darles vuelo
Y los tiraron lejos por el suelo.

El tiempo tras el tiempo se pasaba
Y aquella guarnición no se rendía,
Y su jefe La Mar desesperaba
Porque su gente de hambre se moría.
Aunque era americano enarbolaba
La bandera del Rey a quien servía,
Y sintió fortalezas renovadas
Al escuchar iberas clarinadas.

Es el gran Canterac que de la Sierra
Se descuelga con tropa veterana
Y se abre paso hacia el Callao, la tierra
Llenando de estupor y audacia hispana.
Valiente y desde niño hecho a la guerra,
Rápido en sorprender, y de espartana
Contextura, prepárase al combate
Por ver si a San Martín de un golpe abate.

Logra comunicarse con la plaza;
Pero y qué ¿si alimento no le lleva?
Sus escuadrones en batalla emplaza
Y aguarda a que el patriota hacia él se mueva.
También el Héroe de Héroes se dió traza
De colocar en modo tal su leva,
Que esperar le conviene el estallido,
Y en lugar de embestir ser embestido.

Cada cual frente a frente y cara a cara
Anhela, pues, que su enemigo ataque;
Jamás una victoria habrá tan cara,
Tal de ambos jefes el tremendo empaque.
De pronto Canterac siente una rara
Conmoción de luchar, y antes que aplaque,
Toma con decición los catalejos
Y tiende su visual allá a lo lejos.

Como el lobo que oculto en la maraña
Presa segura a la distancia espía
Y aguarda que el ardid brinde a su maña
El éxito seguro en que confía;
Mas de pronto impotente ve su saña
Al distinguir la hoguera y la jauría,
Y de rabia en sus labios lengüetea
Y huye en vez de atacar mientras chasquea.

Así el valiente Canterac de enojo
Lleno y de miedo, rechinó los dientes,
Palideció, sudó, tiró el anteojo,
Y orden de retirada dió a sus gentes.
Trémulo rezongaba: "Fuera antojo
Luchar contra ese jefe de insurgentes
Que montado en su potro de batalla
Da pavor por su orgullo y por su talla".

Y una vez más hacia la Sierra huyeron;
Y apiñándose en torres y en almenas
Los del Callao desesperados vieron
Las nuves que formaban las arenas.
Toda lucha ser vana comprendieron;
Ellos fantasmas de hambre eran apenas,
Y el Inmortal les brinda en su propuesta
Capitular con la bandera enhiesta.

Así los del Callao capitularon
Entregando sus negras fortalezas,
Y sus huestes compactas desfilaron
Erguidas y aureoladas sus cabezas.
Los jefes de ambas partes se abrazaron,
Al fin todos hermanos en proezas,
Y flotó libre y grande y soberano
En los torreones el pendón peruano.

Y aquella noche (nunca se supiera
Quien el fuego prendió), la selva umbría
Que de un cerro cimbreaba en la cimera
En llamarada crepitante ardía.
A la luz colosal de aquella hoguera
El espacio sin término esplendía,
Y eran Lima y Callao visión de gloria,
Deshaciendo la noche de la Historia.

En tanto como un sol que centelleante
Hacia otro sol su curso aproximaba,
Bolívar el inmenso y desbordante
Hacia el inmenso San Martín llegaba.
De ambos astros la marcha centelleante
El trazo recorrió que Dios marcaba.
Mas antes de chocar en cataclismo
Uno se irá; ¡bendito su heroismo!

Bolívar el tenaz en cien batallas
Aquí ganadas por allá perdidas,
Dejando por la América en morrallas
Cien banderas del Rey antes erguidas,
Ve de cerca la línea que en dos vallas (5)
Parte al mundo y que aquí estarán unidas
Por dos soles que en marchas redentoras
Se aproximan y funden sus auroras.

¡Con qué enorme constancia había luchado!
¡Cómo los Andes traspasó lo mismo
Que el Héroe de Héroes los había cruzado
Cumbre tras cumbre abismo tras abismo!;
Boyacá... Carabobo... el genio alado
Su espíritu quemando en heroismo;
Y mientras huye o atropella o manda,
El recuerdo lo azuza de Miranda. (6)

Guayaquil sublevado. Quito siente
Ansias de rebelarse, y Sucre llega,
De Bolívar el jefe más prudente
Y el más bravo y magnífico estratega.
Miranda, Piar, Bolívar, esplendente
Siempre miraron en la atroz refriega
Su valor de esforzado caballero,
Su pecho sin doblez, su alma de acero.

Con suerte varia que el destino mide,
Sucre batalla, pero todo en vano.
Al Héroe San Martín, Bolívar pide
Que auxilie a Sucre en contra del hispano.
Ruega Sucre también; y se decide
Desde Lima el Sublime Americano
A prestar el vigor de sus legiones
Sin preguntar siquiera condiciones.

Forman la división, mil y quinientos.
La manda Santa Cruz, jefe brillante;
Y es de ver cómo va dando a los vientos
De libertad el lábaro triunfante.
Con su "Número Dos", el que en los cruentos
Combates siempre fué jefe arrogante:
Don Félix de Olazábal que en Mendoza
A San Martín se unió y hoy se remoza.

El "Cuatro" batallón lo manda Villa
Otro jefe argentino sin desmayo;
Y Sánchez que su espada a nadie humilla
Dos escuadrones manda de a caballo.
Lavalle va también, el que acuchilla
Enemigos de frente o de soslayo
Aun mejor que cuando huyen de la escalda
Y debe cercenarlos por la espalda.

¡Oh, qué momento aquel, qué unión aquella!;
!Conjunción inefable! seis naciones
De América del Sur, bajo la estrella
De igual constelación alzan pendones.
San Martín y Bolívar... misma huella
Pisan ya sus indómitas legiones,
Y del Norte resuellan los llaneros
Con los del Sur terribles granaderos.

Es que ambos hemisferios del planeta
Cansados de escuchar la enorme fama
De tanta y tanta lucha y tanto atleta
Que el viento por el mundo desparrama,
Quisieron asomarse en su ansia inquieta
A contemplar el bravo panorama,
Y fijaron palestra equidistante
En la línea en que el Sol es más radiante.

Por eso las impávidas mesnadas
Que Argerich manda, general bravío,
De Sucre al escuchar las clarinadas
Cediendo campo van con maña y brío.
La línea ecuatorial tiene marcadas
Ya las señales del sangriento lío,
Y hacia ellas el hispano retrocede
Y Sucre ni descanso le concede.

Dejaron Río Bamba los hispanos
Y acampan en soberbias posiciones.
Lavalle y los "Dragones colombianos"
Los azuzan haciendo exploraciones;
En eso los ginetes veteranos
De Argerich sobre rápidos bridones,
Ven de los Argentinos el avance
Y juzgan ventajoso entrar en lance.

Eran quinientos; los miró Lavalle
Y al ver que los realistas sus caminos
Comprimen por estrecha y honda calle
Y son noventa y seis sus argentinos,
¡"Hurra,! — prorrumpe — ¡a degollar; que estalle
El corvo, masacrando a esos cretinos"!;
Y como un huracán los acomete
Y por la calle con furor se mete.

Con estrépito ruedan del caballo
Los ginetes del Rey sangre vertiendo;
Cada sable argentino es como un rayo
Que horror y llama y muerte va esparciendo:
El corcel del realista, bajo el callo
Sangre al pisar, da vuelta, y esparciendo
Confusión y sorpresa entre las gentes,
Huye y lanza relinchos estridentes.

Fugar quiere el realista, se entrechocan
Unos con otros en fatal ovillo,
Y dan tumbos, se anudan, se dislocan,
Caen, rugen, montan, sienten el cuchillo.
Muchos piedad y rendición invocan.
De tanto atormentar no tienen brillo
Los sables y a las carnes se entrepegan,
Mas aun gargantas de realistas siegan.

Por fin la boca de la estrecha calle
Pudieron alcanzar, y desbandados
Como sombras volaron por el valle
Los que no sucumbieron cercenados.
Hasta sus cercos los corrió Lavalle
A empujes y mandobles despiadados,
Y luego vuelta dió pisando astillas
De aceros rotos y deshechas sillas.

"¿Cómo así retornáis de la batalla
—Grita Argerich — en desolada triza?
Rehaced el cuadro, que cansado se halla
El enemigo... ¡sús! vuelta a la liza"
Mas treinta colombianos de gran talla
Se juntan a Lavalle, y se ardentiza
El combate esta vez en los pradales
Siendo la audacia y el furor iguales.

Todo imposible; atacan los iberos
Con ímpetu y valor inusitados
Por derretir en sangre sus aceros
Y ver su fama con su honor vengados.
Mas dragones al par de granaderos
Rajan a sus contrarios, y ultimados
Caen los del Rey por prados y laderas
Sin acertar si luchan contra fieras.

Tal de Río Bamba fué el feroz ataque.
Tal de Lavalle la horrorosa carga.
Tal de los argentinos el empaque
Cuyo renombre con fulgor se alarga.
Cuando supo Bolívar aquel jaque
Y aquella decisión, su mente embarga,
Y prorrumpe con gestos leoninos:
"¡Qué hombres deben de ser los argentinos—"

CANTO XIV

CANTO XIV

Los independientes mandados por Sucre y buscando batalla, cruzan las cimas de los volcanes Cotopaxi y Pichincha. Batalla de Pichincha. Dios envía a su Gran Héroe un sueño, por el cual acierta el porvenir, y el término de su misión.

H Dios, te pido inspiración de nuevo!
La patria puso un arpa entre mis manos
Y fatigado estoy; yo te renuevo
Mi plegaria de siempre. Tus arcanos
También me obligan a cantar y llevo
De ella y de Tí preceptos soberanos.
Ya estoy pronto, Señor, dame tu aliento,
Que al sentirlo en mi ser, capaz me siento.

Las mesnadas del Rey sierra tras sierra
Su retirada sin descanso siguen,
Y la legión de América se aferra
A combatir; sus bravos las persiguen.
Argerich se detiene, ve una tierra
Propicia a dar batalla en que se liguen
Su prudencia y valor a un triunfo fuerte.
Y al fin espera con placer su suerte.

Y los de Sucre, trepan las alturas
Por hallarlo mejor, y entre neveras.
Del Cotopaxi huellan las alburas (1)
Amortajados hombres y banderas.
Sables, cañones, lanzas, fornituras
Enfundados en nieve, y las esferas
Tiemblan al ver que el Cotopax se mueve;
Tal semeja la tropa envuelta en nieve.

Así el cráter flanqueando por la cumbre
Del Cotopaxi van, y de repente
Oscilar y crugir como techumbre
Que se derrumba el peñascal se siente,
Un inmenso chiflón de humo y de lumbre
Lanza el volcán; creyérase un torrente
Que allá en lo alto azotase al infinito
Con llama de metales y granito.

Los patriotas se miran silenciosos
Haciendo amortajados su camino,
Y por fin los descensos rocallosos
Comienzan bajo un cielo cristalino.
Sucre quizá por ver si tan colosos
Son los que cubre el lábaro argentino
Dice a Olazábal ¡"Bárbara jornada!
Y el argentino rompe: ¡"esto no es nada"!.

Mas las tropas realistas no comprenden
Cómo esos hombres llegan; ven visiones,
Y otra vez huyen y el espacio hienden
A carrera tendida sus bridones.
Sólo al mirar a Quito carpas tienden
Y hacen pie en formidables posiciones,
Dispuestos ya a jugarse la partida
En indómita y franca arremetida.

Sucre rezonga pero no se intima;
Sobre el Pichincha ve mares de nieve (2)
Que en tumbos ruedan sima en pos de sima
Donde un abismo u otro se los lleve.
Que hay que escalarlo su estrategia estima;
Bien sabe que su ejército se atreve
Y en todo caso sean los aludes
De sus bravos gigantes, ataúdes.

Gatean por la enorme repechada
Entre cantiles y cortantes lajos,
Serpenteando en fantástica enfilada,
Sus vestidos y carne hechos pingajos.
Y es menester adelantar jornada
Saltando aquí, y allí retando atajos
¡Oh momentos sublimes de heroísmo;
Tanto trepar por sobre tanto abismo!

Eran las ocho de una noche obscura
Como un mundo sin Dios, cuando emprendieron
La titánica marcha hacia la altura
Que antes como ara de holocaustos dieron.
La lluvia a mares cae, más no fulgura
Ni un relámpago, sólo allí sintieron
Que su sangre de frío se cuajaba
Y que aún así la marcha continuaba.

Y los mismos baqueanos adelante
Dando dientes con dientes, se decían:
¡"Noche maldita de llover constante"!...
Y témpanos sus cuerpos parecían.
Cuatro las cumbres eran que al gigante
Coronaban y todas se cernían
Un roquedo empinando a otro roquedo,
Sin un fulgor, para imprimir mas miedo.

Eran las ocho del siguiente día,
Veinticuatro de Mayo, y adelante
En la cumbre más alta al sol lucía
La argentina bandera tremolante.
Un coloso Olazábal parecía
Con su "Número Dos", héroe rampante:
A sus pies las montañas como espejos
Y Quito en la ondonada allá en lo lejos.

Y habló a los suyos: ¡"Héroes argentinos,!
Bien alto levantad vuestras banderas,
Que toquen otra vez los azulinos
Firmamentos en vírgenes cimeras.
Víspera es hoy de faustos peregrinos;
Es este el mismo sol que en la ribera
Del Plata apenas vió su luz ustoria
Hoy se nos da en estrépitos de gloria".

Tendió su vista en torno; las cumbreras
De todas las montañas, parecían
Gigantes que agacharan las cimeras
De sus cascos; los cielos refulgían.
En líquidas guedejas las neveras
Tanto fuego al sentir se derretían,
Y ante tanta grandeza absorta y muda
Dijo: "Esta es la palestra, ya no hay duda".

Miró Pichincha abajo; entre gayolas
Formadas por tupidos matorrales,
Distinguió las hispanas banderolas
Subiendo por peñascos y raudales.
¡Comienzo audaz! las huestes españolas
Se alargan hacia arriba entre jarales,
Ansiando por sorpresa y a sablazos
A la patriota hueste hacer pedazos.

Ni tiempo tuvo de mirar los planos
Olazábal el bravo; a un tiempo mismo
Coronaron la cresta los hispanos,
Y con furor de tromba y cataclismo
Cargaron contra el haz de americanos
Que formaban el "Dos"; ¡bravo heroismo!,
Olazábal responde, centellea,
Y aterrado el volcán, ve la pelea.

Ni un paso más avanzan los realistas;
Enclavados parecen sus pendones,
Y sus muertos descienden como aristas
Rodando por laderas y peñones.
Lo mismo que al llegar están las pistas;
Pero Olazábal ya sin municiones
Está; ni un proyeyctil sus hombres tienen
Y ni se ven los parques; lejos vienen.

"El Cuatro del Perú" viene a la liza
Y al "Dos" releva que agotó sus balas;
Piedra deshecha en nube de ceniza
Esparce el viento al golpe de sus alas.
Los peruanos no cejan, se ardentiza
La lucha entre las grietas y las calas,
Y los hispanos rabian y jadean
Por avanzar y su pendón flamean.

También "El Cuatro" ya sus municiones
Agota y retrocede; los hispanos
Un ¡hurra! dan que aturde las regiones
Del éter mas los firmes colombianos
Que han llegado, compactos batallones
Lanzan uno en pos de otros como oceano
Que a un costero torreón su embate lleva,
Y en cada ola su ímpetu renueva.

Sucre sobre un peñasco que parece
Mirador formidable de pelea,
Lucha(resuelve, manda y enardece
Con su mirar que en derredor llamea.
Mas también Argerich se yergue y crece
Desde un mamelar grita y otea,
Y uno y otro se arrojan cien miradas
Que van de punta y filo como espadas.

Los crenchales de nieve derretida
Rojos están, la cúspide restalla;
Sucre ordena con voz enfurecida
Que se avalance el regimiento "Paya".
Como selva que muévese encendida
Entran las bayonetas en batalla,
Y al dar con los realistas escuadrones
Atraviesan y rasgan corazones.

Y aun los parques de guerra están lejanos;
Y turnándose van los batallones
Cada cual embistiendo a los hispanos
Hasta acabar sus propias municiones.
Cubiertos por matorros y altozanos
Los realistas remontan escuadrones
Por flanquear la posición patriota
Y triunfar y salvar de la derrota.

Mas los ingleses, bravos voluntarios
Del batallón "Albión" jadeantes llegan;
Jamás el mundo vió a los mercenarios
Luchar como ellos; se adelantan, bregan,
Las quiebras son sepulcros tumularios
Donde realistas muertos se congregan,
Y mueren, mueren pero no concluyen;
De todas partes los realistas fluyen.

"Preciso es acabar", Sucre prorrumpe;
Y los riscos en sangre se remojan.
Córdoba hecho un turbión de pronto irrumpe,
Y los realistas a su empuje aflojan.
Ni un segundo el avance se interrumpe,
Los del Rey barbacanas desalojan,
E intentan sólo recular formados
Y así ganar los valles y hondonados.

Mas como el toro que en coraje ciego
Baja la frente y alza la pupila
De cada ojo por prender con fuego
Sus guampas que el rencor sangriento afila, (3)
Y como un huracán arrolla luego
Aquí tumba a la gente, allí aniquila,
Y muchos al huir en su carrera
Son pisoteados por la misma fiera,

Tal Córdoba revuelve su mirada
Ciega de rabia, más que ciega mira;
Y con los suyos de una atropellada
Propia del que en matar sólo delira.
Ya del Rey no resiste la mesnada,
Tiembla de miedo, se comprime, gira,
Y ruedan por la falta en tolvaneras
Muertos y vivos y armas y banderas.

Los ginetes realistas aun pretenden
En la llanura defender a Quito;
Mas todo inútil, el espacio hienden
Los centauros patriotas con su grito.
Tal es su frenesí que ni contienden;
Arrollan, despedazan, y en el hito
Donde comienza la primera calle
Apenas puede sofrenar Lavalle.

Y a Quito entregan los caudillos reales
Con fortalezas, parques y armamentos;
¡Y era de ver a jefes y oficiales
Rendirse entre temblor de aturdimientos!.
Y habló Sucre a sus bravos generales
Diciéndoles con férvidos acentos:
"La bandera argentina al tope enhiesta;
Mañana veinticinco es su gran fiesta".

En tanto a San Martín que en Lima estaba
La sangre borbotábale y hervía;
En Quito y Buenos Aires él pensaba,
Y extraña dicha renacer sentía.
De ella tan sólo a todos les hablaba,
Y si alguno la causa le inquiría,
"Es que me dicen gritos sobrehumanos
Que triunfan en Pichincha los hermanos".

El Jefe de los Jefes tarde pudo
Aquella noche conciliar el sueño:
Miraba al cielo, el cielo estaba mudo,
Miraba a su alrededor, todo en beleño.
Y plegaba los ojos como el rudo
Campeón cansado mas del triunfo dueño,
Y otra vez sus pestañas entreabría
Porque el sueño anhelado no venía.

Por fin, ya tarde, se quedó dormido;
Y Dios que desde el Cielo lo veía
De celestial placer estremecido
Por tal virtud y tanta bizarría,
Al sentir el designio ya cumplido
De argentino y cristiano en armonía
Sin jamás apartarse un solo punto
De lo que El le ordenó en raro conjunto.

Al ver aquel libertador tan santo
Tan excelso y humilde caballero
Que lavantaba de piedad un canto
En cada luz de su argentino acero,
Ante la mente del dormido un manto
Desplegó porque viese su guerrero
En una ensoñación que El alumbraba
Cómo el cuadro final se realizaba.

Y dos cóndores vió que por la altura
De distintos extremos se acercaban:
Cada ojo es estrella que fulgura,
Y a su vuelo los aires resonaban.
Los dos trazaban giros en la albura
De eclosiones de aurora; se miraban,
Y otra vez alejábanse y huían,
Y a acercarse otra vez raudos volvían.

Los cielos más que cielos eran mares
De soles deshaciéndose en vislumbres,
Y eran soles también miraculares
En chispas deshaciéndose las cumbres.
Eran trombas de aplausos los millares
De pueblos que en enormes muchedumbres
A través de los siglos bendecían
A las dos aves que el espacio hendían.

Los cóndores por fin se aproximaron,
Y en el éter sus alas suspendidas,
Las hieráticas frentes se tocaron
Ambas de gloria inmarchitable ungidas.
Y oyéndose los dos, los dos se hablaron
Como se hablan los cóndores, erguidas
Sus cabezas que siempre buscan lo alto
Donde se hunden las cumbres de basalto.

Constelaciones de ambos hemisferios
Atisbaban con ojos parpadeantes;
Ellas que contemplaron cien imperios
En nupcias con la gloria, nunca enantes
Vieron lo que veían; cual zahumerios
eran las nebulosas ondeantes,
En espiral de nimbos envolviendo
Astros y mundos y hacia Dios subiendo.

De pronto un ángel sobre nube de oro
Apareció, traía en cada mano
Una diadema de laurel, y un coro
Se oyó que alzaba el mundo americano.
A cada cóndor le ciñó el tesoro
De su laurel, y en gesto soberano
Hizo seña hacia el piélago infinito,
Y un cóndor se marchó de gloria ahíto.

Fué el ave hermosa que del sur viniera.
A sus alas sonoras dió un batido
Que al estallar se dilató en la esfera
Y allá en la infinitud vibró perdido.
¡Sublime era el portento!; una bandera
Parecían sus alas, y era el ruido
Al rasgar la región del firmamento
Igual que el de un pendón que agita el viento.

Y de sus garras fuertes como acero
Un tapiz recamado sostenía:
Estandarte de audacias, verdadero
Lábaro de remota bizarría.
El que Pizarro victorioso y fiero
En el templo del sol colocó un día,
Cuando del Inca se metió en la entraña
Y en un grito exclamó: ¡"Perú es de España"!.

Siempre hacia el sur marchaba, mas el cielo
Lo envolvió en nubarrones; las centellas
Querían herirlo con siniestro anhelo
Y los truenos aullaban junto a ellas.
Mas su lauro movía; espacio y suelo
Dorábanse al instante entre sus huellas,
Y así con gesto de imperial grandeza
Agitaba a las veces su cabeza.

De vez en cuando su cerviz laureada
Atrás volvía y contemplaba lejos
Los campos que él dejó, y su mirada
De altivez se llenaba y de reflejos.
Y una tarde al dar vuelta vió una espada
En el aire, frunció sus entrecejos,
Y los lienzos al ver bolivarinos
Ebrios de gloria vió a los argentinos.

Era en Junín; chocaban los aceros
De lanzas y de sables en chasquidos
Pavorosos, caían los iberos
Vertiendo sangre y rabia y alaridos.
Y era horror ver los férreos granaderos
De Necochea en huracán unidos,
De sus lanzas dejar las banderolas
Sepultas en entrañas españolas.

Y vió también al argentino Suárez
Coger de retaguardia a los hispanos
Y esparcir sus galones y alamares
Como el pampero esparce los vilanos.
Chile, Perú, Colombia, allí eran pares
Y argentinos también y ecuatorianos,
Y en honor de argentinos paladines,
"Oid mortales" vibraron los clarines.

Siempre por vendabales azotado
Y por centellas, la extensión vacía
Atravesaba en vuelo acompasado
El cóndor a quien nada estremecía.
Se sintió una mañana nostalgiado
Y otra vez miró atrás; ¡sublime día!;
Un canto vertió el cóndor; ¡oh, qué mucho
Si contemplaba el drama de Ayacucho!

Vió a Sucre y sus terríficas legiones,
Y vió cómo en el suelo se aferraban,
Y una en pos de otras hispanas divisiones
Al querer avanzar se destrozaban.
Y vió argentinos jefes a tirones
Deshacer las banderas que aun quedaban
De opresión en América ¡que día!
¡Con qué grandeza el cóndor se mecía!

Y vió a los inmortales granaderos
Que desde el Plata en marchas imposibles
Llegaran, refulgentes los aceros
Sus cargas renovar irresistibles.
Demacrados estaban; los iberos
Eran desmenuzados, y en horribles
Bataolas huyendo a los peñascos
Morían del corcel bajo los cascos.

Eran los españoles, españoles;
Batallaban y ardían como tales;
La Serna, el jefe, con fulgor de soles
A morir se lanzó entre las ferales
Cargas, más no murió; con seis mortales
Heridas como bocas, "que me inmoles
Te pido"; le gritaba a un argentino;
Mas no le dió tal suerte su destino,

Valdés, el español invulnerable,
El de corvo terrible y mano ruda,
Sin una bala más, sin filo el sable,
Nublado su mirar, su boca muda,
Se sienta en un peñón por ver si es dable
Que algún plomo se apiade y en su ayuda
Venga, cortando de su vida el hilo
Y así, firme español, morir tranquilo.

Mas tampoco su anhelo vió cumplido.
Canterac toma el mando, y en la cumbre
Del cóndor-Kanqui, al punto ve reunido
Su esqueleto de ejército: la lumbre
Del sol de medio día ve aterido,
Y helada está la triste muchedumbre
De entorchados fantasmas que aun no han muerto,
Yerto el clarín de España, el tambor muerto.

Y se rindieron, mas su honor sin mella.
Sus espadas catorce generales
Desenvainaron, y en el suelo estrella
Hicieron con sus lampos funerales.
Del lábaro español la última huella
Se disipó entre efluvios siderales:
Y gritó el mundo ante la gran proeza:
"Aquí una Historia acaba y otra empieza".

Después el cóndor prosiguió su viaje
Y entre la niebla se esfumó muy lejos,
Del mar junto a un agónico paisaje
Alumbrado por pálidos reflejos.
Pero el mar le rendía vasallaje
Y en sus olas traíale mil dejos
De batallas y glorias conquistadas,
De naciones por siempre libertadas.

Y del tiempo a través, a la Argentina
Miraba, dando al mundo, hija de España,
Su pan, su libertad y su doctrina
Sin que nadie le fuese gente extraña.
Hombres fulgentes con su Fe divina
Y del pueblo engendrados en la entraña,
Eran sus gobernantes de más gloria,
Honor de Dios y orgullo de la Historia.

Urquiza, el que le dió a la Patria nueva
Su gran constitución. Mitre el fecundo,
El estadista y escritor que lleva
A la Patria en su Historia por el mundo.
Sarmiento, cuya voz la mente eleva.
Avellaneda; y el mirar profundo
Del argentino a quien los pueblos oyen
Honor del Mundo: Hipólito Irigoyen.
. . . . . .

Despertó San Martín, tocó su frente
Y se sintió que estaba sudoroso:
Todo en la obscuridad le era esplendente,
Y levantó el cerebro caviloso.
Su sueño comprendió, espació su mente,
Y con voz de emoción dijo el Coloso:
"Te comprendo, Señor, de su destino
Muy poco ya le queda al Argentino".

NOTAS

CANTO PRIMERO

(1) San Martín en su "guerra de zapa" y en su tenacidad por desorientar a los realistas de Chile, hacía correr el rumor de que su misión en Mendoza, sólo consistía en vigilar la frontera, y defenderla de una posible invasión realista que viniera de Chile.

(2) Mitre dice; Vol. 1, Cap. VI. Su enfermedad perfectamente caracterizada por la ciencia médica (una hematomesis), le acompañó siempre, caracterizada con otras afecciones dolorosas que pusieron varias veces en peligro su vida.

(3) Estanislao López pasando el tiempo, llegó a ser el Gran Brigadier General, noble y excelso caudillo del Federalismo Argentino y benefactor inolvidable de su provincia. José María Aguirre con otro santafecino, Juan Apóstol Martínez, acompañaron a San Martín en toda la campaña americana, y lucharon también bizarramente en la guerra contra el imperio del Brasil.

(4) Más tarde, en los tiempos heroicos de la Independencia, el vocablo "godo" era muy usual para significar a los españoles.

(5) A excepción de Rodrigo Mosquera nacido en el Paraguay, los demás jefes eran nacidos en Corpus Christi, Sancti Spíritu o Coronda, en la actual provincia de Santa Fe.

(6) Así los episodios de piedad como las cartas en que Belgrano aconseja a San Martín los detalles de la devoción cristiana, son auténticos, y los trae Bartolomé Mitre en sus historias de San Martín y de Belgrano. A este respecto, el General Paz dice en sus "Memorias" que: "los escapularios enviados al Ejército por monjitas de Buenos Aires, vinieron a ser sin precedente orden, y sólo por convenio tácito y general, una divisa de guerra".

(7) "Después de la tercera lista, se rezaba el rosario por compañías, y al toque de silencio, reposaba aquella colmena guerrera, y sólo se oía el alerta de los centinelas". Mitre Hist. de San Martín. Vol. 2, Cap. XII.

CANTO SEGUNDO

(1) Algunos autores dicen que el caudillo araucano a que nos referimos era Yanquetrui. Como en otras ocasiones, he preferido a Mitre.

(2) Vicente F. López dice que la asamblea se realizó en el fuerte de San Rafael; Mitre, en el fuerte de San Carlos. Fácilmente pueden armonizarse los asertos de ambos escritores. Puede verse también Rodríguez Ballesteros; Revista de la Guerra de la Indep. Vol. 2, pág. 238.

CANTO TERCERO

(1) "El Plumerillo". Paraje pintoresco, una legua al norte de la ciudad de Mendoza, donde el Gran Héroe estableció su campamento, verdadera escuela de disciplina y heroismo.

(2) "Bichar". Argentinismo que no está en el Diccionario de la Academia, y significa: atisbar, acechar, etc.

(3) "Pingo". Palabra usada en la Argentina; significa caballo de montar, casi siempre en sentido de ser buen caballo. Esta acepción de la palabra pingo, no figura en el Diccionario de la Academia.
(4) "Corvo". Sustantivo con que los argentinos de otro tiempo significaban el sable, y derivado de la forma corva de su hoja.
(5) Díaz Vélez. Hermano del que luego luchó brillantemente en Tucumán bajo las órdenes de Belgrano.
(6) Manuel y Félix de Olazábal. El último, después de acompañar hasta el fin a San Martín, luchó brillantemente en la batalla de Ituzaingó.
(7) Los restos de los héroes santafecinos Juan Apóstol Martínez y José María Aguirre, descansan en sendas urnas en el atrio de la Catedral de Santa Fe.
(8) Se conserva en el templo de San Francisco, de Mendoza, la imagen, el bastón de mando, y la carta autógrafa del Gran Héroe en la cual dejó consignada la donación que hacía.
(9) Los granaderos de Buenos Aires a las órdenes de Brueix, con Miller a la cabeza, decidieron el último combate de la batalla de Ayacucho.

CANTO CUARTO

(1) Es completamente verídico, que más de una vez San Martín para confortar el espíritu de sus soldados en la cordillera, hizo ejecutar por las bandas de música el Himno Nacional Argentino que coreaban las tropas. Esta razón de suyo sería ya suficiente, para que ningún gobierno se atreva a modificar el Himno Nacional contenga o no errores técnicos.
(2) Tal es la exacta verdad: así marchaba el Gran Héroe, ascendiendo la última repechada.

CANTO QUINTO

(1) Los españoles "peninsulares" que lucharon por la Independencia o se vincularon favorablemente a ésta fueron tantos que bastaría citar al General Arenales, al autor de la música de nuestro precioso y queridísimo himno, don Blas Parera, y al español señor Aguado que socorrió al inmortal Héroe en la indigencia de su voluntario exilio, para que si alguna vez un argentino hablara contra la Gran España, desdeñando su progenie, se le helaran las palabras en los labios.

CANTO SEXTO

(1) El gesto de San Martín en Chacabuco, al cual se hace referencia, es el que han reproducido la mayor parte de sus estatuas acuestres.
(2) Platón pone la noticia de la existencia de la antigua Atlántida, en labios de Cristias. A éste se la narró su padre Cristias el viejo, y a éste su padre Drópidas pariente de Solón. Drópidas decía que Solón le había leído un poema sobre la Historia de la antigua Atlántida, según la oyó recitar por los sacerdotes ejipcios de Sais.

CANTO SEPTIMO

(1) Ordóñez murió más tarde oscuramente, prisionero en una provincia argentina, al ser descubierta una conspiración; pero es uno de los hombres más heroicos de la epopeya americana.

(2) Es interesante el diagnóstico oficial que dió el doctor Juan Isidoro Zapata a fines de Julio de 1817. Helo aquí: "Preveo muy próximo el término de la vida de nuestro ilustre general, si no se le alivia de las tareas que le agitan. El cerebro viciado por el contínuo trabajo comunica la irritabilidad al pulmón, al estómago y a la tecla vertebral de donde resulta la emalthoe o sangre por la boca, que, si antes fué traumática, hoy es lo que he dicho. El mismo orígen tienen sus dispepsias y vómitos, sus insomnios, y la consunción que va reduciendo su máquina. — Vicente F. López, Tomo 7.

(3) Es tradición, y muy hermosa, que en algunas de estas acciones para denotar la alianza argentino-chilena, se enarbolaban los lienzos de la Argentina y de Chile en una sola asta, lo que enardecía el entusiasmo de las tropas.

CANTO OCTAVO

(1) Como ya hemos notado, en tiempos de la independencia, a los españoles realistas se les llamaba despectivamente "los godos".

(2) En este episodio como en tantos otros, hemos seguido rigurosamente la narración histórica.

CANTO NOVENO

(1) Mitre lo llama Cajaraville. En algunos libros se le llama Cajaravilla. Como en España existe este apellido, Cajaravilla, lo he preferido por parecerme más castizo.

(2) Hoy ya es cosa admitida, que, el mate supera en buenas cualidades, a cualquier otra infusión. No es pues el mate, sino la manera antihigiénica como se suele tomar, lo que debe eliminarse.

(3) Esta claudicación de Bráyer, cerró su ruina militar definitiva, pues ya después de Talcahuano, hallábase desprestigiado y malquisto.

(4) El Gran Héroe decía después en su parte de batalla: "'Las columnas se descolgaron y marcharon etc".

(5) En el campo de batalla de Maipú, hoy bastante cambiado en su fisonomía, álzase un monumento sencillo pero muy inspirado en el cual se lée "A los vencedores de los vencedores de Bailén".

CANTO DECIMO

(1) "El Salto". Paraje cercano a Santiago.

(2) "Curimón" Campamento donde San Martín había concentrado su ejército antes de partir para Buenos Aires.

CANTO UNDECIMO

(1) Existe realmente en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, el acta que, firmada por escribano público, autoridades y pueblo, testifica el milagro por ellos presenciado, y que se llamó después el sudor de la Vírgen.

(2) "Acllas". Vírgenes consagradas al Sol: debían ser las más hermosas de las niñas. Tenían tres años de noviciado antes de decidirse a hacer el voto. Aparecían vestidas de blanco y con corona de oro. En sólo El Cuzco había tres mil. Según la ley, la que faltara a su voto debía ser enterrada viva o quemada en una pira; discrepan sobre este punto los historiadores. Jamás se supo que ninguna faltara a su voto.
"Raymi". Gran festival de la cosecha.
"Amantas". Sabios maestros muy ilustrados que educaban a los jóvenes y eran adivinos.
"Mamacona" o "mama-cuna". Las señoras que cuidaban a las acllas. Cada mamacona tenía a su cuidado diez acllas.

CANTO DUODECIMO

(1) "Falucho". Quepís elevado y de hule que usaban los granaderos argentinos. De ahí procedió el apodo con que a veces los realistas señalaban a los patriotas.

CANTO DECIMOTERCERO

(1) "Mirones". Punto equidistante entre Callao y Lima, donde el Gran Héroe había hecho acampar su ejército, con objeto de establecer el sitio del Callao.

(2) José Gabriel Tupac Amarú. Descendiente de los antigüos Incas, más renombrado con los dos últimos nombres solamente, fué jefe de la grande y muy conocida sublevación contra el dominio español en Perú. Hecho prisionero por las autoridades hispanas, fué muerto con exceso de cruel saña juntamente con algunos de sus parientes el 18 de Mayo de 1781.

(3) "Roto". Sustantivo con que en Chile se designa al paisano pobre.

(4) "Real Felipe". "La población del Callao estaba dominada por los altos muros del castillo del **Real Felipe** con sus inmensos torreones, flanqueado por los dos castillos laterales de San Miguel y San Rafael erizados de cañones. (Mitre).

CANTO DECIMOCUARTO

(1) "Cotopaxi" Volcán de la República del Ecuador, y que es el más alto de los volcanes activos del globo, llegando casi a seis mil metros.

(2) "Pichincha". Volcán que domina a Quito, y que dió su nombre a la batalla.

(3) "Guampa". Palabra argentina que aún no figura en el Diccionario de la Academia, y significa cuerno.

FE DE ERRATAS

DONDE DICE						DEBE DECIR
Pág.	16	Oct.	2	v.	6	cincelado	cincelario
„	85	„	2	„	8	heridos	vencidos
„	93	„	3	„	5	Manda	manda
„	109	„	3	„	4	vapor	pavor
„	130	„	1	„	7	Triunfamos	triunfamos
„	132	„	1	„	8	dinamo	batano
„	140	„	1	„	2	al	el
„	170	„	2	„	2	de Patria	de mi Patria
„	172	„	1	„	2	entreanida	entreanuda.
„	230	„	3	„	6	se lanza	se larga
„	244	„	3	„	7	bargoso	garboso
„	250	„	2	„	4	heráclita	heráclida
„	255	„	1	„	6	una trida	un atrida
„	256	„	2	„	5	en inútil trance	en tremendo enlace
„	259	„	3	„	2	a Bailén	en Bailén
„	262	„	2	„	6	por el suelo	por el cielo
„	281	„	2	„	8	arrebatan	arrebaten
„	283	„	2	„	3	místico	mítico
„	293	„	1	„	8	ansoramiento	ancoramiento
„	294	„	2	„	5	sirve	sigue
„	296	„	1	„	7	que	—
„	314	„	3	„	2	cayó la cabeza	cayó al fin la cabeza
„	326	„	1	„	6	fueron	fueros
„	331	„	3	„	2	místicas	míticas
„	337	„	1	„	8	tranquido	traquido
„	339	„	3	„	2	mogro	magro
„	358	„	2	„	5	ignave	ignavo
„	363	„	1	„	3	y a golpe	y golpe
„	381	„	2	„	6	Desde un mamelar	Y desde un farallón
„	383	„	2	„	3	de	da

La impresión de este libro se terminó el día 30 de Septiembre de 1929, en la Imprenta de la Provincia. Santa Fe (R. Argentina)

LIBROS DE ALFONSO DURÁN

HOJAS DEL CORAZÓN

PÁGINAS DEL ALMA

FLORES DE UN OTOÑO

BAJO EL SOL COTIDIANO

LAS MÁRTIRES IGNORADAS

LAS RUTAS DEL ENSUEÑO

LOS ARGENTINOS

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 3.50

Unico depositario para todos los países:
L. J. ROSSO, Sarmiento 779—Bs. Aires.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028252774